

EVANGELIZANDO A LA IGLESIA

Es interesante que Pablo, en la introducción de la Epístola a los Romanos, diga las siguientes palabras: *“Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma”* (Rom. 1:15). ¿El evangelio a la iglesia en Roma? ¿Es que ya no eran creyentes?

Lo mismo se dice en Hebreos capítulo 4. Cuando el escritor inspirado está refiriéndose del reposo del pueblo de Dios, dice que se trata del *euaggelion* (buena noticia) que no fue creído por Israel, pero que ahora es predicado a la Iglesia para que entre en ese reposo. (Ver versículos 2 y 6).

La iglesia necesita ser permanentemente evangelizada. Las verdades centrales de nuestra fe necesitan ser reafirmadas; el fundamento de la edificación de Dios –Cristo Jesús, su persona, su obra, sus enseñanzas– necesita ser vuelto a poner para mayor seguridad. Y no sólo los fundamentos, sino que todo el consejo de Dios, con sus maravillosos misterios revelados. Para que toda la herencia de Dios sea enteramente recibida por su pueblo.

Pablo también dice en otro lugar: *“A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro”* (Fil. 3:1). Y Pedro lo confirma: *“Yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis...”* (2ª Ped. 1:12). Gran parte del Nuevo Testamento está dirigido a los creyentes, con la evidente intención de *“completar lo que falta a su fe”* (1ª Tes. 3:10), para que así el evangelio, la buena noticia de Dios, esté completo en el corazón de la Iglesia.

En este número de “Aguas Vivas” continuamos con esta tarea, a lo cual ha apuntado con certeza nuestro hermano Juvenal Santos, en el artículo que encabeza la serie.

Rogamos al Señor que este precioso evangelio, el evangelio de nuestro Señor Jesucristo, brille más y más en nuestras páginas.

INDICE

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

- 3 **PANORAMA MUNDIAL** / Una mirada a los principales temas que ocupan al mundo en los días que corren.

TEMA DE PORTADA

- 11 **EVANGELIZANDO A LA IGLESIA** / El Evangelio de Juan fue escrito para la Iglesia.
Juvenal Santos de Moura.
- 17 **LOS TRATOS DE PEDRO** / Iluminación, golpes y comisión: el trabajo de Dios en el apóstol.
Hernando Chamorro.
- 25 **EL REINO DE DIOS** / El sentido de la autoridad y la obediencia.
Roberto Sáez.
- 32 **SANTIFICAR Y GLORIFICAR** / ¿Qué significa que Dios sea santificado en sus hijos?
Gonzalo Sepúlveda.
- 37 **REUNIENDO ALGUNAS COSAS** / Consideraciones acerca del propósito de Dios y su obra presente.
Eliseo Apablaza.
- 44 **BATALLA ESPIRITUAL (3)** / Algunos principios de la guerra espiritual, basados en el libro de los Jueces.
Billy Pinheiro.

LEGADO

- 53 **DEPRESIÓN ESPIRITUAL** / Descripción, causas y tratamiento.
Martyn Lloyd-Jones.
- 62 **LA BENDICIÓN DE LA TRAICIÓN** / Análisis de una experiencia clave en la vida cristiana.
H. L. Roush.

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

- 73 **EL MAESTRO DE WESTMINSTER** / Semblanza de David Martyn Lloyd-Jones, el último gran maestro de Westminster.

ESTUDIO BIBLICO

- 83 **BOSQUEJO DE JEREMIAS.** *A. T. Pierson.*
- 84 **SIMBOLOS Y TIPOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO (6).** *A. B. Simpson.*
- 89 **VIENDO A CRISTO COMO NUESTRO APOSTOL Y SUMO SACERDOTE (2)** / Un estudio de la Epístola a los Hebreos.
Stephen Kaung.

FAMILIA

- 98 **LA VIDA HOGAREÑA DE JOHN Y CHARLES WESLEY** / ¿Cómo fueron los hogares de los grandes hombres y mujeres de Dios del pasado?
D. Kenaston.
- 106 **DISCIPLINA Y AMONESTACION** / Una palabra dirigida especialmente a los padres jóvenes.

JOVENES

- 114 **LA ORACION EN EL NOVIAZGO** / ¿Oración en el enamoramiento? ¡No tiene cabida! – dijo un joven.
Jaime Kemp.

REPORTAJES

- 117 **MILAGROS EN LA PRISIÓN** / La gracia de Dios manifestada en la Prisión de Alta Seguridad de Sugamo, en Japón.

SECCIONES FIJAS

09 Maravillas de Dios / 52 Bocadillos de la Mesa del Rey / 72 Citas escogidas / 96 Cosas viejas y cosas nuevas / 116 Joyas de Inspiración / 120 Página del Lector

Una mirada a los principales temas que ocupan al mundo en los días que corren.



Panorama mundial

El desarrollo de las comunicaciones permite que circulen por el mundo las más variadas y abundantes informaciones, la mayoría de las cuales tienden a satisfacer a un público ávido de lo curioso y espectacular. Sin embargo, en este espacio procuramos atender aquellas que marcan tendencias y tienen una influencia mundial.

El hambre y el cambio climático

Tal es el caso de las advertencias hechas recientemente (abril 2008) por

el actual presidente del Banco Mundial, Robert Zoellick, quien instó a una acción global coordinada frente a los elevados precios de los alimentos que, junto con el encarecimiento de la energía, amenazan con desestabilizar a 33 países en el mundo. «Los precios de los alimentos básicos han aumentado 80% desde 2005», destacó Zoellick, quien recordó que sólo el mes pasado los precios del arroz marcaron el índice más alto de los últimos 19 años, y los del trigo, la mayor cotización en 28 años.

Esta tendencia beneficia a algunos agricultores, pero supone también una enorme carga para los habitantes más vulnerables del planeta, como los niños. «El Banco Mundial calcula que 33 países alrededor del mundo afrontan la posibilidad de malestar social o político debido a los elevados precios de los alimentos y la energía», afirmó, agregando que «Las circunstancias demográficas, el cambio en las dietas, los precios de la energía y los biocombustibles, y el cambio climático, sugieren que los elevados y volátiles precios de los alimentos seguirán ahí durante los años venideros».

Ante esa situación, Zoellik solicitó establecer lo que describió como un «Nuevo Acuerdo para una Política Alimentaria Global», que debería concentrarse no sólo en el hambre, la malnutrición y el acceso a los alimentos, sino en otros factores como las interconexiones de esos precios con la energía o el cambio climático. «La política alimentaria necesita atraer la atención de los políticos, porque ningún país o grupo puede hacer frente a esos desafíos interconectados», insistió. Recomendó empezar por ayudar a aquellos cuyas necesidades son inmediatas, y mencionó que el programa alimentario de Naciones Unidas necesita al menos 500 millones de dólares de suministros alimenticios

adicionales para responder a situaciones de emergencia.

Reorientación de los recursos

En su propuesta, Zoellick pidió que los fondos soberanos –vehículos financieros controlados por los gobiernos– inviertan una pequeña parte de sus recursos en África.

En medio de ese panorama cambiante, insistió en la necesidad de «contrarrestar las amenazas inmediatas» y construir una globalización que ofrezca más fuentes de crecimiento e innovación». En una de las frases para recordar, Zoellick dijo: «En el mundo de hoy, mientras muchos buscan llenar de gasolina los estanques de sus carros, otros muchos luchan por tan solo llenar sus estómagos».

El discurso de Zoellik en un hotel de la capital estadounidense, llega a vísperas de la reunión de primavera del Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), que se celebrará a mediados de abril en Washington, y en medio de una gran incertidumbre económica mundial.

Graeme Wheeler, director gerente del Banco Mundial, alertó también acerca de las posibles consecuencias devastadoras de la subida simultánea del petróleo y los precios de los alimentos en el mundo en desarrollo.

Wheeler señaló en un foro sobre

«En el mundo de hoy, mientras muchos buscan llenar de gasolina los estanques de sus carros, otros muchos luchan por tan solo llenar sus estómagos».

la volatilidad de los precios del crudo, que el encarecimiento de la energía ha aumentado los costos de los fertilizantes y el transporte y alenta la producción de biocombustibles.

Mencionó que una cuarta parte de las cosechas de maíz, que representan el 10 por ciento de la producción global, se destinó a la producción de biocombustibles el año pasado. «Al igual que los más pobres del planeta son los más expuestos a los efectos del cambio climático, también son muy vulnerables a los efectos de los incrementos en los precios de los combustibles y los alimentos», afirmó Wheeler en su discurso.

Wheeler hizo un llamamiento a una globalización más justa y destacó que ésta sólo será sostenible si genera oportunidades y ventajas para todo el mundo.

Recordó que más de mil millones de personas viven con menos de un dólar diario. «Un mundo en el que un gran porcentaje de la población sigue atrapado en la pobreza extrema (...) representa un costo inaceptable en sufrimiento humano, pérdidas económicas y tensión política y tiene importantes repercusiones para la seguridad», concluyó.

Teherán y su programa atómico

En contraste con las preocupaciones acerca del hambre, nos encontramos con la amenazante actitud de las autoridades iraníes en su persistente propósito de desarrollar su potencial nuclear, hecho que provoca gran preocupación internacional. Hasta aquí, las resoluciones de Naciones Unidas y las sanciones de la comunidad in-

ternacional no han hecho mella en el régimen iraní, que prosigue sin pausa su plan para enriquecer uranio, proceso en el que Occidente ve asomar la amenaza del armamento nuclear.

El 08 de abril recién pasado, durante la celebración del Día Nacional de la Tecnología Nuclear, el presidente Mahmud Ahmadineyad, anunció con una puesta en escena épica y rodeado de defensas antiaéreas, en la ciudad de Natanz, el comienzo de la instalación de 6.000 nuevas centrifugadoras, que se sumarán a las 3.000 ya instaladas. El cuarto exportador mundial de crudo que dice necesitar la tecnología nuclear para producir electricidad y dotarse de los medios para hacer frente a futuras necesidades energéticas.

Washington y algunas capitales europeas reaccionaron con preocupación y hablaron de un potencial desencadenamiento de nuevas sanciones.

Las reacciones de Occidente al anuncio de Ahmadineyad fueron instantáneas, como corresponde a lo que se percibe como un nuevo gesto de desafío. «El Gobierno iraní sigue violando las numerosas resoluciones adoptadas por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, y cada decisión que toma, aísla a su pueblo y le expone a nuevas sanciones internacionales, financieras y diplomáticas», comentó un portavoz de la Casa Blanca.

Dentro de una semana está prevista una nueva ronda de negociaciones entre Irán y los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguri-

dad (Estados Unidos, Rusia, Reino Unido, Francia y China) y Alemania para analizar el estado de la cuestión y considerar la posibilidad de ofrecer algún incentivo más a Teherán si abandona el motivo de las sanciones.

Londres hizo sentir su frustración con las noticias llegadas de Natanz, interpretando el hecho como una «burla», mientras Bernard Kouchner, jefe de la diplomacia francesa, hablaba en París de preocupación y de la necesaria vigilancia. «Me temo que tendremos que seguir por el camino de las sanciones si no recibimos una respuesta de los iraníes», dijo.

Simulacro en Israel

Por su parte Israel, consciente de las continuas amenazas de sus vecinos árabes, y particularmente de Irán, se mantiene alerta ante posibles nuevos ataques a su territorio. Las tensiones de oriente medio siempre están presentes en la agenda internacional, pues al parecer, la estabilidad mundial siempre estará influida por los acontecimientos en esta parte del mundo.

Las sirenas, pésimo síntoma en Israel, salvo las que anuncian el *shabat*, sonaron a las 10.00 hrs. del 08 de Abril de 2008 durante 90 segundos y 1.700.000 personas corrieron a los refugios y a los puestos de mando. Los alumnos de todo el país, miembros del Gobierno, las autoridades municipales y el Comando de la Retaguardia del Ejército llevaron a cabo el mayor simulacro de ataque militar contra el país en sus 60 años de historia.

Los ejercicios, en ciudades y pueblos a lo largo de todo Israel, emulan

las situaciones más catastróficas: una lluvia de misiles, el rescate de civiles en edificios derruidos, la destrucción de plantas industriales y la ingestión de sustancias nocivas, evacuación a hospitales de víctimas de armas químicas. La Autoridad Nacional de Emergencia, un organismo recién creado, se reunió por primera vez, y se emitió un programa de televisión para explicar cómo reaccionar ante una agresión de esa naturaleza.

Las maniobras son también un mensaje a sus adversarios. En las últimas semanas, los dirigentes políticos hebreos lanzaron amenazas estremecedoras. El viceministro de Defensa, Matan Vilnai, habló de causar un holocausto a los palestinos si no cesa el lanzamiento de cohetes, y el ministro de Infraestructuras, Benjamín Ben Eliezer, declaró que: *«La realidad del futuro será mucho peor que la que conocemos... No habrá un lugar en el país que no esté al alcance de los misiles de Siria y Hezbolá... Irán no se apresurará a atacarnos porque es consciente de que ello significará la destrucción de su país. No quedaría una piedra en pie».*

Pese a todas las alarmas, los israelíes reducen el tremendismo. Y tampoco cuadran las palabras de Ben Eliezer con las de los jefes militares, que se jactan de que el sistema antimisiles Arrows es capaz de detener cualquier proyectil de largo alcance.

Casi nadie cree que vaya a emerger este escenario dantesco. Como apuntan varios analistas, más bien se trata de un intento del Gobierno por cubrirse las espaldas y demostrar que

se han aprendido las lecciones de la guerra del verano de 2006 contra Hezbolá, cuando la milicia chii libanesa disparó más de 4.000 cohetes sobre el norte de Israel y obligó a cientos de miles de personas a pasar unas vacaciones forzadas en el sur o permanecer durante un mes en refugios inmundos.

El Parlamento Europeo pide a la UE boicotear los Juegos Olímpicos

En los días del cierre de esta edición, Los Juegos Olímpicos de Beijing han sido noticia de portada en periódicos de todo el mundo. ¿Las razones? No estrictamente deportivas, sino políticas.

La actitud del gobierno chino en relación al Tíbet ha traído inmensas repercusiones que amenazan con empañar definitivamente la gesta deportiva mundial. Cientos de manifestaciones en todo el mundo, en especial, en los países por donde recorre la llama olímpica han sido como una estampida de nieve, con cada vez mayor número de adherentes.

Al cierre de esta edición, el Parlamento Europeo instaba a los líderes de la Unión Europea (UE) a boicotear la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de Beijing, si China se niega a dialogar con el Dalai Lama sobre la situación en el Tíbet.

En una resolución aprobada por amplia mayoría con 580 votos a favor, 24 en contra y 45 abstenciones, los eurodiputados urgieron «una posición europea común en lo que concierne a la presencia de los jefes de Estados y de gobierno» en las celebraciones de los juegos.

También pidieron que el boicot sea considerado en el caso de que las autoridades chinas no reanuden el diálogo con el líder espiritual a fin de alcanzar «un acuerdo político global que incluya una solución viable para la autonomía cultural y política de Tíbet».

«Este no es ataque contra los Juegos, más bien una defensa del espíritu de los Juegos», sostuvo el diputado liberal británico Graham Watson. El PE instó, además, «una investigación abierta e independiente, bajo el auspicio de Naciones Unidas, sobre los disturbios y la represión que se han producido recientemente en el Tíbet».

No obstante, los gobiernos de los 27 países del bloque están divididos, con España, Portugal y Suecia apoyando la postura de la presidencia y el Ejecutivo, mientras Alemania y Reino Unido ya declararon que no tomarán parte en ninguna ceremonia olímpica en China.

Por su parte, el secretario general de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), Ban Ki-moon, contempla no asistir a la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos en Beijing, el próximo 8 de agosto, por «problemas de agenda». «El secretario general quizás no podrá asistir debido a problemas de agenda», dijo la vocera de la ONU, Marie Okabe, aunque agregó que la decisión final se anunciará más adelante.

El anuncio sobre la posible ausencia de Ban en Beijing es vista como una medida de presión para que China dialogue con el líder espiritual del Tíbet, Dalai Lama sobre la

situación en el Tíbet, tema que ha originado protestas durante el recorrido de la antorcha olímpica.

El Papa en Estados Unidos

En el plano estrictamente religioso, destaca la visita del papa Benedicto XVI a Estados Unidos. El propósito es evidentemente estratégico, pues el Vaticano ve con alarma cómo los católicos pierden presencia ante el crecimiento de los evangélicos.

En un apretado programa que incluye una reunión con el presidente Bush, un discurso ante la ONU, encuentros interreligiosos y eclesiales, Benedicto XVI se propone dedicar algunos importantes momentos para «abrazar espiritualmente a todos los católicos que viven en Estados Unidos».

Los protestantes han sido siempre la religión mayoritaria en Estados Unidos, representando un 51,3 por ciento de la población, pero la rama evangélica del protestantismo (bautistas, pentecostales, adventistas) ha alcanzado el 26,3%, superando así a los católicos, según un informe publicado recientemente por el *Pew Forum of Religion and Public Life*.

Un segundo propósito de esta visita es afianzar las relaciones y evitar recelos con los judíos. En la preparación del viaje, la Santa Sede ha tenido en cuenta que la mayor comunidad judía se encuentra en Estados Unidos, con cerca de 5,2 millones, y Benedicto XVI aprovechará la ocasión

para limar las últimas asperezas surgidas en las relaciones.

Los dos encuentros programados con organizaciones judías aspiran a rebajar las tensiones surgidas después de que instituciones judías denunciaron que el Vaticano les quería despreciar y discriminar con la reinstauración y nueva formulación de la oración en latín del Viernes Santo, en la que se reza por ellos.

Benedicto XVI cambió en esta oración la frase en la que se pedía por la «conversión del pueblo judío» –que tantas críticas había originado– por un que «ilumine sus corazones para que reconozcan a Jesucristo Salvador de todos los hombres». Pero tampoco esto aplacó todas las críticas.

El Vaticano emitió hace unos días un comunicado en el que aseguraba que con esta oración la Iglesia católica «no ha querido, de ninguna manera, manifestar un cambio en el comportamiento respecto a los judíos». El rabino de Roma, Riccardo Di Segni, consideró que el comunicado del Vaticano es «muy bonito», *pero lo que esperan oír es que la Iglesia no reza por la conversión de los judíos*. Es casi una sutileza, que la Iglesia de Roma deberá resolver por la vía diplomática.

Así marcha nuestro mundo real – más allá de las distracciones mediáticas del arte, la música, los deportes. Y entre éstos, hay problemas y situaciones que exceden la capacidad humana para ser resueltas.

* * *

Sólo personas que oraban

A mediados del siglo XIX una conmoción sobrevino a la ciudad de Nueva York. Miles de comercios quebraron cuando los bancos fallaron, y el ferrocarril fue a la bancarrota. Las fábricas cerraron y un enorme número de personas perdió el empleo. Sólo la ciudad de Nueva York tenía 30.000 desempleados.

El 1 de julio de 1857, un hombre de negocios tranquilo y celoso llamado Jeremiah Lanphier fue nombrado misionero en el centro de la ciudad de Nueva York. Lanphier fue nombrado por la Iglesia del Norte, que pertenecía a la Iglesia Reformada Holandesa. Esta iglesia estaba sufriendo una disminución de la membresía por el traslado de la población del centro a las mejores zonas residenciales, y al nuevo misionero se le encomendó que visitara con diligencia a las personas del vecindario con el fin de aumentar la asistencia a la iglesia de personas de la población flotante de la parte baja de la ciudad.

Con carga por los necesitados, Jeremiah Lanphier decidió invitar a otros a unirse a él en una reunión de oración al mediodía una vez a la semana, los miércoles. Era una invitación dirigida a los hombres de negocio en general. Distribuyó un folleto que decía lo siguiente: *“¿Cada cuánto debemos orar? Siempre que vengan a mi corazón palabras de oración, siempre que vea que necesito ayuda, siempre que sienta el poder de la tentación, siempre que experimente un bajón o que sienta la agresión de un espíritu mundano. En oración cambiamos el tiempo por la eternidad, y el negocio con los hombres por el negocio con Dios”*. El texto mencionaba la hora (12 a 13 hrs.) y el lugar, y agregaba: *“Yo estaré una hora; pero está abierta tanto a aquellos que no puedan estar más de cinco minutos como a aquellos que puedan permanecer toda la hora”*.

De acuerdo con esto, a las 12 en punto, el 23 de septiembre de 1857 se abrió la puerta y el fiel Lanphier tomó asiento para esperar la respuesta a su invitación. (...) Pasaron cinco minutos. No apareció nadie: El misionero se paseó preocupado por la habitación luchando entre el temor y la fe. Pasaron diez minutos. Aún no venía nadie. Pasaron quince minutos. Lanphier seguía estando solo. Veinte minutos; veinticinco, treinta, y después, a las 12,30

se escucharon unos pasos en las escaleras y apareció la primera persona; después, otra, otra y otra. Seis personas estaban presentes cuando comenzó la reunión de oración. El miércoles siguiente hubo cuarenta.

Así que la primera semana de octubre de 1857 se decidió tener una reunión diaria en vez de semanal. En seis meses, diez mil hombres de negocios se reunían diariamente para orar en Nueva York, y en dos años se añadieron un millón de convertidos a las iglesias norteamericanas.

Sin duda, el mayor avivamiento en la pintoresca historia de Nueva York estaba sacudiendo la ciudad, y fue de tales dimensiones que toda la nación sintió curiosidad. No hubo fanatismo ni histeria, simplemente un increíble movimiento de personas que oraban.

La casa del padre

Érase una vez una viuda que vivía en un sótano miserable con su hijo. Años antes, ella se había casado contra la voluntad de sus padres, saliendo de casa para vivir su vida en una tierra distante con su marido.

Su cónyuge demostraba ser un hombre irresponsable e infiel. Después de algunos años, él murió sin dejar ninguna previsión para ella y su hijo. Con mucha dificultad, ella logró sobrevivir y solventar sus necesidades básicas.

Los momentos más felices en la vida de su hijo eran cuando la madre lo cargaba en sus brazos y le contaba sobre la casa de su abuelo en otro país. Ella le contaba sobre la hierba verde, los bellos árboles, las flores campestres, los paisajes maravillosos y las deliciosas comidas.

El niño nunca había estado en la casa del abuelo, mas para él, aquel debía ser el lugar más hermoso del mundo. Él soñaba con el tiempo en que habría de vivir allí.

Un día, el cartero tocó a la puerta. La madre reconoció en el sobre la caligrafía de su padre, y con las manos trémulas, lo abrió. Había un cheque y un pedazo de papel con sólo tres palabras: "¡Vuelve a casa!".

Como este padre, y el padre del hijo pródigo, el Señor abre sus brazos para recibirnos de vuelta, para aliento y restauración espiritual, al final de una jornada agotadora.

Tomado de Boa noite, Deus!

El evangelio de Juan fue escrito para la Iglesia.

“Y alzando ellos sus ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo” (Mateo 17:8).

El libro de Juan fue escrito para la iglesia, fue escrito para mostrarnos el camino de los últimos tiempos. Los otros evangelios coinciden entre sí, pero el de Juan es específico. Pienso que Juan fue usado por el Espíritu Santo para hacernos estar atentos al tiempo del fin.

«Y aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros (y vimos su gloria,

gloria como del Unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14).

Juan vio la gloria del Señor, «lleno de gracia y de verdad». Y él dice que esa gloria habitó entre nosotros, porque Cristo es la gloria de Dios. Cristo no sólo contiene la gloria de Dios: Cristo es la gloria de Dios. Él es la absoluta gloria de toda la creación y la absoluta gloria de la iglesia.

Evangelizando a la Iglesia

Juvenal Santos de Moura
Brasil

FOTO: BOGOTA (COLOMBIA)

No hay ninguna gloria para nosotros, ni en nosotros mismos. La única gloria de la iglesia es Cristo. Nosotros tenemos que ver esa gloria, ser motivados por esa gloria. Es por esa gloria que hemos de servirnos unos a otros. Es Cristo quien trabajará en nosotros.

Él ya vino a nosotros. La religión intenta ir hacia Dios, pero Juan dice que el Señor vino y habitó entre nosotros. Él hizo un tabernáculo en nosotros; no solamente *entre* nosotros, sino *en* nosotros. Él hizo de nosotros un tabernáculo.

Según Hebreos capítulo 3, nosotros somos la casa de Dios. Allí hay adoración, hay un servicio de adoración, allí hay contrición, allí siempre disminuye el hombre y la gloria siempre es para el Señor, porque él es la gloria y él habita con nosotros. ¡Maravilloso! Yo creo que el Señor habita en mí. Tenemos que confesar esto también y ser sumergidos en esta realidad. ¡Gloria al Señor! Él habita en nosotros.

Gracias al Señor que se hizo carne y habitó entre nosotros. Él recibió un tabernáculo de Dios, un cuerpo, para ir a la cruz. Yendo a la cruz, él es nuestro redentor, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Gracias a Dios, nuestros pecados pasados fueron borrados, y todos los pecados presentes también pueden ser borrados. Basta creer en el poder de la sangre de Jesús, la sangre de su cruz que fue derramada por nosotros. Debemos dar gracias a Dios siempre que miramos al Cordero.

Recordemos el versículo de Mateo 17:8 «*Y alzando ellos sus ojos, a nadie*

vieron sino a Jesús solo». Únicamente a Jesús.

Veamos Juan capítulo 2 versículo 11. Cuando el Señor transforma el agua en vino, Juan nos dice: «*Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea y manifestó su gloria*». Aquí Juan está mostrando la gloria del Señor. «*Y sus discípulos creyeron en Él*». ¿Quiénes son sus discípulos? ¿Son creyentes o incrédulos? Son creyentes, son personas que están siguiendo al Señor. El libro de Juan despierta nuestra conciencia para continuar siguiendo al Señor, creyendo en él.

La Palabra dice que, cuando el pueblo de Israel salió de Egipto, muchos cayeron en el desierto, porque no creyeron. Ellos no lograron concluir su jornada, mas nosotros hemos de concluir la nuestra. Debemos estar firmes hasta el día de Jesucristo. Necesitamos santificarnos en espíritu, alma y cuerpo hasta el día de Jesucristo, porque estamos esperando la venida del Señor.

Nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo. El hermano Watchmann Nee decía que cierta vez en un tren, cuando viajaba a otra ciudad, un grupo de personas jugaban a las cartas y, faltándoles un jugador, le dijeron: '¿Podría usted ayudarnos a formar el grupo?'. Respondiendo, les dijo: 'Lamentablemente, no puedo'. Le dijeron: '¿Y por que no puede?'. El hermano Nee dijo: 'Porque yo no tengo manos'. Le dijeron: '¿Que hacen entonces esas dos manos ahí?'. Él les respondió: 'Estas manos no son mías, son del Señor; ya no me pertenecen a mí'. Nuestras manos y nuestros pies, todo es del Señor. Cristo es el todo en

Sólo puede conocer la verdad aquel que está en el camino, y sólo puede experimentar la vida aquel que conoce la verdad.

todos. Todo le pertenece a Él. No somos más de nosotros mismos. Necesitamos reconocer eso; entonces la iglesia realmente va a tener la gloria del Señor.

Cierto hermano dice que el Señor no usa nuestra manera de ver, ni nuestra manera de hablar, ni nuestra manera de hablar, ni nuestra manera de predicar, ni nuestra manera de andar. Él usa nuestros ojos, nuestra boca, nuestros pies y manos. Porque es el Señor quien tiene que hablar y usar nuestros miembros como él quiera. *Presentad vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.* Eso dice Romanos.

Veamos otro texto en Juan 11:49-52: *«Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros nada sabéis; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Esto no lo dijo por sí mismo, sino porque era sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos».*

Hermanos, ¿esto que está aquí es una palabra para evangelizar a alguien del mundo o para evangelizar a alguien de la iglesia? Decir: 'Jesús murió por nosotros, para que nosotros seamos un cuerpo', es una palabra de evangelización para nosotros.

El Señor está trayendo la evangelización a su iglesia. ¿Cuál mensaje de evangelización? El mismo mensaje del evangelio, que Cristo nos hizo un cuerpo, reuniéndonos en sí mismo.

Aquel que está en Cristo es uno conmigo – dice el Señor – y yo soy uno con él. Entonces podemos cantar: «Somos uno, somos hermanos...». Esta canción es un mensaje de evangelización para toda América Latina, porque estamos siendo evangelizados cuando cantamos. No podemos ser como algunos hermanos, que antiguamente cantaban así: 'No puedo vivir sin ti, mi hermano'. Pero después desaparecieron. Creo que ellos se olvidaron de decir: 'Yo no puedo vivir contigo, mi hermano'. Cantábamos y danzábamos, y ahora estamos separados.

Que nunca más salga de nuestra boca ninguna palabra liviana que no sea producto de una realidad. Que sea el fruto del poder de Cristo en nosotros. Si no lo estamos viviendo, vamos a rendir nuestro corazón al Señor, para que Cristo obre en nosotros.

Los ocho «Yo soy»

Entonces, esta palabra es para que la iglesia alcance el camino de la gloria del Señor. Juan es el único libro donde el Señor dice ocho veces que *Él* es. Entonces, si nosotros llegamos a la conclusión de que en la iglesia nadie

ES, sólo Cristo ES, entonces realmente vamos a corresponder al propósito de Dios.

En Juan 6:35, el Señor dice: «*Yo soy el pan de vida*». El sustento y el alimento de la iglesia es Cristo. Por mucho que encontremos buenos predicadores, todo lo que debe venir por ellos debe ser el pan de vida. El pan de vida es Cristo. Los siervos del Señor son como una bandeja. El pan de vida es colocado en esa bandeja. Usted no comerá la bandeja, usted comerá el pan. Cristo es el pan de vida. Si quiere tener vida, coma a Cristo. Quiere vivir, viva por Cristo. Él es el Señor. Debemos alimentarnos de él para crecer.

Juan 8:12: «*Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*». Nosotros andamos por la luz del Señor, la cual está en la iglesia. Esa luz no puede ser sustituida. La luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesús. Podemos ver que en otro tiempo Moisés tuvo esa gloria en su rostro; mas fue puesto un velo sobre su cabeza para no ver el fin de la gloria de aquel ministerio.

Aquel ministerio fue llamado ministerio de muerte, según 2ª Corintios 3:13: «*...y no como Moisés, que ponía un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido*». En otra versión dice así: «*para que no mirasen firmemente*»; porque si ellos hubiesen mirado firmemente, no habrían tenido esperanza, porque eso tenía fin.

Pero cuando miramos el rostro de Jesús, vemos la gloria eterna de Dios, una gloria que no se desvanece, una

gloria que el Señor quiere traer hasta nosotros. Por eso dice en el verso 17 y 18: «*Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria de Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor*». Aquí sí que podemos mirar firmemente, podemos mirar con libertad. «Mirar», en portugués, quiere decir, «apuntar hacia el frente, hacia un blanco».

Cuando miremos la gloria del Señor sin nada delante de nuestro rostro, nada que nos pueda distraer, vamos a ser transformados de gloria en gloria, en la misma imagen. Entonces cuando miremos la iglesia, cuando veamos el rostro de los hermanos, nuestro servicio va a ser un servicio de amor, porque veremos a Cristo en todos los hermanos,

Juan 10:9: «*Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos*». El Señor Jesús es la puerta. Pero sabemos que a través de todos estos siglos se levantó la religión y muchas puertas se abrieron. Entonces las personas dicen: 'Todas las religiones llevan a Dios'. Incluso muchos creyentes asimilaron esto y se levantaron muchas puertas, por falta de conocimiento de quién es la puerta.

Los creyentes hoy deben regresar y entrar por la puerta. El Señor está llamando a los creyentes para volver al principio y entrar por la puerta verdadera, porque allí encontrarán pastos, porque allí hay un solo rebaño y un solo pastor que guiará a su

pueblo. No dará prioridad a nada más, habrá un solo rebaño y un solo pastor. Y el Señor será glorificado. Por que a la verdad la iglesia es sólo una; no dos ni tres. No esta bandera, ni aquella otra. Sólo una iglesia, aquella que el Señor Jesús levantó. Él no levantó diez o veinte iglesias en cada ciudad.

Una vez un predicador muy conocido decía así: 'Voy a leer la carta escrita a la segunda iglesia de Corinto'. ¿Donde está la segunda iglesia de Corinto? Pablo no habló eso en sus cartas. Si hubiera una tercera carta a los corintios este hermano pensaría que había una tercera iglesia en Corinto. No hermanos, sólo una. Nosotros somos uno, porque hay un solo pastor y sólo una puerta. Y cuando entramos por esa puerta, nos encontramos con el Pastor.

Juan 10:11. Ya hablamos de la puerta y del Pastor; por lo tanto este pasaje no requiere mucho más comentario. «*Yo soy el buen pastor, el buen pastor su vida da por las ovejas*». Entonces vemos aquí que el Señor Jesús ha dado su vida por aquellos que entran por la puerta. Ellos entran por la puerta, y cuando entran y están frente al pastor, el pastor les da vida. Hermano, no es la religión la que te da vida, el Pastor es quien da vida. Pero tenemos que entrar por la puerta.

Veamos Juan 11:25. Estamos leyendo todos estos pasajes para mostrar quién es *el que es*. Esta es la majestad de la gloria de Señor Jesús. El Señor nunca va a dar testimonio de algún otro, ni el Padre dará testimonio de otro. El Padre va a decir: «*Este*

es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia», el Señor Jesús. La iglesia tiene que conocer al gran YO SOY de la iglesia.

Juan 11:25 también nos dice: «*Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá*». Aquí, el Señor Jesús no está diciendo que él resucita. No está diciendo: 'Yo te puedo resucitar; yo puedo hacer el milagro de la resurrección'. No te quedés esperando el milagro de la resurrección. Vive en él, que ES la resurrección. Él dice: «*Yo soy la resurrección*»; «*Yo soy la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá*».

Al ángel de la iglesia en Sardis, que está en Apocalipsis, el Señor le dice: «*...Tienes nombre de que vives, y estás muerto*». Él necesita conocer la resurrección. ¿Quién es la resurrección? Hay muchos pastores que están predicando como si estuviesen vivos, pero están muertos. Ellos necesitan conocer la resurrección. ¿Quién es la resurrección? Jesús es la resurrección y la vida. Si tú crees en él, ahora mismo serás vivificado. Basta creer en el Señor.

Hoy en día hay muchos 'creyentes incrédulos' en la iglesia. Ellos creen en milagros, ellos creen en muchas cosas. Pero no creen en el Señor Jesús. Así como los discípulos que caminaban con el Señor y veían sus milagros, pero no creían en él. Felipe llegó a decir: «*Muéstranos al Padre, y nos basta*». Jesús le dice: «*¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*». Felipe creía que el Señor hacía milagros, pero no creía en el Señor. Él no creía que el Señor

era la revelación del Padre, la gloria del Padre, la imagen misma de su sustancia.

Esa es la grandeza del Señor, ser la imagen exacta de la persona de Dios. Nosotros debemos creer en él, aunque no haga ningún milagro para nosotros. Su grandeza no disminuirá para nosotros, si continuamos viendo su grandeza, su gloria. Entonces nada será más importante para nosotros.

Juan 14:6: «*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*». Aquí tenemos al Señor mostrándose como el camino, y la verdad, y la vida.

Sólo puede conocer la verdad aquel que está en el camino, y sólo puede experimentar la vida aquel que conoce la verdad. Porque el Señor Jesús estableció un principio: «*Conoceréis la verdad, y la verdad os libertará*». Si no fuésemos libres, no podríamos experimentar mayores cosas de Dios, no podríamos experimentar la revelación de Dios. Y de lo que más tenemos necesidad es de ser libres de nosotros mismos. Fue más fácil para Dios liberar al pueblo de Israel de la tierra de Egipto, que librar al pueblo de sí mismo. El pueblo no fue libre de sí mismo y no alcanzó el propósito de Dios. Entonces, necesitamos conocer la verdad.

Un hermano decía que cada vez que Cristo se revelaba a Pedro, el Señor daba un trato a la vida de Pedro. Ese trato era una manifestación de la verdad para Pedro, porque si no, el Señor no podría revelarle otra fase de

su gloria. Si no recibimos el trato de parte del Señor, no podemos recibir la transformación.

A veces pensamos que la cruz es un sufrimiento muy grande. Y podemos decir: 'Sí, mi marido es mi cruz', o 'Mi esposa es mi cruz', o 'Aquel hermano es una cruz para mí', o 'Ese obrero es mi cruz'. No, hermanos, la cruz es la manifestación de la verdad de Dios para nuestra vida, y cuando abrimos nuestro corazón para la verdad del Señor, no nos gusta oír la verdad. Pero cuando abrimos nuestro corazón a la verdad del Señor, entonces somos liberados, y cuando somos libres, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen del Señor por el Espíritu del Señor. ¡Aleluya! Ahí nosotros podemos manifestar la vida del Señor.

Juan 15:1 dice: «*Yo soy la vid verdadera, y mi padre es el labrador*». Sólo leeremos este pasaje. No haremos comentario.

Pero en Juan 18:5-6, se concentran las otras 7 veces en que Jesús dijo: «*Yo soy*». Dice así: «*Le respondieron: A Jesús nazareno. Jesús les dijo: Yo soy. Y estaba también con ellos Judas, el que le entregaba. Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra*».

Hermano, ¿tú ya caíste a tierra? ¿Ya descubriste quién es *el que es*? Cuando tú descubras quién es el que es, tú vas a caer a tierra. Delante del Señor nadie va a quedar en pie. Nosotros caemos para dar toda la gloria al Señor.

(Síntesis de un mensaje impartido en Callejones, en enero de 2008).

* * *

Iluminación, golpes y comisión: El trabajo de Dios en el apóstol.



Los tratos de Pedro

FOTO: LA HABANA (CUBA)

En el evangelio de Lucas capítulo 5 vemos cómo el Señor empezó a trabajar en la vida de Pedro, y cómo él empezó primeramente a trabajar a base de luz, de revelación de sí mismo, intercalado con el trabajar de Dios a base de golpes, de tratamientos, para liberar esa realidad interior que había sido depositada en Pedro.

Tres clases de luz

Nuestro Dios trabaja a base de luz, cada vez nos ilumina, y su reve-

Hernando Chamorro
Colombia

lación y su luz es progresiva. Es vista en una figura del Antiguo Testamento, la del tabernáculo. Cuando el sacerdote percibía una luz en el atrio, era la luz del sol, porque allí no había techo. Más adelante, en el lugar santo, él experimentaba otra clase de luz, que era la luz del candelero; y más adentro percibía una luz que era la

luz de la gloria *shekinah*. Son tres clases de luces, de manera gradual: es como el Señor va revelándose a nuestras vidas.

Esa luz del atrio, por cuanto no había techo ahí, no había cubierta, allí iluminaba el sol, y en la noche la luna y las estrellas, está muy bien mostrada en el Salmo 8: *«Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles...»*. Aquí el salmista está anunciando que así como esa luz del atrio iluminaba, nosotros también somos iluminados por primera vez, cuando vinimos a este mundo antes de ser creyentes, por medio de las cosas creadas. Nosotros vemos su grandeza, su poder, su eterna deidad, por las cosas manifiestas en la creación, de tal manera que no tenemos excusa para decir que no hay Dios.

Pero esta clase de luz es una luz rudimentaria, inicial, con que Dios muestra lo que él es, su eterno poder y deidad, mediante estas cosas creadas.

Más adelante vemos que la luz del candelero que queda en el Lugar Santo, más hacia adentro, más íntimo, tipifica la luz que la iglesia produce en el creyente. Cada creyente, cuando entra a la vida de la iglesia, es expuesto, es iluminado, es redargüido por todos, es tocado por el Señor. La vida de la iglesia es para ser expuesto lo que nosotros somos y ver lo que Dios es en parte.

Y más adelante, en el Lugar Santísimo, donde no alumbra el candelero,

donde no alumbra el sol ni la luna, allí está la gloria *shekinah*. Es la revelación de Dios mismo en nosotros.

Pedro fue iluminado poco a poco por estas tres clases de luces, y, al mismo tiempo, fue golpeado cada vez que recibía luz.

Digo esto porque esta es nuestra vida, igualmente que la de Pedro. Nos gusta ver a Pedro, porque al ver a Pedro en los evangelios nos vemos a nosotros. Tal como era Pedro: terco, soberbio, con mucha confianza en sí mismo, así somos nosotros – ni más ni menos.

La luz del atrio

«Aconteció que estando Jesús junto al lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios ... Y entrando en una de aquellas barcas, la cual era de Simón ... enseñaba desde la barca a la multitud. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red. Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía ... Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador. Porque por la pesca que habían hecho, el temor se había apoderado de él, y de todos los que estaban con él, y asimismo de Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron» (Lucas 5:1-11).

Vemos aquí que Pedro fue ilumi-

nado por medio de las cosas creadas. El Creador, nuestro Señor Jesucristo, había sometido en cierta manera a una restricción económica a los apóstoles. Ese era un pequeño golpe que el Señor estaba dándoles a ellos. Toda la noche habían pescado en vano, pero cada vez que el Señor nos golpea o nos restringe, es para mostrar su gloria, y también para mostrar lo que hay dentro de nosotros. La luz tiene estas dos cosas, por un lado muestra quién es el Señor, y también por otro lado muestra quiénes somos nosotros.

Aquí Pedro fue iluminado por las cosas externas, por una luz del atrio, se puede decir así, acerca de esta pesca que hubo, a través de las cosas creadas como son los peces. Y esta restricción llevó a que el Señor hiciera un milagro de provisión. Y entonces Pedro, viendo esto, cayó de rodillas y dijo: «*Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador*». Allí, por primera vez, Pedro fue iluminado.

Cada vez que somos iluminados, somos expuestos en nuestra vida interior. Ahí el Señor nos muestra cuán indignos somos. Pero lo más precioso es que también, al mismo tiempo, Pedro, Jacob y Juan, a pesar de haber recibido las dádivas, esta cantidad de peces, no obstante, dice en el 11: «*Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron*».

Pedro fue expuesto por un lado; y por otro lado Cristo se manifestó como el Señor de la creación, como aquel que puede dominar los peces del mar. Y por esta luz, Pedro fue expuesto, por un lado, pero por otro lado, él no se quedó con el don, sino

Cada vez que somos iluminados, nos es encomendado algo por parte de Dios y también al mismo tiempo somos golpeados.

con el dador del don, y esto es un gran avance.

Mas adelante vemos que el Señor sigue su avance en nuestras vidas de una manera gradual, porque un ciego que ha sido sanado de su ceguera no puede ser expuesto de súbito a toda la luz. Tiene que ser acostumbrado gradualmente a ver la luz.

La luz del candelero

«*Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. El les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*» (Mateo 16:13-18).

Aquí vuelve el Señor a iluminar al apóstol y a los que estaban con él. Aquí Pedro recibe una luz un poco

mayor que la que recibió con la pesca milagrosa. Se le revela quién es Jesús, que Jesús es el Cristo, quien dice al apóstol: «...Y sobre esta roca...», no sobre Pedro, sino que sobre la confesión de Pedro, que es el fundamento de la iglesia.

Entonces ahí vemos una luz de candelero. Dios le reveló quién era Jesucristo: el Hijo del Dios viviente.

«Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos. Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijese que él era Jesús el Cristo» (Mateo 16:19-20). Aquí también sacamos conclusión de que cada vez que somos iluminados y somos golpeados, también cada vez el Señor nos encomienda algo. A Pedro se le encomienda algo: «A ti te daré las llaves del reino de los cielos».

A Pedro le fueron dadas las dos llaves del reino: la llave para abrir el reino de los cielos a los judíos, que fue utilizada el día de Pentecostés. Y en casa de Cornelio, Pedro usó la segunda llave. El reino de los cielos se abrió y el Espíritu Santo cayó sobre los gentiles por primera vez.

Cada vez que somos iluminados, nos es encomendado algo por parte de Dios y también al mismo tiempo somos golpeados. ¿Qué cosa, no? Esta parte no nos gusta, pero es necesaria. Vemos el golpe desde el verso 21: «Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro, tomándolo

aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de mí; en ninguna manera esto te acontezca. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres. Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará».

Aquí, después de Pedro ser iluminado, Jesús anuncia su propia muerte, y Pedro empieza a reconvenirle. Después de ser iluminado, empieza a surgir la habilidad natural de Pedro. Pedro, aconsejando a Dios hecho carne, la criatura aconsejando al Creador. Cuán necio era Pedro. Yo creo que nosotros diferimos muy poco de Pedro. Entonces el Señor le dice: «Quítate de delante de mí, Satanás». Realmente era Pedro siendo usado por Satanás.

Satanás estaba detrás de todo esto, tocando la vieja naturaleza de Pedro, no permitiendo que Cristo fuera a la cruz, porque ese fue el empeño de Satanás desde que Cristo nació. Siempre Satanás trataba de llevar al Señor Jesucristo a que no actuara como hombre, sino como Dios. 'Si tú eres el Hijo de Dios, ¿por qué no haces esto? Si tú eres el Hijo de Dios, ¿por qué no haces aquello?'. Porque realmente quien iba producir la victoria sobre Satanás no era Jesucristo como Dios, sino como hombre. Y aun hasta última hora en la cruz del Calvario decía el mismo Satanás a través del soldado: «Si tú eres el Hijo de

Dios...». A través inclusive del malhechor que crucificaron al lado: «Si tú eres el Hijo de Dios...».

Ese 'Si...' cuestionador no es más que la voz de Satanás, pero de ninguna manera el Señor Jesús accedió. Igualmente Satanás usó a Pedro: 'Señor, si tú eres el Cristo, nada te acontezca de esto'. Esta es una manera como trabaja en nuestras vidas. Cada vez que somos tentados, él mismo nos dice: 'Si tú eres hijo del Rey de reyes, ¿por qué no haces esto, porque no haces aquello?'. Y es un negarnos continuamente, porque esa es nuestra arma.

No hay lugar más seguro para el cristiano que la cruz. No tenemos un lugar más seguro que estar crucificados juntamente con Cristo. Es el lugar de reposo, nuestro refugio, realmente, la cruz. Ser trabajados por el Señor, ser golpeados por el Señor. Allí Pedro fue golpeado, fue reprendido por el Señor.

La luz del Lugar Santísimo

Más adelante, en el capítulo 17, Pedro vuelve a ser iluminado. *«Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo ama-*

do, en quien tengo complacencia; a él oíd» (Mateo 17:1-5).

El Señor llama a Pedro, Jacobo y Juan, y los lleva a un monte alto. Aquí el Señor se está revelando a sí mismo ante ellos. Es una revelación, ya no de atrio ni de Lugar Santo, sino una revelación que pertenece al Lugar Santísimo, una revelación que pertenece a la luz *shekinah*. El mismo Dios hecho carne se está manifestando allí tal como él es, y se transfigura, tanto que Pedro en su segunda epístola, él todavía, a pesar de haber pasado los años, se acuerda y menciona este pasaje.

«Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo» (2ª Pedro 1:16-18). Allí, Pedro fue tocado por la realidad espiritual; allí, por primera vez, Pedro no ve un Cristo según la carne, sino un Cristo transfigurado conforme al Espíritu. Y él fue iluminado.

Este hombre tenía que ser iluminado en cuanto a algo. Él tenía un problema de religión, un problema de judaísmo en su corazón, muy arraigado, y que aún más tarde todavía, en Antioquía, le sale a flor de piel. El apóstol Pablo le reprende en Antioquía acerca de este problema de ser judaizante. Por lo tanto, Pedro tenía que ser iluminado y tenía que ser

liberado a través de un golpe. El Señor tenía que trabajar en Pedro.

Aquí en el monte el Señor se muestra, se transfigura. Y Pedro dice en el versículo 4: *«Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, una para Moisés, y otra para Elías»*.

Aquí realmente Pedro estaba haciendo alusión a la fiesta de los tabernáculos. Todavía estaba en la tipología, y estaba, de paso, poniendo al mismo nivel a Jesucristo con Moisés y Elías. No lo exaltaba, lo ponía igual como si fuera un profeta más, o alguien igual a Moisés.

Pero aquí es golpeado una vez más. La voz del Padre desde la nube dijo: *«Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia...»*. Este, Jesús; no Moisés, no Elías. *«Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd»*. 'No escuchen a Pedro'. Prácticamente el Señor estaba diciendo así. O sea, Pedro fue acallado por Dios, y esto es un golpe grande para Pedro. Allí Pedro empezó a ser liberado realmente de la religión judaizante. Pedro tenía que poner por encima de Moisés y Elías al Señor Jesús. No hacer una enramada al mismo nivel, no encerrar o encasillar al Señor Jesús igualmente que a Moisés y Elías.

Destruyendo la autoconfianza

Vemos más adelante que el Señor siguió trabajando con el apóstol. Pedro, aparte de tener problemas de judaísmo en su corazón, también tenía mucha confianza en sí mismo. Y una de las cosas que el Señor requiere para que le adoremos en espíritu y para que le sirvamos en el cuerpo, es

librarnos de toda nuestra autoconfianza, problema que tenemos todos aquí. Confiamos mucho en nuestras habilidades, en lo que somos, en lo que tenemos, y con todas estas habilidades y todas estas mañas naturales pretendemos servir a la iglesia del Dios vivo, y no puede ser así.

Cuando nosotros nos presentamos para servir a la iglesia de Dios, no nos podemos presentar en nuestra propia fuerza, en nuestro propio intelecto, en nuestra propia confianza, en nuestras propias habilidades. Nos presentamos con temor y temblor delante de la iglesia del Dios vivo, la casa de Dios, columna y baluarte de la verdad. Pedro estaba lleno de confianza, y el Señor tenía que trabajar en él para destruirla.

Mateo capítulo 26. Este pasaje es muy conocido por todos nosotros. En el verso 69 hay un subtítulo: «Pedro niega a Jesús». Ahí el Señor le da un golpe fuerte, muy fuerte a Pedro. Ahí lo trabajó, destruyó toda la confianza que tenía. Pedro era una persona que aparentaba ser valiente, una persona que podía dar la vida por el Señor. Estaba lleno de mucha confianza en sí mismo, de mucha presunción. El Señor no necesita ser defendido, así como el arca del testimonio no necesitó ser defendida cuando estaba en manos de los filisteos, sino que la misma arca se defendió.

En tierra de los filisteos, el arca

No hay lugar más seguro
para el cristiano que la
cruz.

hizo que el dios Dagón se doblara y cayó la estatua del dios Dagón. A los filisteos les salieron úlceras. La misma arca, el testimonio que tipificaba a Cristo, se defendió sola. Aun no necesitaba que Uza metiera la mano para que no cayera. Nosotros somos igual que Uza y Pedro. ¿Verdad, hermanos?

El Señor necesita trabajar en nosotros. Él muestra que no necesita ayuda. Él desea involucrarnos en su obra por amor a nosotros. No porque él necesite del hombre, sino que Dios quiere darnos participación para el servicio de él. No es un favor que le hacemos a Dios de servirle en espíritu y en realidad. Es un favor que Dios nos hace a nosotros. Por lo tanto, nos sentimos honrados de servirle, de que el Señor nos ocupe. Para nosotros es de gran honra.

«Pedro estaba sentado fuera en el patio; y se le acercó una criada, diciendo: Tú también estabas con Jesús el galileo. Mas él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices. Saliendo él a la puerta, le vio otra, y dijo a los que estaban allí: También éste estaba con Jesús el nazareno. Pero él negó otra vez con juramento: No conozco al hombre». Imagínense, él lo conocía... «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Y ahora dice: «No conozco al hombre». Un poco después, acercándose los que por allí estaban, dijeron a Pedro: Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre. Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco al hombre. Y en seguida cantó el gallo. Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: Antes que cante el gallo, me negarás tres

veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente» (Mateo 26:69-75).

De aquí en adelante ya Pedro no podía confiar en sí mismo. Fue confrontado por el Señor, fue trabajado por el Señor. De allí en adelante el Señor empieza a trabajar en Pedro después de la resurrección.

Veamos Juan 21:15. Sigue el Señor trabajando en Pedro, y ojalá siga Dios trabajando en nuestras vidas. La cruz no es algo que nosotros debamos temer. De las cosas mejores que Dios nos puede dar es la cruz, el trato de Dios con nosotros.

«Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. El le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas» (Juan 21:15-16).

Miren que el amor de Dios se manifiesta de una manera práctica, cuando amamos al Cuerpo. El Señor le está preguntando: «¿Me amas?», y le dice: «Apacienta a mis ovejas». Porque el que ama a la Cabeza, ama al cuerpo. El que ama al Pastor, ama a las ovejas. En eso conocemos que amamos al Señor: porque amamos a nuestros hermanos.

«Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? Y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas» (v. 17).

Cuando Jesús le dice por tercera vez las cosas, es porque le está dando conciencia, para que Pedro perciba

que él no puede amar al Señor por su fuerza natural, como trató de hacerlo cuando sacó la espada y le cortó la oreja a Malco. Él trató de cortarle la cabeza a Malco, pero no pudo. Acá el Señor Jesús lo está llevando a que él perciba una realidad espiritual que le ha sido dada a Pedro, y esa realidad espiritual es el amor de Dios que ha sido derramado en Pedro.

Sin embargo, Pedro no está percibiendo; le está contestando: «Sí, Señor, te amo», de una manera natural. Jesús se lo repite varias veces, para que Pedro sea consciente de que al Señor se le ama desde el espíritu, no desde el alma; no con el amor natural, sino con el amor de Dios que ha sido derramado.

El Señor está tratando de despertar esa percepción espiritual, esa rea-

lidad espiritual que hay en Pedro. De esa manera, el Señor ha venido logrando un trabajo en Pedro grandemente.

¿Y cómo pudo el Señor intercalar la iluminación con los golpes? Cada vez que el Señor lo iluminaba, lo golpeaba y le daba una comisión, una responsabilidad en el propósito de Dios. Y así es para nosotros. Cada vez que el Señor se revela a nuestras vidas, después nos da un golpe, un golpecito pequeño o grande, depende de la dureza de nuestros corazones, y al mismo tiempo nos da un encargo. Él nos carga con su propósito y cada día nos capacita y luego nos envía.

El Señor añade a su palabra. Que esta palabra sea hecha carne y sangre en nuestra vida. Amén.

(Síntesis de un mensaje impartido en Callejones, en enero de 2008).

* * *

El error de la nieta

Kathleen Lowther relata una conversación muy especial que tuvo con su pequeña nieta en un período crítico de su vida.

Kathleen tenía agendada una cirugía para algunos días más. Aquella noche, luego de su devocional diario con Shanice, su nieta de 2 años, tomó un libro de medicina y comenzó a leer algunas informaciones sobre la anestesia que recibiría en su cirugía. Cuanto más leía, mayor era su nerviosismo.

Entonces Shanice la miró y dijo: “Abuela, muéstreme los ángeles”. “¿Qué ángeles?”, dijo Kathleen. Entonces, Shanice señaló la foto en la tapa del libro que Kathleen estaba leyendo.

“Ellos no son ángeles; éste es el médico, una enfermera y un paciente”. “Sí, abuela, son ángeles”, insistió Shanice.

De pronto Kathleen entendió. La incorrecta interpretación de la nieta probó ser un recordatorio poderoso para Kathleen de que Dios mandaría sus ángeles para cuidarla. La paz fluyó en su corazón mientras agradecía a Dios por tan extraña forma de alentarla.

Publicado en The Upper Room, Enero de 1999



FOTO: SAN LUIS POTOSÍ (MEXICO)

TEMA DE PORTADA

El sentido de la autoridad y la obediencia.

El reino de Dios

Roberto Sáez

El reino de los cielos en la predicación de Juan el Bautista

El *reino de Dios* o el *reino de los cielos*, son expresiones que apuntan a una misma realidad. Mateo habla del reino de los cielos porque así evita usar el nombre de Dios, cosa que era muy delicada para los judíos – a quienes Mateo escribe su evangelio. En cambio, Marcos y Lucas hablan del reino de Dios. Pero no hay diferencia entre ambas expresiones.

El reino de los cielos es anunciado por Juan el Bautista primero y luego por Jesús mismo (Mateo 3:2 y 4:17). El bautismo de Juan, fue el sello o la respuesta de los que obedecían a su mensaje de arrepentimiento; esto equivalía a decir: *«Dios tiene razón; él no se ha equivocado en sus designios respecto de nosotros; debemos bautizarnos en señal de arrepentimiento para con Dios. Yo soy pecador, he vivido separado de Dios, no haciendo su voluntad, debo cambiar de actitud para con Dios y vivir*

como se vive en el reino de los cielos, donde todos obedecen a Dios; viviendo para mí estoy mal; en el agua, allí sumergido, diré a Dios, a mi pueblo y a mi propia conciencia, que voy a morir para el pasado pecaminoso y que voy a empezar una nueva vida cerca de Dios, considerando en todos mis caminos. Ahora que se acerca el reino en el Mesías ¡Qué vergüenza da, haber vivido en desobediencia a Dios! Desde ahora quiero enmendar mi camino siendo obediente a la Palabra de Dios». En síntesis, esta debió ser la respuesta del pueblo que creyó al mensaje de Juan el Bautista: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado».

reinar espiritualmente en el corazón de los hombres, para lo cual, primero había que efectuar la redención por el sacrificio de Cristo y la renovación del corazón por el Espíritu Santo. Los discípulos no lo entienden así. Por eso, hasta el último momento están preguntando: «¿Cuándo restaurarás el reino?» (Hechos 1:6).

Puede ser que Juan haya encontrado tropiezo en el Señor Jesús, como para creer que era el Mesías verdaderamente, ya que cuando está en la cárcel, envía mensajeros a Jesús, para preguntarle: «Eres tú aquel que había de venir o esperamos a otro?». Jesús respondió: «Bienaventu-

El *hacha* que había puesto Juan en *la raíz* de los árboles, era lo que Jesús continuó haciendo por la Palabra del Evangelio, la cual pone al descubierto la necesidad de apartarse del pecado y experimentar un cambio de vida.

Este anuncio, implicaba la venida del Mesías. Esta esperanza en Israel estaba implicada con la política contingente: La necesidad de ser libres del yugo romano y ubicarse a la cabeza de las naciones. Esto estaba en la mente del pueblo, pero, no en Dios, ni en el Mesías. La gente de Israel estaba llena de orgullo, insensible al pecado, viviendo lejos de Dios; Juan el Bautista viene como precursor del Mesías a «preparar el camino del Señor y a enderezar sus sendas» (Mateo 3:3) Antes de reinar políticamente sobre la tierra, era necesario

rado es el que no halle tropiezo en mí» (Mateo 11:3, 6). Podemos comprender la debilidad de Juan; él no entiende cómo es que el Mesías siendo el salvador y libertador de Israel, no haga algo por él que está preso. Jesús da un excelente testimonio de Juan invitando a los israelitas a recibir a Juan como «*el Elías que había de venir*» (Mateo 11:14). Juan ha sido el hombre más austero, fiel, y consecuente con su ministerio, pero él sabía que «*es necesario que él crezca y que yo mengüe*» (Juan 3:30).

Predicación del reino de Dios por el Señor Jesucristo

El Señor Jesucristo ratificó el mensaje de Juan el Bautista, colocando el énfasis en un reino espiritual, sobre el corazón del hombre, pues el mayor de todos los males es la rebelión del corazón contra Dios, esa independencia del alma del hombre, al vivir sin Dios, 'por las suyas', ensimismado, enajenado del cielo.

El *hacha* que había puesto Juan *en la raíz de los árboles*, era lo que Jesús continuó haciendo por la Palabra del Evangelio, la cual pone al descubierto la necesidad de apartarse del pecado y experimentar un cambio de vida. El vivir con Cristo nos torna sumisos, obedientes, humildes y mansos; si esto es así, es porque el Señor del reino de los cielos ha bajado a la tierra, está aquí y ha traído al corazón de los hombres, el estilo de vida del reino de los cielos, donde todos obedecen.

El hacha, por un lado, fue su doctrina, la que el Padre le dio para que la impartiera. Su palabra ponía en evidencia la oscuridad del alma de los hombres, descolocaba las tradiciones en que estaba anquilosada la sociedad, cortaba la tiranía de los prejuicios; su justicia era mayor que la de los escribas y fariseos; el vino nuevo de la palabra del reino rompía los odres viejos de la religión de Israel.

Por otro lado, el hacha es la obra de la cruz, donde la raza de Adán fue crucificada; allí terminó el viejo hombre y la antigua creación; allí fue talada la raza de Adán.

El reino de los cielos antes de la creación del mundo

En el reino, allá en los cielos, un ser angelical, el jefe de aquellas huestes se había rebelado creando un amotinamiento en contra de la autoridad de Dios; queriendo éste, ser superior a Dios mismo (Isaías 14:12-15; Ezequiel 28:12-19). Una gran parte de los ángeles le siguió en la rebelión, abandonando su hogar celestial.

Lo más probable es que Judas 6-7 se refiera a ellos. «*Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada... como Sodoma y Gomorra... las cuales de la misma manera que aquellos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza*». Estos son conocidos como: «*Los ángeles caídos*» (2ª Pedro 2:4; 1ª Corintios 6:3). Están reservados para ser condenados eternamente por su pecado y rebelión. «*Vicios contra naturaleza*»: Esto es, contrario a la naturaleza del reino. Vivir centrados en el ego, actuar independientemente de la autoridad de Dios, rebelarse contra los designios de Dios, es contra naturaleza; respecto de cuyo propósito fueron creados los ángeles. Fueron creados para obedecer, y es contra su propia naturaleza que desobedezcan.

El reino de los cielos es un reino de autoridad. Dios está sentado en su trono. Él reina desde la eternidad y hasta la eternidad. Él es el Principio y el Fin. Él es soberano, suficiente, omnipotente, omnisciente y omnipresente. Él es Santo. Su santidad no es una virtud, sino la suma de todas sus virtudes. La criatura más cercana a Dios

era Luzbel, el ángel principal, y con él toda la hueste angelical, rindiendo un servicio de alabanza ante el trono de Dios. Aunque Dios es autoridad, no la impone; él espera que todos obedezcan de suyo, voluntariamente y por amor. Los ángeles, igual que los hombres, no son máquinas determinadas por Dios para rendir un servicio mecánico. Dios es Espíritu y los que le adoran han de hacerlo en Espíritu. Sus designios expresan su voluntad y él espera que todos estén de acuerdo con él y obedezcan, porque hacen suyo lo que Dios piensa y anhela. Dios iba a hacer una obra maestra en el futuro y lo comunica a su creación. Pero sus criaturas se rebelan contra Dios, presentando resistencia a lo que Dios desea realizar.

La obra maestra de Dios es la creación del hombre. En la Deidad, se decidió la puesta en marcha del proyecto más grandioso que jamás mente alguna haya concebido, excepto Dios. Dios encarnado, Emanuel, Dios con nosotros, Dios contenido en el hombre y el hombre siendo la expresión de Dios. El Dios invisible se haría visible; llevaría la imagen del Hombre por el resto de la eternidad; plasmaría la imagen y semejanza de Dios en la criatura humana, compartiría con el hombre su reino, su vida, su gloria y la expansión del universo.

Dios invitó a los ángeles para alegrarse en este proyecto, pero ¿qué aconteció? Al ángel principal no le pareció bien; se halló maldad en su corazón, y aquí comienza el mal, aquí se origina el mal. Dios no es autor del mal, la criatura que Dios había hecho

para su alabanza y servicio se rebela contra lo que Dios quiere hacer. Juzga que lo que Dios hará es injusto; piensa que él sólo debe servir a Dios, a uno que es superior, pero servir a los hombres en el futuro, lo estima como una rebaja insoportable, y se llena de envidia y celos.

Considera que el servir es algo de poca monta, y con esto menosprecia una cualidad del carácter de Dios, pues Cristo –quien es la imagen de Dios– nos mostró esta cualidad del servir como una de las virtudes constituyentes de Dios. Jesús mismo, siendo Dios, lavó los pies de sus discípulos. El servicio, es un rasgo del carácter de Dios y él quiere que los hombres y los ángeles tengan este rasgo de su carácter.

Luzbel se rebela contra Dios, menospreciando esta cualidad. Entonces decide amotinar a los que eran sus compañeros de servicio. Éstos le compran sus contrataciones – esto era parte de su actividad en el reino, era un administrador al servicio del Rey y estaba acostumbrado a realizar contrataciones en los lugares de la creación que estaban a su cuidado. Un tercio de la hueste angelical lo siguió en su locura, el resto, permaneció fiel a Dios hasta el día de hoy.

Satanás, Diablo, Adversario, Enemigo de Dios, Belcebú (rey de las moscas) Dragón, Serpiente Antigua, son algunos de los nombres con que se conoce al ángel caído. No contento con rebelarse y arrastrar a algunos de sus congéneres, éste se rebela contra Dios y su trono, queriendo ser superior a Dios para quedarse con el reino.

Pretende subir por encima de Dios, tomar el poder, hacer a un lado a Dios, despojarlo y robarle, y matarle. Dios, que es la cabeza del universo, desde su trono, no hace nada por defenderse, porque el creador no contiente con la criatura. Dios tiene poder para hacer desaparecer al rebelde, pero su ética, su naturaleza ética no se lo permite. Entonces deja que otro lo defienda, en este caso, Cristo, a quien confiere y delega toda autoridad en el cielo y en la tierra, para que ejecute todo juicio de la mano de Dios, para que reivindique, restaure y ordene el caos producido por la criatura. Lo constituye cabeza del cielo y de la tierra, y ordena que todas las cosas se resuman en él.

Destituido del reino, Satanás, es enviado a la tierra, donde Dios tiene pensado realizar su obra maestra: La creación del hombre a su imagen y semejanza. Todo se decide en aquel consejo anticipado y determinado por la Deidad.

En Génesis 1:2, tenemos que *«la tierra se volvió desordenada y vacía»*. Si se volvió así, es porque primero estaba ordenada. De acuerdo a una antigua tradición judía, Satanás era el lugarteniente de la tierra; este era el lugar de su jurisdicción; así, después de la caída en el reino de los cielos, hace estragos aquí en la tierra, indignado y frustrado, desordena todo lo creado por Dios. La creación de los seis días de Génesis es una restauración de aquella primera creación de Dios. Cuando el hombre es creado, Satanás ya estaba aquí.

El Adversario provoca un caos en la tierra, entonces aquella creación

se desordena. Se desproporciona el tamaño de las criaturas, aerolitos caen a la tierra provocando el exterminio de aquella creación. Son juicios de Dios que caen sobre aquella creación de las grandes bestias, las que también, seguramente fueron contaminadas con la caída del ángel principal.

El plan de Dios para reivindicar su autoridad

Es en este escenario, la tierra, donde Dios pone al primer Adán para reinar sobre todo lo creado, incluyendo al *«...animal que se arrastra»* (Génesis 1:25). Dios quiere utilizar al hombre, para proporcionar a Satanás el juicio y el castigo por su rebelión. Sabemos que el hombre le falló a Dios, cayendo en el engaño de la contratación del diablo, cuando éste calumnió a Dios, diciéndole a Eva: *«No moriréis... sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal»* (Génesis 3:5). El pecado del hombre fue admitir la palabra del diablo en desmedro de la Palabra de Dios. Esto fue un adulterio «espiritual», una concomitancia del alma humana con Satanás. El enemigo está atento; algo sabe de lo que Dios pretende hacer, sabe que este proyecto lo dejará fuera a él. Su celo y odio es tan grande que quiere destruir todo lo que venga de Dios.

Ha logrado estorbar la obra de Dios, pero no sabe todos los detalles del plan, sólo algunas cosas generales. Piensa que ha vencido, que ha derrotado a Dios, que se ha interpuesto entre Dios y su obra, pero no

sabe que Dios tiene un plan con el que restaurará todas las cosas. El plan es el postrer Adán, Cristo el Señor, el segundo hombre. El primero falló, pero Cristo vino para recuperar el reino al Dios y Padre.

Al respecto, Pablo dice: «*Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria*» (1ª Corintios 2:7-8). Si Satanás y sus emisarios hubiesen conocido completamente el plan de Dios, nunca habrían crucificado a Cristo. Dios reservó este plan en términos de un misterio.

El hombre fue puesto para reinar sobre toda la tierra: «*Todo lo pusiste debajo de sus pies*» (Salmo 8). El Salmo 8 no contempla la caída del hombre – no se dice nada respecto de pecado alguno– y esto es porque se canta al hombre creado según el propósito de Dios, el cual fue que reinase sobre todo lo creado.

Como el hombre pecó, se convirtió en esclavo de Satanás y así se perdió el reino sobre lo creado. Pero el Hijo de Dios vino a *deshacer las obras del diablo*. Ahora él es el hombre del

salmo 8, sin caída, perfecto, sin mancha, en el cual se cumple el propósito de Dios. Es por esto que el Hijo de Dios se llama a sí mismo como el Hijo del Hombre, pues tenía suma importancia en el plan de Dios que la obra encomendada por el Padre la realizara como hombre y no como Dios. En este punto debía someterse a Dios en *obediencia* y ser probado en ella, pues el Hijo siempre había obedecido al Padre participando de la Deidad; pero ahora, como hombre, ha de aprender la obediencia (Hebreos 5:8), ya que precisamente la obra del diablo se caracterizó por la *desobediencia*.

Jesús: Vencedor por la obediencia como Hombre

En el reino de los cielos, todos obedecen y hacen la voluntad de nuestro Padre (Mateo 6:10) Es por eso que Jesús, como hombre, se mostró obediente en todo. Esto lo vemos en la tentación en el desierto, donde Jesús fue tentado por el diablo a reaccionar como Dios, pero las tres veces que fue tentado por el diablo, Jesús responde como hombre. El diablo dice: "*Si eres el Hijo de Dios...*"; Jesús dice: "*No sólo de pan vive el hombre...*". El diablo dice la segunda vez: "*A ti te*

La tentación que hoy nos hace Satanás a los creyentes, consiste en hacernos reaccionar como hombres, sólo con nuestras fuerzas y habilidades. Nosotros hemos de responder como hijos de Dios, revestidos de la gracia divina.

daré toda esta potestad... si postrado me adorares..."; Jesús dice: "Al Señor tu Dios adorarás...". Con esto le está diciendo: "Yo estoy aquí como hombre, y como tal, me postro sólo ante Dios".

Por tercera vez el diablo tienta para provocar la naturaleza divina del Hijo de Dios: "*Si eres Hijo de Dios...*"; Jesús dice: "*No tentarás al Señor tu Dios...*"; es decir, "Estoy aquí como hombre y, como tal, no voy a tentar al Señor mi Dios (Lucas 4:1-13); está claro, Satanás, que tú eres apenas una criatura". Era vital que el diablo fuese vencido por una criatura (no que Jesús sea una criatura, sino como hombre nacido de mujer), y no por Dios, el creador. El primer hombre falló, pero el Segundo Hombre

venció y vindicó a toda la humanidad, siendo nuestro representante en la gestión de gobierno sobre la criatura rebelde. Toda la obra que Cristo hizo, la llevó a cabo como hombre por el poder del Espíritu Santo, desde su nacimiento hasta la resurrección y exaltación a los cielos.

La tentación de Satanás al Señor Jesús, consistió en hacer que éste respondiera con su naturaleza divina. La tentación que hoy nos hace Satanás a los creyentes, consiste en hacernos reaccionar como hombres, sólo con nuestras fuerzas y habilidades. La victoria de Jesús fue responderle siempre como hombre; pero nosotros hemos de responder como hijos de Dios, revestidos de la gracia divina.

(Continuará)

* * *

La fábula del tonto

Había en España un grupo de personas que se divertían con el tonto del pueblo, un pobre hombre que vivía haciendo pequeños mandados y recibiendo limosnas. Diariamente algunos hombres lo llamaban al bar, y le ofrecían escoger entre dos monedas: una de tamaño grande de 40 reales y otra de menor tamaño, pero de 200 reales.

Él siempre tomaba la más grande y de menos valor, lo cual era motivo de risas para todos. Un día, alguien que observaba al grupo divertirse con el inocente hombre, le llamó aparte y le preguntó si todavía no había percibido que la moneda de mayor tamaño valía menos.

Éste le respondió: "Lo sé. Sé que vale cinco veces menos, pero el día que escoja la otra, el jueguito acaba, y no voy a ganar más mi moneda cada día".

¡Cuánta necesidad hay hoy de hombres y mujeres inteligentes, que sepan actuar con sabiduría, aunque parezcan tontos! Las verdades de Dios, a veces, parecen tontas para la gran mayoría. Pregúntale a aquel que prefiere decir la verdad y perjudicarse, en un mundo de mentiras que arregla las situaciones a su conveniencia.

Danielpixtus, en la Web

La iglesia como contexto de sanidad y realidad.



Santificar y glorificar

FOTO: BOGOTÁ (COLOMBIA)

Gonzalo Sepúlveda

"Santificado sea tu nombre... Santificado a Dios el Señor en vuestros corazones... Padre, glorifica tu nombre... Yo te he glorificado en la tierra" (Mt. 6:9; 1ª P. 3:15; Jn. 12:28; Jn. 17:4).

La mayoría de los creyentes estamos familiarizados con estas expresiones de la Palabra del Señor.

El contexto de 1ª de Pedro capítulo 3 resulta muy aclaratorio. Es preciso que los cristianos permanezcamos apartados de toda especie de mal, y si vamos a padecer, que sea haciendo el bien, si la voluntad del Señor así lo

determina, pero jamás como malhechores. Pues en tal caso, la responsabilidad sería nuestra, y el padecimiento inútil.

Santificamos al Señor cuando asumimos como propios los errores, faltas o pecados cometidos, cuando nos juzgamos a nosotros mismos y nos humillamos debidamente ante su presencia.

Santificamos al Señor cuando pedimos perdón a quien hemos ofendido o defraudado, ya sea a la familia, a los hermanos de la iglesia o a nuestro prójimo en este mundo.

Si no santificamos permanentemente al Señor, nuestras oraciones se verán estorbadas, la comunión con los hermanos comienza decaer, en fin, todo el interés por servir al Señor comienza a debilitarse y, peor aún, paulatinamente vamos quedando expuestos a pecados mayores, y las consecuencias podrían ser desastrosas si no reaccionamos a tiempo.

Uno de los síntomas más notorios de este decaimiento espiritual, es que comenzamos a resaltar las fallas y errores en los demás. La falta de juicio personal deriva trágicamente en juicio hacia los hermanos.

Cuando la comunión de un creyente con su Señor es limpia, fresca, fluida, se llena del Espíritu Santo, y por tanto estará también lleno de misericordia y amor hacia los más débiles, con un celo santo por las cosas que atañen a la vida del cuerpo de Cristo, jamás con una crítica ácida y descalificante.

El Señor se santifica

Dios tuvo que santificarse a sí mismo en las vidas de Moisés y Aarón en el desierto, por cuanto ellos le representaron mal con ocasión de la falta de aguas en Meriba, en el desierto de Cades (Núm. 20: 9-13), este hecho tuvo como consecuencia que ambos fuesen impedidos de entrar en Canaán. El Rey David fue severamente reprendido de parte de Dios por el profeta Natán, porque no tuvo

la capacidad de santificar a tiempo el nombre del Señor (2 Sam. 12: 7-14). Tal pecado de David fue bien conocido por Joab y seguramente por otros siervos cercanos al rey. Si Dios no hubiese intervenido para juzgar a David, los siervos habrían tenido argumentos contra el Señor, juzgándole como un Dios que tolera la impiedad de sus hijos. David vivió entonces la mayor sequía espiritual que se le conoce y sufrió las consecuencias de su falta de confesión (Sal. 32).

Aprendamos de una vez que si nosotros no nos apresuramos en santificar al Señor, él mismo lo hará y las consecuencias pueden ser trágicas.

Pedro, el discípulo intrépido e impulsivo, contradijo a su Maestro, jurando que jamás le negaría. El llanto amargo tras su derrota fue un juicio a sí mismo que santificó al Señor (Mt. 26).

Cada vez que Dios se santifica, Dios se separa del hombre en cuanto a la responsabilidad. En las Escrituras abunda el registro de ocasiones en que Dios se santificó en sus hijos y en sus siervos para que quedase muy claro a las generaciones posteriores que él nada tuvo que ver con las faltas y pecados de ellos. Nos faltaría el tiempo para hablar de Nadab y Abiú

Si nosotros no nos apresuramos en santificar al Señor, él mismo lo hará y las consecuencias pueden ser trágicas.

(Lev. 10: 1-3), del profeta Elí (1 Sam. 2: 27-35), del rey Saúl (1 Sam. 15: 22-28), del rey Uzías (2 Cr. 26: 16-21) y de muchos otros. Algunos murieron anticipadamente, otros fueron desechados del servicio, otros terminaron leprosos hasta su muerte.

Recuerde, hermano, si usted no se apresura en santificar al Señor, él mismo se encargará de santificar su Nombre en su vida.

El apóstol Pablo, escribiendo a Timoteo, le advierte acerca de *«mantener la fe y la buena conciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos»* (1ª Tim. 1:19). Mantener la buena conciencia está directamente relacionado con santificar al Señor. Sólo un activo y permanente juicio sobre nosotros mismos permitirá a nuestra conciencia 'mantenerse buena', es decir, limpia, sin traba alguna, para comunicarse con el Espíritu del Señor.

Mientras unos mantienen la fe, otros naufragan – advierte el apóstol. Esto nos habla claramente de que por alguna parte el pecado comienza a invadir «nuestra embarcación» hasta hacerla zozobrar. Tal es la triste historia de muchos cristianos que han retrocedido hacia sus antiguas costumbres, ofendiendo a su Salvador y acreando dolores, tanto para sí mismos como para quienes les rodean.

Pero en Dios hay perdón. Si nos volvemos a él arrepentidos, santificando así su santo Nombre, nos recibirá con misericordia.

El Hijo glorificando al Padre

Mirando a nuestro Señor Jesucristo somos alumbrados y consolados. En un momento de aflicción, él tomó

Vengamos ante él con toda nuestra historia a cuestas, santifiquemos al Señor de todas nuestras faltas, confesemos toda liviandad y rebeldía.

la decisión correcta: *«Ahora esta turbada mi alma, ¿y qué diré?, ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre»* (Juan 12:27).

El contexto nos habla de la proximidad de la cruz. Ser 'salvado de esta hora' habría sido evitar la cruz, optar por una alternativa más cómoda para sí mismo; pero gracias al Señor, que no tomó tal camino. Hoy nosotros somos el fruto de aquella bendita decisión y alabaremos eternamente su nombre por su gran salvación.

«Padre, glorifica tu nombre...» es la expresión de una firme resolución interior de avanzar en la dirección correcta. También nos habla de una comunión hermosa, fluida, inmediata, sin preámbulo alguno, propia de alguien que tiene su mirada limpia, para ver el trono de Dios sin obstáculo alguno de conciencia. ¡Qué escena más brillante de nuestro Señor!

Justamente aquí es donde reposa el sencillo secreto de la constante victoria de nuestro Maestro: *«Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra no será conmovido»* (Hechos 2: 25-28).

Nada entorpecía la constante comunión del Hijo en la tierra con su Padre en los cielos. Por la misma razón, nada podía debilitarle ni desviarle de la senda de amor y servicio al Padre en beneficio de todos los hombres. Por tal razón, igualmente los espíritus le obedecían, los panes se multiplicaban, y aun los vientos y la tempestad del mar se volvieron en calma a la voz de su autoridad.

«Entonces vino una voz del cielo: *Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez*» (28). La inmediata respuesta del Padre muestra su agrado, su alegría y su permanente compañía celestial. El Padre ya había sido glorificado en todo el vivir previo de nuestro Señor Jesucristo. Desde su nacimiento hasta éste punto, su amor y poder, su carácter, bondad y autoridad habían sido plenamente expresados por el Hijo. Su voluntad había sido hecha de tal manera que quien veía al Hijo podía ver al Padre. De esta manera el Hijo glorificó al Padre. Ahora, la expresión «*lo glorificaré otra vez*» nos indica lo que venía a continuación, es decir, la crucifixión, muerte, resurrección y exaltación del Hijo.

¡Gloria a Dios, porque todo esto se ha cumplido maravillosamente!

Hoy le contemplamos coronado de honra y de gloria a la diestra de la Majestad en las alturas, y en la tierra gozamos de la bendita presencia del Consolador, el Espíritu Santo que nos sostiene y vivifica.

Cuando el Señor Jesús reconoce que su tiempo se cumple, ora a su Padre: «*Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese*» (Jn. 17:4). Es decir, «mi razón de vivir

ha sido manifestar tu amor, tu nombre, tus palabras, tu perdón, tu compasión y tu vida a los hombres». ¡Cuánta realidad y satisfacción hay en estas palabras de nuestro Señor!

Entendemos que para nosotros también hay una hora en que seremos evaluados, al final de nuestra carrera, cuando se cruce Su mirada, dulce y a la vez escrutadora, con la nuestra (tememos tan sólo al pensar en ello): «*Bien, buen siervo y fiel, sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor*» (Mat. 25: 21), serán las benditas palabras de su aprobación para quienes le siguieron y sirvieron con fidelidad. Para otros, sin embargo, las palabras serán de dura e inapelable reprensión.

Nuestro estado

¿Cuál es nuestro estado hoy, hermanos? ¿Qué cosas perturban nuestra alma? ¿Qué evaluación nos hace el Señor en el día presente?

Nosotros no somos como el Señor. Nuestra historia está plagada de faltas, de inconsecuencias, de tropiezos, de reclamos agrios, de pecados, en fin, de períodos oscuros y sin fruto. Ciertamente, puede haber algún fruto a nuestro favor, algunos pequeños logros, todos atribuidos sólo a la misericordia y fidelidad de nuestro Señor. Si estamos hoy permaneciendo en la fe, en comunión con los hermanos, congregándonos con regularidad, sirviéndole, es porque la mano de nuestro Dios nos ha sostenido.

Hermanos, si el Señor no ha sido aún debidamente glorificado con nuestras vidas, todavía estamos a tiempo de humillarnos ante su trono.

El Señor permanece fiel, él no puede negarse a sí mismo, más bien nos envía su palabra para sanarnos, para recuperar nuestro corazón y para que continuemos en la batalla, en la obra y en la tarea que ha encargado a cada uno. Cada uno dará a Dios cuenta de sí.

Todos los miembros tenemos distintas funciones y ministerios en el cuerpo de Cristo, y todos debemos igualmente ser fieles en expresar la vida y los dones que nos ha dado el Señor.

Clavando una estaca

Un día el Señor llegó a nuestras vidas y vino a ser nuestro firme fundamento. Entonces una firme estaca fue clavada, un hito que señala que somos hijos de Dios, salvos en Cristo Jesús.

Luego de haber caminado todo este tiempo, vengamos ante él con toda nuestra historia a cuestras, santifiquemos al Señor de todas nuestras faltas, confesemos toda liviandad y rebeldía, y digamos como Él: «Padre, ¡glorifica tu Nombre!». Una

nueva estaca quede clavada en nuestro vivir.

Que se restaure aquella comunión hermosa con el Señor que estaba interrumpida o estorbada. Que volvamos a verlo claramente y adorarlo como es digno. Que podamos valorar y bendecir a cada miembro del Cuerpo de Cristo, pues nos necesitamos unos a otros.

¿Se turbará nuestra alma ante un compromiso mayor? ¿Temeremos a los nuevos desafíos que tenemos por delante?

Que el mismo Espíritu nos ayude, en nuestra debilidad, a proclamar: 'Padre, glorifica tu nombre, aunque lo que venga sea duro, y la renuncia mayor, y los problemas se multipliquen. Que, aunque lo que viene no sea grato a mi alma (carne), quiero tu voluntad. Que la vida de Cristo en mí se haga manifiesta, que mi servicio a tu nombre tenga fruto, para salvación y bendición de muchos. Que al final de mi carrera pueda tan solo oír tus benditas palabras de aprobación: «*Bien, buen siervo...*». No quiero nada más. ¡Mi vida te pertenece, Señor Jesús!'.

* * *

Los niños en el culto

De los cultos que participé cuando niño, he conservado una sensación de lo que es solemne, y una necesidad de reverencia, sin la cual no puedo percibir el significado de mi vida. Yo no puedo, por lo tanto, concordar con la opinión de aquellos que no permiten que los niños participen de los cultos de sus padres hasta que ellos adquieran la sabiduría suficiente para comprenderlos. Un aspecto importante no es lo que entenderemos, sino que sentiremos algo de lo que es serio y solemne. El hecho de que un niño vea a los adultos llenos de devoción, y necesite sentir su propia devoción, es lo que da significado a los cultos.

Albert Schweitzer

Consideraciones acerca del propósito de Dios y su obra presente.



FOTO: CURITIBA (BRÁS L)

Reuniendo algunas cosas

Eliseo Apablaza

De él, por él y para él

La obra de Dios no se origina en el hombre, sino en Dios. Cuando la Escritura dice: «*Porque de él, por él, y para él son todas las cosas*», cuando dice que Jesús es el Alfa y la Omega, y cuando dice también que «en él fueron creadas todas las cosas», y luego dice que «todo fue creado por medio de él y para él», significa que él es el autor, el que proyectó, antes de los tiempos de los siglos,

todo lo que nosotros tenemos hoy y somos hoy por su gracia.

El hombre, cuando quiere hacer la obra de Dios, cuando quiere servir a Dios, piensa que él puede ayudar a Dios, que él puede comenzar algo que luego Dios apruebe y le ponga su firma. El hombre, en su presunción, suele pensar que él es capaz de hacer cosas para Dios. Y tal vez algunos pudieran preguntar: 'Esto que hay aquí entre ustedes, ¿a quién se le ocu-

Una de las primeras grandes lecciones que Dios tiene que enseñar a sus hijos, es que ellos no pueden diseñar nada, ni pueden iniciar nada para Dios.

rió? ¿Quién proyectó este diseño de iglesia, este modelo de iglesia?'

La respuesta a eso es que ningún hombre lo ha hecho, ni ningunos hombres – suponiendo que sean varios. Cuando la Escritura dice que «*de él, por él, y para él son todas las cosas*», significa que todas las cosas tienen su origen en Dios. La obra de Dios tiene su origen en Dios, tiene su realización por medio del poder de Dios, y tiene su fin para la gloria de Dios.

Cuando los cristianos se consagran al Señor y quieren servir a Dios, comienzan a pensar: '¿Como lo puedo hacer? Ah... voy a comenzar de esta manera, voy a continuar de aquella, voy a tomar estas ideas de aquí, estas otras ideas de allá, para hacer un proyecto de iglesia. Esto es lo que yo creo que a Dios le va a agradar'.

Somos muy creativos a la hora de pensar cómo servir a Dios. Somos muy ingeniosos, y todos nosotros queremos ser ingenieros en la obra de Dios. Sin embargo, una de las primeras grandes lecciones que Dios tiene que enseñar a sus hijos, es que ellos no pueden diseñar nada, ni pueden iniciar nada para Dios. Simplemente deben procurar descubrir cuál es el propósito de Dios, cuál es el diseño de Dios, cuál es la voluntad de Dios – esa voluntad eterna que él trazó para que nosotros la realizásemos.

En el Salmo 139 encontramos algo

maravilloso. Allí dice que Dios nos formó en el vientre de nuestra madre, de acuerdo a las cosas que estaban escritas en Su libro. De tal manera que todo lo que nosotros somos física o psicológicamente, obedece a un diseño preestablecido por Dios, y eso estaba escrito en un libro.

Eso es en lo personal. Y en Efesios 2:10 dice que nosotros somos hechura suya, «*creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*». Aquí no se refiere a lo que somos, sino a lo que hemos de hacer. De tal manera si unimos el Salmo 139 y Efesios 2:10 tenemos una cosa interesante. Todo lo que nosotros *somos* lo diseñó Dios de antemano y aquello que hemos de *hacer*, también lo diseñó de antemano.

De manera que no nos deja mucho lugar a la creatividad, a la imaginación, porque él en su inteligencia, nos hizo hechura suya. Y la palabra *hechura* en el griego es *poiema*, que se traduce también al español como poema, es decir, una obra de arte. Porque somos, como iglesia, la cosa más maravillosa que Dios ha hecho.

Una de las cosas que más cuesta a los cristianos, cuando quieren comenzar a servir a Dios, es esperar que Dios tome la iniciativa. Cuando uno se consagra al Señor, uno piensa que se consagra para hacer cosas para

Dios. Pero lo primero que Dios hace cuando nosotros nos consagramos es decirnos: «Espera»; y ese esperar es muy difícil.

En Hechos 13, vemos a cinco profetas y maestros que están ministrando al Señor. Ellos no se atreven a hacer la obra de Dios todavía. Ellos decidieron esperar en Dios para esperar de él la orden, la iniciativa, para que el Señor pudiera introducirlos a ellos en *Su* obra.

Una de las pruebas más difíciles para un siervo de Dios es cuando se ha consagrado para servir, y Dios no le permite servir. Alguien dijo muy sabiamente que nosotros somos llamados por Dios para servirle y para no servirle, para hacer cosas y para no hacer cosas. Hay momentos de actividad y hay momentos de inactividad.

Una obra de Dios, por lo tanto, comienza en Dios. Él es el origen, él es el Alfa. Si algo no comienza en Dios, entonces no es aprobado por Dios, no tiene valor espiritual. La iglesia, en cambio, es una realidad espiritual.

Luego dice: «por él», y el pasaje de Colosenses nos ayuda mucho, cuando dice «por medio de él». O sea, él no sólo tiene que dar el punto de partida, no sólo tiene que originar una obra, sino que tiene que realizarla, él, con sus recursos, por medio de su Santo Espíritu.

Esto es algo que nos anonada, nos pone nerviosos. Si nosotros no tenemos algún discernimiento espiritual no lo vamos a entender ni lo vamos a aceptar.

Entonces ¿no hay nada que hacer?

O sea ¿el hombre no tiene ninguna participación en la obra de Dios? ¿Cómo es esto de que Dios es el originador, el realizador y el fin de la obra de Dios? El hombre queda humillado. Es inútil, no sabe, no puede.

Cuando decimos que él es el Alfa y la Omega, sí, esta claro, es el principio y el fin. Pero ¿y el medio, el trayecto entre el Alfa y la Omega, queda a nuestro arbitrio?

Si fuera así el caso, no podríamos decir: 'Toda la gloria es de Dios', porque diríamos: 'Dios tiene la gloria de haber comenzado esto; pero nosotros tenemos la gloria de haberlo llevado a cabo'. Pero Dios no comparte su gloria con nadie. Si usted le roba la gloria a Dios, va a tener problemas. Porque «*de él, por él y para él son todas las cosas*».

En todo el mundo

Ahora, ¿cómo es que esto ha llegado a ser? ¿Cómo explicamos este hecho que estamos viviendo, que estamos compartiendo juntos?

Dios comenzó una obra, y no sólo aquí, en este pequeño país del confín del mundo. Dios está llevando a cabo en muchos países del mundo una preciosa obra de restauración. De tal manera que aquí no hay exclusividad ni hay mérito de nada. «*Dios ... se propuso en sí mismo reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos...*».

Algunos de los hermanos que nos visitan probablemente digan: 'Esto debiera estar ocurriendo allá, en mi ciudad; así que haremos un trasplante'. No, hermanos. No es necesario replicar esto allá. Si Dios no

ha comenzado allá todavía, lo va a hacer, y va a hacer algo propio, no una mera copia. Y probablemente Dios le está hablando a usted para que se ofrezca al Señor y le diga: 'Señor, yo sé que yo no puedo hacer nada, no puedo iniciar nada. Pero, Señor, si no encuentras a otros mejores, cuenta conmigo. Señor, me sentiré honrado si tú me escoges para colaborar contigo».

Por su misericordia, el Señor nos ha permitido tener contacto con hermanos de muchos países. Y a medida que avanzábamos en esto, pudimos darnos cuenta que había un común denominador: Dios está haciendo exactamente lo mismo en todos los países del mundo. El tiempo es corto, el Señor viene pronto, y nosotros estamos siendo involucrados en la obra de Dios para la restauración de su iglesia. Y esto es algo que nos conmueve.

La progresión de la obra de Dios

Veamos una palabra en Hechos capítulo 20. Este es el discurso de Pablo a los ancianos de la iglesia en Éfeso. Veán ustedes cómo este discurso de Pablo, muestra el proceso gradual de revelación que Dios hace acerca de su obra. Y veamos cómo

Somos llamados por Dios
para servirle y para no servirle,
para hacer cosas y
para no hacer cosas.

nos sentimos interpretados por estas palabras de Pablo.

Versículo 21: «... *testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo*». El comienzo de la obra de Dios entre los hombres, es el arrepentimiento y la fe.

Luego dice en el 24b: «... *Con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios*». Aquí tenemos un tercer punto: el evangelio de la gracia de Dios.

Y seguimos leyendo: «*Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro*». (v. 25). Aquí hay otro elemento: el reino de Dios.

«*Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios*». (vv. 26-27). Fíjense ustedes que esto que dice en el verso 27 es más o menos lo mismo que dice en el verso 20. Es decir, Pablo se propuso no esconderles nada a los hermanos de Éfeso, sino compartirles todo lo que él había recibido de parte de Dios.

Este es, entonces, el orden de todas aquellas cosas: el arrepentimiento, la fe, la gracia, el reino. Pero falta algo. Verso 28: «*Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre*». Aquí aparece la iglesia.

Entonces, ¿qué es lo que nosotros hemos visto en nuestra propia expe-

riencia, como también en la de otros? Que este es el orden que Dios sigue en la revelación de su propósito. Primero, el arrepentimiento, la fe, el evangelio de la gracia. Luego, el evangelio del reino. Ahí vemos la autoridad, el gobierno, el señorío del Señor Jesucristo. Implica un compromiso, una entrega, una consagración. Y finalmente, en el versículo 28, Pablo anuncia que la plenitud del propósito de Dios se relaciona con la iglesia.

Entonces uno se da cuenta por qué en Génesis capítulo 2, al comienzo de la historia de la redención, aparece un matrimonio y después, en los últimos capítulos de Apocalipsis, hay otro matrimonio. Adán y Eva nos hablan de la iglesia y luego tenemos la desposada, la iglesia, con su Novio. Entonces, la iglesia es el centro, porque la iglesia es una sola cosa con Cristo.

Cuando decimos que Cristo es cabeza, entonces significa que la iglesia es el cuerpo. Es una sola realidad, porque no hay cuerpo desconectado de la cabeza, y porque la naturaleza del cuerpo es la misma naturaleza de la cabeza.

Hay cristianos que se quedan a mitad de camino, diciendo: 'Nosotros estamos predicando el arrepentimiento y la fe, la salvación. Tenemos que evangelizar, y tenemos ese mandamiento en Mateo 28: 'Id y predicad'. Está bien, ese mandamiento está allí, es ineludible. Pero ese es sólo el comienzo de la obra de Dios.

Y luego tenemos «el evangelio de la gracia», en que nosotros vemos que todo es por los méritos del Señor.

Y hay cristianos que también se quedan estacionados predicando el evangelio de la gracia. Incluso algunos deliberadamente dicen: 'Yo predico sólo la gracia. No me moveré de allí'. Pero, hermanos, Dios tiene más, tiene mucho más.

Otros avanzan un poco más, hasta el reino de Dios. 'Oh, sí, el reino es la gran verdad de las Escrituras'. Y se habla de obediencia, sujeción, etc., etc. Sin embargo, el consejo completo de Dios llega hasta la iglesia, a la relación de Cristo y la iglesia.

Hermanos y hermanas amados, ¿en qué punto se encuentra usted, o se encuentra la iglesia en la cual usted se reúne, o la obra a la cual usted pertenece?

Necesidad de revelación

Ahora, para conocer a Cristo y la iglesia se requiere revelación. El Señor dijo a Pedro: «Esto no es cosa tuya, esto es revelación del Padre». Luego, cuando leemos Efesios y Colosenses, nos encontramos que Dios tiene un misterio que es Cristo, y Cristo tiene un misterio que es la iglesia. Por lo tanto, hay un doble misterio allí. Y naturalmente, para develarse un misterio se requiere iluminación, lo que la Biblia llama «revelación». «Por revelación me fue declarado este misterio», dice Pablo.

Aquí hay una cosa interesante. Pablo recibió la revelación del misterio y lo escribió, y está escrito aquí en las epístolas de Pablo. Nosotros pudiéramos pensar: 'Bueno, basta que yo lea cuando Pablo explica en qué consiste el misterio, y entonces yo ya conozco el misterio'. Pero no es así.

Se requiere espíritu de sabiduría y revelación para poder entender el misterio del cual Pablo ha escrito. En la Biblia está la explicación del misterio, pero la revelación de ese misterio no la hace el conocimiento bíblico, sino el Espíritu Santo directamente en nuestros corazones.

Podemos pasar muchos años estudiando la Biblia, y manejar toda la terminología, pero no hay revelación del misterio. No sólo se trata de conocer lo que Pablo escribió sobre el misterio, sino tener revelación sobre el misterio del cual él escribió.

Cristo es un misterio y la iglesia es un misterio, que sólo el Espíritu Santo puede revelar. Por eso, Pablo allí en 1ª Corintios habla de esa sabiduría oculta, *«cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón de hombre son las que Dios ha revelado a los que le aman»*. Y estas cosas no son ocurrencia humana; porque sólo el Espíritu de Dios conoce las cosas ocultas y profundas de Dios, y sólo el Espíritu nos las puede dar a conocer.

El Señor dijo en cierta oportunidad: *«Te alabo Padre Señor del cielo y de la tierra porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos y las revelaste...»*. ¿A quiénes? *«...a los niños»*. *«Sí, Padre porque así te agradó»*. Y luego dice: *«Nadie conoce al Hijo sino el Padre, nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar»*. Sólo el Padre conoce al Hijo, sólo el Hijo conoce al Padre. Sólo el Hijo conoce lo que es la iglesia. Y nosotros no podemos entrar en ese círculo, porque es hermético.

¿Cómo podríamos nosotros entrar

en los arcanos de Dios, en los misterios de Dios, si es que él no nos abre la puerta, si es que él no nos concede un destello de su luz? Entonces, por eso en este punto nosotros estamos impotentes, imposibilitados. Por eso el Señor dice: *«...escondiste estas cosas de unos y las revelaste a estos otros»*. El Padre esconde y el Padre revela. Y, ¿quién le va a preguntar o le va a representar a Dios: Por qué escondiste estas cosas de aquellos y por qué las revelaste a estos otros?». ¿Quién le va a decir eso a Dios?

Pero he aquí que nos encontramos en este punto, en que Dios nos ha revelado por su gracia algunos de sus caminos, nos ha mostrado algo de su corazón, nos ha mostrado a Cristo. Cristo, a su vez, nos ha mostrado algo acerca de su Iglesia.

Constructores, no arquitectos

No es que lo sepamos todo, no hay nadie que pueda presumir de eso. Estamos recién comenzando, por la misericordia de Dios. No somos arquitectos sino constructores. Pablo dice: *«Yo como perito arquitecto puse el fundamento»*, y la palabra «arquitecto» allí quedaría mejor como «constructor». *«Yo como perito constructor»*.¹ Porque el arquitecto es el que diseña, y Pablo no creó nada.

Ningún siervo de Dios ha creado nada. Simplemente él recibió un diseño que Dios diseñó, y lo ejecutó. Así ocurrió con Pablo. Lo mismo ocurrió con Moisés. Dios no le dio a Moisés

¹ Otras versiones traducen: «como maestro constructor» (NVI), «como sabio maestro de obra» (RV 1865, RV 2000 y SSE), «maestro albañil» (Dios habla hoy).

No sólo se trata de conocer lo que Pablo escribió sobre el misterio, sino tener revelación sobre el misterio del cual él escribió.

ningún milímetro de libertad, para que éste agregara algo a ese diseño, porque si no, probablemente, Moisés hubiera hecho un tabernáculo con forma de pirámide.

Lo mismo cuando Dios quiso que se le construyese el templo en Jerusalén, le mostró los planos a David. Y David después le dice a Salomón: «Hijo, Dios no me dejó a mí cons-

truir; te eligió a ti. Pero aquí están los planos que Dios me dio. Tienes que hacerlo de acuerdo a estos planos».

Entonces, fíjense cómo Dios se preocupa por su casa. Cuando él construye una casa para sí, él no admite la intervención del hombre. Él lo diseña todo, hasta en los más mínimos detalles. Ocurrió así con el tabernáculo en el desierto, con el templo en Jerusalén y también con la iglesia. Y tal vez deberíamos decir: '...y mayormente con la iglesia', porque la iglesia es la casa definitiva de Dios.

Constructores y no arquitectos. La obra no es nuestra, la obra es de Dios. Nosotros somos simplemente invitados, por su misericordia, a colaborar, a participar con él en las cosas que él ya diseñó.

(Extracto de un mensaje impartido en Callejones, enero de 2008).

* * *

La lección del supermercado

Mientras me hallaba en las frenéticas agonías finales de preparación de mi tesis doctoral, recibí un llamado telefónico de un amigo. Su esposa había salido con el auto y él quería saber si yo podía llevarlo a algunos lugares. Anonadado por la sorpresa, accedí, maldiciendo interiormente mi suerte. Al salir, tomé el libro de Dietrich Bonhoeffer, "Comunión", por si se me daba la oportunidad de leer. En cada lugar adonde llegábamos yo me impacientaba interiormente por la pérdida de mi precioso tiempo. Finalmente, en un supermercado, la última parada, le dije a mi amigo que lo esperaría en el auto. Tomé el libro, lo abrí donde estaba el marcador, y leí lo siguiente: "El segundo servicio que se debería prestar a otro en una comunidad cristiana es la ayuda práctica. Inicialmente, esto significa la simple ayuda en cuestiones insignificantes, exteriores. Hay una multitud de estas cosas dondequiera que las personas vivan en comunidad. Nadie es demasiado bueno que no pueda prestar el servicio más humilde. Quien se preocupa con la pérdida de tiempo causada por estos pequeños y exteriores actos de ayuda, generalmente está restándole importancia a su propia carrera con mucha gravedad".

Richard J. Foster, en Celebración de la Disciplina

Algunos principios de la guerra espiritual, basados en el libro de los Jueces.

Batalla espiritual (3)

Billy Pinheiro
Brasil

FOTO: BELO HORIZONTE (BRASIL)

Experimentando plena victoria

Después de que los hijos de Israel se arrepintieron y clamaron al Señor por liberación, él envió su socorro. Esta liberación comienza con una palabra específica de parte del Señor, indicando lo que ellos deberían hacer. Correspondía a los hijos de Israel recibir y obedecer aquello que el Señor ordenó en su Palabra.

«...¿No te ha mandado Jehová Dios de Israel, diciendo: Vé, junta a tu gente en el monte de Tabor, y toma contigo diez

mil hombres de la tribu de Neftalí y de la tribu de Zabulón; y yo atraeré hacia ti el arroyo de Cisón a Sisara, capitán del ejército de Jabín, con sus carros y su ejército, y lo entregaré en tus manos?» (Jue. 4:6-7). «Y juntó Barac a Zabulón y a Neftalí en Cedes, y subió con diez mil hombres a su mando; y Débora subió con él» (Jue. 4:10).

El Señor había dado instrucciones muy específicas a Barac: él debería llevar diez mil hombres de los hijos de Neftalí y de los hijos de Zabulón al monte de Tabor, y desde allí ellos

descenderían contra sus enemigos. En obediencia a la Palabra, Barac vuelve a Cedes y convoca a Zabulón y a Neftalí (4:10).

Queridos hermanos: ¿De dónde somos convocados para la batalla? «Cedes» es el lugar apropiado. En Josué 21:32 se nos dice que Cedes era una de las ciudades de refugio donde el homicida estaría seguro de su vengador. Fue desde esa ciudad que Barac convocó al pueblo a subir al monte y luego ir a la batalla.

¿De qué nos habla esta figura de la ciudad de refugio? Ella nos recuerda la obra de la cruz. Es en ella que tenemos refugio. Solamente a partir de allí podemos salir a la batalla.

Si usted parte de cualquier otro lugar, ciertamente será derrotado ante «Jabín y su ejército». Toda nuestra victoria tiene su fundamento en la obra del Señor en la cruz. Fue allí en la cruz que el Señor despojó a principados y potestades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos. (Col. 2:15).

Fue allí también que nuestro viejo hombre fue vencido, fue crucificado (Romanos 6:6). Es a partir de esa «*ciudad de refugio*», y solamente desde ella, que nos tornamos vencedores en

la batalla. ¡Aleluya! ¡Bendito es nuestro Señor Jesús!

Ahora, ¿por qué la convocación para la batalla fue específicamente para Zabulón y Neftalí? Debe haber más respuestas, pero se me ocurre que era porque el enemigo estaba cerca de ellas. La ciudad donde Jabín construyó su «cuartel general» estaba en el territorio de Neftalí, y Zabulón era su vecino. Ellos deberían asumir la batalla primero en nombre del Señor y a favor de todo su pueblo. Sin embargo, aunque la responsabilidad de tomar la delantera era de esas dos tribus, se esperaba que las demás tribus de Israel fuesen en socorro de ellos, como se demuestra en el cántico de Débora en el capítulo 5.

De la misma forma con nosotros hoy, somos llamados a batallar directamente en aquello que nos han afligido, que está «cerca de nosotros», que es nuestro vecino», y también a socorrer cuando sea el caso a «aquellos que están en la tribu de Neftalí y Zabulón». Eso nos habla de *nuestra* batalla, que en verdad es corporativa. Somos miembros los unos de los otros. La batalla de nuestros hermanos en Cristo debe ser también la nuestra.

Después de esa convocación en Cedes ellos van al monte Tabor como el Señor ordenó. De lo alto, ellos podrían tener una visión del campo de batalla. «Tabor» significa «propósito». Y de la misma forma como ellos fueron llamados a ir a ese lugar, somos también llamados a participar del propósito de Dios.

Cuando pensamos en el propósito de Dios, sabemos que existe un gran

Necesitamos de todos los hermanos y hermanas para experimentar la plena victoria del Señor en nuestras vidas.

propósito, o usando las palabras de la Escrituras *«el propósito eterno que hizo en Cristo Jesús»* (Ef. 3:11). Las Escrituras afirman que Dios reunirá todas las cosas en Cristo (Ef. 1:10). O, dicho en otras palabras, pondrá todo bajo la autoridad del Señor Jesucristo. Ese es el gran propósito de Dios y por su gracia somos participantes de él.

Hay muchos enemigos que pueden estar oprimiendo al pueblo de Dios. Y todos nuestros enemigos que nos están oprimiendo –las cosas que intentan sacarlos de la voluntad de Dios, la sabiduría de este mundo, toda su lujuria, todo aquello de que nos habla Canaán– precisan ser vencidos para que el propósito de Dios se cumpla en nuestras vidas. Debemos cooperar con el Señor, para que él nos conduzca a la victoria. Debemos decir ‘Sí’, debemos oír, aceptar el llamado, la convocación del Señor, e ir.

Después de haber ido al monte Tabor, *«entonces Débora dijo a Barac: Levántate, porque este es el día en que Jehová ha entregado a Sísara en tus manos. ¿No ha salido Jehová delante de ti? Y Barac descendió del monte Tabor, y diez mil hombres en pos de él»* (Jue. 4:14). ¡Es el Señor quien va al frente en esta batalla! *«Y Jehová quebrantó a Sísara, a todos sus carros y a todo su ejército, a filo de espada delante de Barac; y Sísara descendió del carro, y huyó a pie»* (4:15). En respuesta al clamor del pueblo, Dios se movió desde los cielos y envió la liberación. La Palabra del Señor se cumplió fielmente.

Después de ir Barac al monte Tabor con el pueblo, el Señor, tal

como había dicho, indujo a Sísara con su ejército y sus carros herrados a ir hasta el arroyo de Cisón. ¡Y qué cosa tremenda! Ved lo que sucedió en ese arroyo. Nos lo dice Débora en su cántico: *«Desde los cielos pelearon las estrellas; desde sus órbitas pelearon contra Sísara; los barrió el torrente de Cisón, el antiguo torrente, el torrente de Cisón ...»* (5:20-21). Cayó lluvia torrencial, el torrente de Cedrón se desbordó y todos los carros del enemigo fueron arrastrados. El poder del enemigo fue anulado y así todo el ejército de Sísara fue derrotado.

¡Alegrémonos en el Señor, pues nuestra victoria viene de lo alto, de Aquél que está sentado en el trono y tiene bajo su control todas las cosas!

Separados completamente

«Y Sísara huyó a pie a la tienda de Jael mujer de Heber ceneo ... Pero Jael mujer de Heber tomó una estaca de la tienda, y poniendo un mazo en su mano, se le acercó calladamente y le metió la estaca por las sienes, y la enclavó en la tierra ... y así murió» (4:17, 21).

Correspondió a Jael la oportunidad de dar fin al enemigo. Ella, junto con Heber, su marido, salió de en medio de los ceneos, se separó de ellos, y armó su tienda en otro lugar. Sin embargo, pese a esa separación, ella y su marido todavía continuaban siendo amigos del opresor de Israel: *«porque había paz entre Jabín rey de Hazor y la casa de Heber ceneo»* (4:17). Pero, finalmente, fue ella quien asesó el golpe fatal sobre el enemigo de Dios.

Vemos aquí otro principio importante en este asunto de la batalla: De-

bemos separarnos de todo aquello que es hostil al Señor y a su pueblo. Esa separación está también relacionada con nuestra santificación.

Muchas veces nosotros hemos hecho una separación parcial de las cosas que pertenecen a Jabín y a Canaán, de las cosas de este mundo, de la sabiduría de este mundo. Todavía estamos 'flirteando' con esas cosas. Estamos separados, pero no completamente. Pero gracias a Dios, cuando esa amistad con el mundo fuere rota, podremos ver de manera cabal en nuestras vidas la victoria sobre nuestros enemigos.

Vea lo que el Señor dice a Josué, después de que Israel fuera derrotado por sus enemigos en Hai: *«Levántate, santifica al pueblo, y di: Santifícaos para mañana; porque Jehová el Dios de Israel dice así: Anatema hay en medio de ti, Israel; no podrás hacer frente a tus enemigos, hasta que hayáis quitado el anatema de en medio de vosotros»* (7:13). ¡Qué aviso solemne! ¡Debemos separarnos de todo lo que es anatema delante del Señor y así veremos al Señor actuando en nuestras vidas y las de su pueblo!

La figura de Jael tomando la estaca de la tienda y clavándola en la frente de Sísara, nos indica cuánto nos es necesario tener una actitud radical en relación a nuestra mente carnal. Dejo aquí el testimonio y la ins-

trucción de la Palabra de Dios en Colosenses 3:1-10: *«Si, pues, habéis resucitado con Cristo, **buscad las cosas de arriba**, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. **Poned la mira en las cosas de arriba**, no en las de la tierra. (...) **Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, (...) No mintáis los unos a los otros, habiéndoos **despojado del viejo hombre** con sus hechos, y **revestido del nuevo**, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno.***

Esto nos indica un camino de separación, de santificación, que nos hará experimentar plena victoria sobre nuestros enemigos, ¡sea nuestra carne, el mundo o el diablo!

El cántico de victoria y los Vencedores

En Jueces 4, Débora miraba la batalla en una perspectiva futura. Pero en Jueces 5, su mirada se vuelca hacia el pasado, hacia lo que aconteció durante el desarrollo de la batalla.

En el capítulo 5 de Jueces tenemos una figura muy viva de lo que sucederá en el tribunal de Cristo. En aquel día, delante del Señor, en una gran reunión de la familia de Dios, él va a recordar la situación de cada

Debemos separarnos de todo aquello que es hostil al Señor y a su pueblo. Esa separación está también relacionada con nuestra santificación.

uno de nosotros, de cómo nos comportamos durante la batalla. Y en aquel día cada uno de nosotros recibirá del Señor su alabanza o su reprimenda.

En el regreso del Señor Jesús, antes de inaugurarse su reino milenial (Ap. 20:1-6), acontecerá en los aires el tribunal de Cristo, ante el cual todos nosotros –solamente los hijos de Dios, los redimidos por la sangre del Señor Jesús– vamos a comparecer (2ª Cor. 5:10). En ese tribunal, las obras de los cristianos serán juzgadas, serán probadas (1ª Cor. 3:12-15) por Aquel que tiene los ojos como llama de fuego (Ap. 1:14). Entretanto, los incrédulos comparecerán ante el trono blanco al final de ese reino (Ap. 20:11-15).

En ese tribunal serán concedidos los galardones para aquellos que permanecieron fieles al Señor durante el tiempo presente. Ahora, existe la posibilidad de que un creyente genuino pierda privilegios reservados para él, aunque su salvación eterna esté asegurada. Como nos dice en 1ª Corintios 3:15: «... *él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego.*»

En verdad, el mayor privilegio que será concedido al cristiano es poder reinar con Cristo en su reino milenial. Por eso las Escrituras nos advierten: «... *ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor*» (Flp. 3:12). Todo aquello que no hayamos tratado delante del Señor, y que no haya sido confesado y borrado por la sangre del Señor Jesús, aparecerá en aquel día. Las Escrituras nos exhortan a ordenar hoy nuestros caminos con el

Señor, nunca mañana. Como por ejemplo, se nos dice que no se ponga el sol sobre nuestro enojo (Ef. 4:26); o sea, no podemos dejar que acabe un día sin resolver ese asunto delante del Señor.

¡Ah, mis queridos, cuántas cosas terribles muchos de los hijos de Dios cargan por tantos años y nunca arreglan delante del Señor! Cuántas desavenencias entre hermanos en Cristo que nunca son arregladas; no hay perdón mutuo. Ciertamente, cuando el Señor vuelva, todo será traído a la luz. ¡Hoy, ahora, es el tiempo de hacer los arreglos! Por eso Juan, el apóstol, nos exhorta en su carta diciendo: «*Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados*» (1 Juan 2:28).

¿Cómo nos hemos comportado en el tiempo de la batalla? Veremos que en el cántico de Débora hay algunas personas que son recordadas con alabanza y otras con reprimendas, ¡e incluso con maldiciones! ¿Usted se acuerda de la parábola de los talentos en Mateo 25? Hubo siervos que fueron alabados por su señor y otro que fue reprendido y maldecido. ¡Oh, cuán serio es esto! Esto es un cuadro que sucederá en el tribunal de Cristo. Que el Señor por su gracia y su misericordia nos ayude.

¡El cántico de Débora es el cántico de los vencedores! De aquellos que estuvieron en el campo de batalla y experimentaron la victoria. Nadie puede cantar este cántico si no es un vencedor. No es la alegría de la salvación que está siendo celebrada, sino el regocijo por la victoria que el Señor

nos concedió en el campo de batalla.

Cuando el pueblo de Israel atravesó el Mar Rojo, ellos también cantaron un cántico. Pero en ese cántico Moisés apunta hacia la redención. El pueblo de Dios fue redimido, fue sacado de Egipto. Todo el pueblo, todos los hijos de Israel, pudieron entonar ese cántico. Pero el cántico como el que Débora entonó, solamente pueden cantarlo aquellos que estuvieron en el campo de batalla y vencieron.

¿Usted recuerda de la situación que vivieron Pablo y Silas? Después de predicar la palabra de Dios fueron encarcelados, pero a medianoche entonaban himnos al Señor. No sé qué himnos cantaban ellos. Mas, con toda seguridad, eran himnos de victoria. ¡Los cánticos de los vencedores!

Cuán bien habrán sonado a los oídos de Aquel que nos conduce a la victoria, que el Señor manifestó su aprobación rompiendo sus cadenas.

En el momento de la batalla puede ser tan difícil la situación, tan terrible muchas veces. Pero después que termina, podemos mirar para atrás y ver los hechos del Señor por nosotros y su liberación. ¡Vemos que nuestro Dios es el Señor de los Ejércitos!

Después de terminada la batalla, Débora mira hacia atrás y, junto a Barac, cantan ese cántico profético.

A pesar de ser un cántico rico en detalles, quiero aprovechar para destacar más los aspectos de la batalla corporativa, en vez que los aspectos individuales, como hicimos en la meditación del capítulo 4 de Jueces. Vamos a considerar primero aquellos que fueron nombrados con alabanza.

«El pueblo de Zabulón expuso su vida hasta la muerte, y Neftalí en las alturas del campo» (Jue. 5:18). Zabulón, junto con Neftalí, estuvieron en la batalla y expusieron sus vidas. En el capítulo 12 de Apocalipsis se nos habla de aquellos que vencieron al enemigo. Dice que *«ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte»* (v. 11).

Eso nos hace recordar las palabras de nuestro Señor Jesús: *«Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará»* (Mr. 8:35). Esta vida aquí se refiere a la vida del alma. La palabra traducida en Marcos y en Apocalipsis por «vida» es la misma: alma. ¿Y qué nos quiere decir eso? Está relacionado con negarnos a nosotros mismos. La vida de nuestra alma (voluntad, emoción y mente) debe ser negada para que la voluntad, mente y emoción de Cristo se manifieste en nosotros. ¿Eso significa que seremos «fantoques» sin vida? ¡No! ¡En absoluto! Significa que toda vez que mi alma esté en controversia con Dios, yo debo negarme a mí mismo y aceptar aquello que es de Dios. Como nuestro propio Señor Jesús hizo: *«Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»* (Lc. 22:42). En ese momento, el Señor se estaba negando a sí mismo. La voluntad del Padre debía prevalecer.

Zabulón y Neftalí fueron convocados para la batalla y prontamente atendieron al llamado. ¡Cuánto necesitamos hoy de Zabulones y Nefta-

¡Lies! Cuántas cosas han llevado al pueblo de Dios al cautiverio. ¡Cómo el mundo ha hecho cautivo al pueblo de Dios! ¡Cuánta religiosidad entre el pueblo de Dios! Una religiosidad que mantiene a los hijos de Dios cautivos por aquello que es producido por el hombre y no por el Espíritu Santo.

¡Oh, cómo necesitamos soldados de Cristo que levanten sus «espadas» por el Señor y por su pueblo! Soldados que tomen la Palabra de Dios, que es la espada del Espíritu, para combatir todo aquello que pertenece a las tinieblas y que se ha levantado como verdaderas fortalezas del enemigo, impidiendo que los creyentes en Jesucristo vivan en la libertad de los hijos de Dios (Gál. 2:4). Judas escribió su carta exhortándonos a entender «*diligentemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos*» (v. 3).

En esta batalla contra Jabín – nuestros propios intereses, nuestra propia sabiduría, las riquezas, todo aquello que es terreno– nosotros necesitamos tener esta actitud de no amar la vida de nuestra alma.

Hubo también otros que, aunque no fueron convocados para la batalla, se ofrecieron voluntariamente (v. 5:2)

¡Ah, mis queridos, cuántas cosas terribles muchos de los hijos de Dios cargan por tantos años y nunca arreglan delante del Señor!

y fueron alabados por eso: Efraín, Benjamín, Faquir e Isacar.

¡Cómo nos muestra esto la importancia de identificarnos con la luchas de nuestros hermanos y hermanas en Cristo! Piense en las situaciones que enfrentan los hermanos con los cuales usted convive. Por ejemplo, una familia puede estar pasando por una tremenda lucha con un hijo que está involucrado en drogas. El combate es terrible en todos los sentidos.

¿Qué hacemos en este caso? ¿Podemos simplemente quedar mirando de lejos ese sufrimiento? A causa de que usted ama a los hermanos y al Señor, usted se identifica con esa familia y va en su socorro en esa batalla. ¿Cómo? Al menos, orando sinceramente por aquel hijo y por aquellos padres. Ofreciéndoles su amor y simpatía en su sufrimiento; animándoles a permanecer firmes en el Señor mientras esperan la liberación para su hijo. O puede ser que usted se sienta movido por el Espíritu de Dios a ofrecer sus súplicas a favor de aquel joven con oración y ayuno. Es sólo un ejemplo; pero el hecho es que usted se identificará con aquellos que necesitan de socorro en la batalla y el Espíritu de Dios lo guiará en lo que haya que hacer.

El hecho de que aquellas tribus se hayan ofrecido voluntariamente en la batalla también nos recuerda lo que ha sucedido en la historia de la iglesia. Hay algunas batallas del Señor por su pueblo que es necesario pelear. Y generalmente el Señor levanta algunos «jueces» como Barac, y muchos se ofrecen voluntariamente para batallar con ellos.

Piense en el caso de la Reforma. Dios levantó a Martín Lutero para restaurar la verdad de la justificación por la fe. Todo el infierno se levantó en contra, pero en esa batalla del Señor, ¡muchos se ofrecieron voluntariamente y abrazaron esa causa exponiendo literalmente sus vidas por amor al Señor y su verdad! Todas esas personas serán recordadas con alabanza ante el tribunal de Cristo. ¡Sus nombres están registrados en un memorial eterno delante de Dios! (Mt. 3:16).

Y fue así en varios períodos de la historia de la Iglesia. En cada mover del Espíritu Santo, muchos se identificaron con la causa del Señor y se unieron en la batalla por el Señor y su propósito para aquel momento específico. Fue así también en el movimiento de la vida interior, en el movimiento de santidad, en el movimiento más conocido como los hermanos de Plymouth–Plymouth Brethern–. Ellos comenzaron a reunirse sólo en el nombre del Señor y fueron usados por Dios para restaurar la verdad de la iglesia como el cuerpo de Cristo y muchas otras verdades).

¡Muchas verdades de Dios fueron

restauradas y nosotros las disfrutamos hoy por causa de aquellos valientes que el Espíritu Santo levantó! Sus nombres serán eternamente recordados por el Señor.

En el Nuevo Testamento usted encontrará muchos registros en este sentido. Registros de aquellos que, por amor del Señor y a los hermanos, pelearon la buena batalla.

Piensen en Pablo, el apóstol. Dios lo llamó a un ministerio, pero para realizarlo él experimentó muchas luchas. Y el Espíritu Santo dejó registrado en la palabra de Dios, las Escrituras eternas, el nombre de algunos que fueron en socorro de Pablo. Por ejemplo, se nos dice que Priscila y Aquila, colaboradores de Pablo en Cristo Jesús expusieron su propia vida por la vida de Pablo (Ro. 16:3-4). Se unieron a Pablo en la batalla por el Señor y por el Evangelio.

Alabado sea el Señor por todos los santos de Dios de todas las épocas que pelearon las batallas del Señor. ¡Que el Espíritu Santo pueda levantar muchos soldados de Cristo en este tiempo!

(Continuará)

(Tomado con permiso de

<http://esquinadecomunhao.blogspot.com>).

* * *

Inmortales

No hay ninguna persona que sea común. Usted nunca ha dirigido la palabra a un simple mortal. Las naciones, las culturas, las artes, la civilización, todas son perecederas, y su vida es a la nuestra como la vida de un mosquito. Pero es con inmortales que bromeamos, que trabajamos, que nos casamos; son inmortales a quienes desairamos y explotamos; espantos inmortales o llamas eternas.

C. S. Lewis

Severo con su alma

En dos ocasiones el Señor Jesucristo se muestra especialmente severo con Satanás. Esta severidad no es motivada, sin embargo, por el poder de Satanás, sino por su astucia.

En ninguna de las dos situaciones Satanás busca enfrentarse al Señor, como midiendo fuerzas, sino intentando seducir su alma.

Y en respuesta, en ambas ocasiones, el Señor usa expresiones verbales fuertes para resistir al diablo, y alejarle de él.

La primera, ocurre en la tentación en el desierto. Se trata de la tercera tentación, cuando Satanás le dice, mostrándole los reinos del mundo: *“Todo esto te daré, si postrado me adorares”*. El Señor entonces le dice: *“Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás”* (Mateo 4:10-11). La palabra griega *upage*, traducida aquí como “vete”, tiene una preposición que añade la idea de humillación en el acto de apartarse.

La segunda, ocurre en el diálogo con Pedro en Cesarea de Filipo, luego de que Pedro intentase disuadir al Señor de que vaya a la cruz. Entonces, el Señor dice: *“¡Quitate de delante de mí Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”* (Mateo 16:23). En griego, esta expresión exclamativa es *upage opisô mou satana*, es decir, “¡Ponte detrás de mí, Satanás!”. La orden es terminante. Satanás no puede ir delante del Señor, comandar su vida, aunque esto lo hiciera aparentemente para defenderlo.

Ambas situaciones tienen un común denominador: En ambas, Satanás ofrece algo agradable al Señor, algo que intentaba gratificar su alma. ¿No era una buena cosa ofrecer al Señor los reinos del mundo? ¿No era una buena cosa apartar al Señor de los padecimientos de la cruz?

Sin embargo, el Señor demostró en todo esto una gran severidad respecto a sí mismo. Aunque estaba padeciendo gran necesidad en el desierto, y después, estaba sufriendo anticipadamente la cercanía del Getsemaní, el Señor no buscó complacerse a sí mismo. Él fue consecuente con su propia enseñanza: *“Todo el que quiera salvar su vida (alma), la perderá; y todo el que pierda su vida (alma) por causa de mí, la hallará”* (Mateo 16:25). ¡Magnífico modelo para los que le siguen!

"¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío" (Salmo 42:5). "¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? Espera en Dios, quien es la salud de mi rostro, y el Dios mío" (Salmo 42:11, Reina-Valera 2000).

La descripción más simple del libro de los Salmos es que él era el libro inspirado de oración y alabanza de Israel. Contiene la revelación de la verdad, no de forma abstracta, sino en términos de la experiencia humana. La verdad revela-

da está impregnada de emociones, anhelos y sufrimientos del pueblo de Dios por las circunstancias que tuvieron que enfrentar.

Debido a eso, los salmos siempre han sido una fuente de aliento y ánimo para el pueblo de Dios a través de

D. M. Lloyd-Jones
(1900-1981)

Depresión Espiritual

Descripción, causas, y tratamiento.

FOTO: PUERTO VARAS (CHILE)

los siglos – tanto para los hijos de Israel como para la Iglesia cristiana.

En el Salmo 42, el salmista se siente desdichado y perturbado, y por eso se desahoga con estas dramáticas palabras: *«¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío»*. Esta declaración, que se encuentra dos veces en este salmo, es también repetida en el salmo siguiente.

El salmista está compartiendo su perturbación, la infelicidad de su alma, y las circunstancias por las que estaba atravesando, cuando escribió estas palabras. Él nos cuenta el motivo de su perturbación. Probablemente en aquel periodo le fue impedido unirse a los demás en adoración en la casa de Dios. Pero no es sólo eso: él estaba claramente siendo atacado por ciertos enemigos. Había personas que estaban haciendo todo lo posible para deprimirlo – y él relata eso. Con todo, estamos interesados particularmente en la manera como él enfrenta la situación y por la cual trata consigo mismo.

En otras palabras, nuestro asunto es lo que podríamos describir como «depresión espiritual», sus causas y la manera cómo tratarla. Es interesante notar la frecuencia con que este asunto es tratado en las Escrituras. Esto nos lleva a la conclusión de que es un problema muy común, y que parece haber afligido al pueblo de Dios desde el principio, pues tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento lo describen y lo tratan ampliamente. Esto por sí sólo sería razón suficiente para llamar nuestra atención, pero

también lo hago porque parece ser un problema que está afligiendo al pueblo de Dios de forma particular en la actualidad.

Examinando el problema

Por ahora, quiero abordar este asunto de manera general. Quiero examinar y considerar las causas generales, y también evaluar la manera en que debemos tratar el problema en nosotros mismos, si es que estamos padeciendo de él.

Sería imposible encontrar una descripción mejor de la que es dada por el salmista en el salmo 42. Es un cuadro extraordinariamente preciso de la depresión espiritual. Lean las palabras y casi podrán ver al hombre, perturbado y abatido. Es casi posible ver eso en su rostro.

En relación con eso, noten la diferencia entre el versículo 5 y el 11.

Versículo 11: *«¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? Espera en Dios, quien es la salud de mi rostro, y el Dios mío»*. (Sal. 42:11, RV 2000). En el verso 5 él dice: *«¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío»*. En este versículo él dice que hay socorro en la presencia de Dios; pero en el versículo 11 él habla de «mi rostro».

En otras palabras, el hombre que se siente abatido, desanimado y miserable, que está desdichado y deprimido, siempre revela eso en su rostro. Él parece preocupado y perturbado. Basta mirarlo, y se percibe su condición. «Sí», dice el salmista, «pero cuando realmente miro a Dios, y me siento mejor, mi rostro también

Pero contemplan de nuevo el cuadro que este pobre hombre presenta. Parece estar cargando el mundo sobre sus hombros. Está abatido, triste, perturbado, perplejo.

mejora» – «*él es la salud de mi rostro*». Aquella apariencia cansada, perturbada, afligida, inquieta, perpleja e introspectiva se deshace, y yo paso a comunicar una impresión de paz, tranquilidad y equilibrio.

Pero contemplan de nuevo el cuadro que este pobre hombre presenta. Parece estar cargando el mundo sobre sus hombros. Está abatido, triste, perturbado, perplejo. No sólo eso, también nos dice que llora: «*Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche*». Él llora porque está en un estado de perplejidad y temor. Está preocupado consigo mismo, con lo que está sucediendo con él, y perturbado con los enemigos que lo están atacando e insinuando cosas sobre él y sobre su Dios. Todo parece estar encima de él, aplastándolo.

Él no logra controlar sus emociones, y llega al punto de perder el apetito. Dice que sus lágrimas han sido su pan. Todos estamos familiarizados con este fenómeno. Si alguien está ansioso o preocupado, pierde el apetito. De hecho, la comida le parece casi repugnante.

Uno de los problemas resultantes de la depresión espiritual es que, con frecuencia, cuando sufrimos de ella, no estamos conscientes de la impresión que estamos causando en los de-

más. Si tuviésemos la capacidad de vernos a nosotros mismos como los demás nos ven, ese sería muchas veces el paso decisivo para la victoria y la liberación. Es bueno mirar hacia nosotros mismos, intentando visualizar el cuadro que estamos mostrando a los demás como una persona deprimida, llorosa, que no quiere comer, ni ver a nadie, y está tan preocupada con sus problemas que comunica a todos un cuadro de depresión y miseria.

Primera causa: el temperamento

Habiendo descrito el problema de forma general, quiero ahora mencionar una de sus causas generales. Yo no dudo en poner, en primer lugar y por encima de todo, el *temperamento*.

A fin de cuentas, es un hecho que las personas son diferentes en temperamento y personalidad. ¿Alguien se sorprende de que yo ponga esto en primer lugar? O tal vez usted argumente: «Cuando usted habla de los cristianos, no debería abordar el asunto del temperamento, o tipo de personalidad. Pues el cristianismo elimina todo eso, así que usted no debería considerar ese aspecto como influyendo en este asunto». Pues bien, esa objeción es válida, y debe ser respondida.

Quiero comenzar dejando bien claro que el temperamento, el perfil psicológico y nuestra personalidad, no tienen la más mínima influencia en lo tocante a nuestra salvación. No importa cuál sea nuestro temperamento, somos todos salvos del mismo modo, por el mismo acto de Dios en y a través de su Hijo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Nosotros nos gloriamos en el hecho –y de esto hay pruebas abundantes– de que todo y cualquier tipo concebible de temperamento fue, y todavía es, encontrado hoy en la Iglesia del Dios vivo. Pero aunque yo enfatice con todo mi ser que el temperamento no incide de manera alguna en nuestra salvación, quiero igualmente enfatizar que él hace una enorme diferencia en la experiencia concreta de nuestra vida cristiana. Y cuando estamos tratando de un problema como la depresión espiritual, esta cuestión del temperamento debe ser uno de los primeros factores en ser considerado.

En otras palabras, de acuerdo con mi comprensión de la enseñanza bíblica sobre este asunto, no hay nada más importante que la necesidad de conocernos a nosotros mismos, y eso, tan pronto como sea posible. Pues el hecho es que, aunque seamos todos cristianos, unidos en un mismo «cuerpo», todos somos diferentes, y los problemas y las dificultades, las tribulaciones y las perplejidades que enfrentamos son, en gran medida, determinadas por las diferencias de temperamento y tipos de personalidad.

Todos participamos de la misma batalla, es claro, pues todos comparti-

mos de la misma salvación común, y tenemos una misma necesidad básica. Pero las manifestaciones del problema varían de un caso a otro, y de una persona a otra. No hay nada más ocioso, al tratar este problema, que suponer que todos los cristianos son idénticos en todos los aspectos. No lo son – y Dios jamás planeó que así fuesen.

Este punto puede ser mejor ilustrado por un ejemplo tomado de otra esfera. Todos nosotros somos seres humanos, básicamente con la misma constitución física, sin embargo, sabemos muy bien que no hay dos personas idénticas. En verdad, somos todos diferentes en muchos aspectos. Ahora, muchas veces encontramos personas que defienden estilos de vida, o métodos de tratamiento de enfermedades, que ignoran completamente este hecho fundamental, y por lo tanto, están obviamente erradas. Ellas recetarían la misma dieta para todo el mundo. Prescriben un régimen universal, afirmando que va a sanar a todo el mundo. Eso, creo, es imposible; es básicamente errado.

Muchas veces he dicho que la primera ley fundamental de la dietética se resume en aquel dicho inglés, que traducido dice más o menos lo siguiente: «Juan Pérez no podía comer gordura, su mujer no podía comer carne». ¡Es cierto! Es una declaración graciosa, en un sentido, pero por otro lado, es un principio fundamental de la nutrición. Juan Pérez tiene una constitución diferente de la de su mujer, y sugerir que la misma dieta sería perfecta para ambos es un error fundamental.

Menciono esto para ilustrar esa tendencia a reglamentar; y el punto que quiero aclarar es que no podemos establecer leyes así generalizadas y universales, como si los hombres fuesen máquinas. Es equivocado en la esfera física, como lo acabo de demostrar, y es mucho más equivocado en la esfera espiritual.

Es bien obvio que podemos dividir a los seres humanos en dos grupos básicos – los introvertidos y los extrovertidos. Hay un tipo de persona que está permanentemente volcada hacia adentro de sí misma, y otro tipo cuya atención está, en general, volcada hacia fuera. Y es muy importante comprender, no sólo que pertenecemos a uno de esos dos grupos, sino también que el problema de depresión espiritual tiende a afectar a uno de esos grupos más que al otro.

Hay un tipo de persona que es especialmente vulnerable al problema de la depresión espiritual. Eso no significa que esas personas sean peores que otras. En verdad, yo podría sustentar, con buena base, que las personas que más se han destacado de forma gloriosa en la historia de la Iglesia eran, muchas veces, del tipo de personas que estamos considerando. Algunos de los mayores santos eran introvertidos; el extrovertido generalmente es una persona más superficial.

En la esfera natural existe el tipo de persona que está siempre haciendo auto-análisis, evaluando todo lo que hace, y preocupándose con los posibles efectos de sus acciones, siempre mirando para atrás, siempre llena de remordimientos fútiles. Puede ser algo que fue hecho una vez

para siempre, pero ella no logra olvidarlo. No puede deshacer lo que fue hecho, mientras pasa todo el tiempo analizándose, culpándose y condenándose. Ustedes están familiarizados con este tipo de personas. Ahora, todo eso también es transferido a la esfera del espíritu, afectando su vida espiritual. En otras palabras, existe el peligro de que tales personas se tornen mórbidas.¹ Yo ya dije que podría mencionar nombres. Ciertamente uno de ellos fue el gran Henry Martin. No se puede leer la vida de ese gran hombre de Dios sin llegar a la inmediata conclusión de que él tenía una personalidad introspectiva. Era introvertido, y sufría de una clara tendencia hacia la morbilidad y la introspección.

Esos dos términos nos recuerdan que el problema fundamental de esas personas, es que ellas muchas veces no cuidan de establecer la línea divisoria entre el auto-análisis y la introspección. Todos concordamos con la necesidad de examinarnos a nosotros mismos, pero también concordamos que la introspección y la morbilidad son cosas nocivas. ¿Cuál es, entonces, la diferencia entre el auto-análisis y la introspección? Yo diría que atravesamos la línea divisoria entre auto-análisis e introspección cuando no hacemos otra cosa sino examinarnos, y cuando este auto-análisis se torna el fin dominante de nuestra vida.

Debemos examinarnos periódicamente, pero si lo hacemos constantemente, colocando, por decirlo así,

¹ Es decir, que caen en un estado de blandura y delicadeza. (Nota del Editor).

nuestra alma en un recipiente para diseccionarla, eso es introspección. Y si estamos siempre hablando con los demás respecto de nosotros mismos, de nuestros problemas y dificultades, y nos aproximamos a ellos con cara larga diciendo: «¡Tengo tantos problemas!» – probablemente eso significa que tenemos siempre toda nuestra atención centrada en nosotros mismos. Esto es introspección, y puede conducir a la condición conocida como morbilidad.

Este es, entonces, el punto desde donde debemos comenzar. ¿Nos conocemos a nosotros mismos? ¿Sabemos cuáles son las áreas específicas de peligro para nosotros? ¿Sabemos en qué somos especialmente vulnerables? La Biblia está repleta de enseñanzas sobre eso. Ella nos exhorta a ser cuidadosos respecto de nuestras fortalezas y nuestras debilidades.

Tomemos a Moisés como ejemplo. Él era el hombre más manso que había sobre la tierra, según la Biblia; y, sin embargo, su mayor fracaso tuvo que ver exactamente con eso. Él afirmó su propia voluntad y cayó en la ira. Tenemos que vigilar tanto nuestras fortalezas como nuestras debilidades. La esencia de la sabiduría es comprender este hecho fundamental sobre nosotros mismos. Si yo, por naturaleza, soy un introvertido, tengo que ejercer una vigilancia constante y advertirme a mí mismo sobre eso, para no caer inconscientemente en un estado de morbilidad. De la misma manera, el extrovertido necesita conocerse a sí mismo, manteniendo vigilancia contra las tentaciones peculiares de su naturaleza. Algunos de

nosotros, por naturaleza y debido a nuestro temperamento, somos más susceptibles a la enfermedad llamada «depresión espiritual» que otros. Pertenecemos al mismo grupo que Jeremías, Juan Bautista, Pablo, Lutero y muchos otros. ¡Una compañía muy selecta! Sí, pero no se puede pertenecer a ella sin ser especialmente vulnerable a este tipo específico de tribulación.

Segunda causa: Condiciones físicas

Ahora pasemos a la segunda gran causa: condiciones físicas. ¿Sorprende esto a alguien? ¿Hay alguien que piensa que la condición física de su cuerpo no importa porque ya es cristiano? Bien, si piensa así, no va a tardar en sufrir una desilusión. La condición física tiene mucho que ver con todo esto. Es difícil marcar una línea divisoria entre esta causa y la anterior, porque el temperamento parece ser controlado, hasta cierto punto, por condiciones físicas – y en verdad hay personas que, al parecer, son físicamente vulnerables al problema de la depresión espiritual.

En otras palabras, existen ciertas debilidades físicas que tienden a causar depresión. Pienso que Thomas Carlyle fue un buen ejemplo de eso. O tomemos aquel extraordinario predicador inglés del siglo XIX, Charles Haddon Spurgeon. Ese gran hombre era sujeto a la depresión espiritual, y la explicación, en su caso, sin duda era el hecho de que él sufría de gota,²

² La *gota* es un tipo de artritis que causa ataques repentinos, dolores severos, inflamación, enrojecimiento, calor e hipersensibilidad en las articulaciones.

el problema que terminó causando su muerte. Él tuvo que enfrentar ese problema de depresión espiritual muchas veces en su forma más intensa.

Hay muchas personas que me buscan por su problema de depresión, en cuyos casos resulta obvio para mí que la causa del problema es, principalmente, física. Están incluidas en este grupo de causas físicas: cansancio, agotamiento, «stress», o cualquier tipo de enfermedad. No se puede aislar lo físico, separándolo de lo espiritual, pues somos cuerpo, mente y espíritu. Los mejores cristianos son más propensos a ataques de depresión espiritual cuando están físicamente débiles – y encontramos grandes ilustraciones de eso en la Biblia.

A esta altura quiero decir una palabra de advertencia. No podemos olvidar la existencia del diablo, ni permitir que él nos engañe, considerando espiritual aquello que es fundamentalmente físico. Pero por otro lado, debemos ser cuidadosos en esta distinción en todos los aspectos; por-

¿Ya percibieron que una gran parte de la desdicha y perturbación en sus vidas provienen del hecho que se están escuchando a sí mismos en vez de hablar consigo mismos?

que, si echamos toda la culpa a nuestra condición física, podemos hacernos culpables en un sentido espiritual. Sin embargo, si reconocemos que nuestro físico puede ser parcialmente responsable por nuestro problema espiritual, y tenemos eso en cuenta, será más fácil tratar lo espiritual.

Tercera causa: El problema de la «reacción»

Otra causa frecuente de la depresión espiritual es lo que podríamos llamar «reacción» – reacción a una gran bendición, o a una experiencia extraordinaria o fuera de lo común. Pretendo llamar la atención al caso de Elías, sentado debajo del enebro. No tengo ninguna duda de que su problema era que él estaba sufriendo una reacción a lo que había sucedido en el Monte Carmelo (1 Reyes 19). Abraham tuvo la misma experiencia (Génesis 15). Por eso, cuando alguien viene a contarme de alguna experiencia extraordinaria que tuvo, yo me alegro con la persona, dando gracias a Dios; pero luego me dispongo a observarla atentamente, por si hay alguna reacción. Eso no sucederá obligatoriamente, pero puede darse si no estamos conscientes de esa posibilidad. Si sólo comprendiésemos que cuando Dios se agrada en darnos una bendición especial, deberíamos redoblar nuestra vigilancia, así podremos evitar esa reacción.

Cuarta causa: El enemigo de nuestras almas

Pasemos a la causa siguiente. En cierto sentido, en último análisis, esta

es la única causa de depresión espiritual – es el diablo, el enemigo de nuestras almas. Él puede usar nuestro temperamento y nuestra condición física. Él nos manipula de tal forma que acabamos permitiendo que nuestro temperamento nos controle y gobierne nuestras acciones, en vez de mantenernos *nosotros* en control de él. Son incontables los medios por los cuales el diablo causa la depresión espiritual.

Tenemos que acordarnos de él. Su objetivo es deprimir al pueblo de Dios, de tal forma que él pueda ir al hombre del mundo y decirle: «Mira el pueblo de Dios, ¿tú quieres ser así?». La estrategia del adversario de nuestras almas, el adversario de Dios, es llevarnos a la depresión.

En verdad, puedo resumir este asunto de la siguiente forma: la causa básica de toda depresión espiritual es la incredulidad, pues si no fuese por ella ni el diablo podría hacer cosa alguna. Es porque prestamos atención al diablo en vez de oír a Dios, que caemos derrotados ante los ataques del enemigo.

Por eso es que el salmista continúa diciéndose a sí mismo: «*Espera en Dios, porque aún he de alabarle*». El vuelca su pensamiento hacia Dios. ¿Por qué? Porque él estaba deprimido, y se había olvidado de Dios, de manera que su fe en Dios y en su poder, y su confianza en la relación que tenía con el Señor, no eran lo que deberían ser.

Podemos, por lo tanto, resumir todo eso afirmando que la causa fundamental es pura y simple incredulidad.

Tratamiento: Asumiendo el control de nosotros mismos

Hasta aquí hemos examinado las causas. ¿Y en cuanto al tratamiento? En resumen, la primera cosa que por ahora necesitamos aprender es lo que el salmista aprendió – necesitamos asumir el control de nosotros mismos. Este hombre no se contentó con quedarse sentado, sintiendo lástima de sí mismo. Él hizo algo al respecto: Asumió el control de sí mismo.

Pero él hizo todavía una cosa más importante: Habló consigo mismo. Él se volcó hacia sí, diciendo: «¿*Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí?*». Habla consigo mismo, argumenta consigo mismo. Sin embargo, alguien pregunta: 'Pero, ¿no es exactamente eso lo que debemos evitar, ya que tomar demasiado tiempo con uno mismo es una de las causas del problema? ¡Eso contradice sus declaraciones anteriores! Fuimos advertidos contra la introspección y morbilidad, y ahora nos dice que debemos hablar con nosotros mismos!'.

¿Cómo podemos armonizar las dos cosas? De esta manera, ¡yo estoy diciendo que debemos hablar con nuestro 'yo' en vez de permitir que nuestro 'yo' hable con nosotros! ¿Entienden lo que eso significa? Estoy diciendo que el mayor problema en toda esta cuestión de la depresión espiritual, en un sentido, es que permitimos que nuestro 'yo' hable con nosotros, en vez de nosotros hablar con nuestro 'yo'.

¿Estoy intentando ser deliberadamente paradójico? De ningún modo. Eso es la esencia de la sabiduría en esta cuestión. ¿Ya percibieron que

una gran parte de la desdicha y perturbación en sus vidas provienen del hecho que se están escuchando a sí mismos en vez de hablar consigo mismos?

Por ejemplo, consideren los pensamientos que les vienen a la mente cuando despiertan por la mañana. Ustedes no los originaron, pero esos pensamientos comienzan a 'hablar' con ustedes, trayendo de vuelta los problemas de ayer, etc. Alguien está hablando. ¿Quién les está hablando? Su 'yo' está hablando con ustedes.

Ahora, lo que el salmista hizo fue lo siguiente: en vez de permitir que ese 'yo' hablase con él, él comenzó a hablar consigo mismo. «¿Por qué te abates, oh alma mía?», pregunta él. Su alma estaba deprimida, aplastándolo. Por eso, él se dirige a ella diciendo: 'Oye por un momento, yo quiero hablar contigo'. ¿Ustedes entienden de qué estoy hablando? Si no, es porque todavía no han tenido mucha experiencia en estas cosas.

El mayor arte en este asunto de la vida espiritual es saber cómo dominarse.

Un hombre necesita tener control sobre sí mismo, debe hablar consigo mismo, exhortarse y examinarse a sí mismo. Debe preguntar a su alma: '¿Por qué te abates? ¿Cómo te puedes abatir así?'

Usted, lo mismo que el salmista, necesita volverse a sí mismo –reprendiendo, censurando, reprobando, ex-

hortando– y diciéndose a sí mismo: «*Espera en Dios*», en vez de refunfunar y murmurar de esa manera desdichada y deprimida.

Y entonces debe continuar, acordándose de Dios: quién es él, lo que él es, lo que él ha hecho, lo que él ha prometido hacer. Habiendo hecho eso, concluya con esta nota de triunfo: desafíese a sí mismo, desafíe a los demás, desafíe al diablo y a todo el mundo, diciendo con el salmista: «*Aún he de alabarle. Él es la salud de mi rostro, y el Dios mío*».

Esta es, en resumen, la esencia del tratamiento. La esencia de esta cuestión es entender que este nuestro 'yo' interior –esta otra persona dentro de nosotros– necesita ser controlado. No le preste atención –hable con él, reprobando, censurando, exhortando, animando, acordándose de aquello que usted sabe– en vez de oír placidamente lo que él tiene que decir, permitiéndole que lo lleve al desánimo y la depresión.

Ciertamente esto es lo que siempre él hará, si usted le entrega el control. El diablo intenta controlar nuestro 'yo' interior, usándolo para deprimirnos.

Necesitamos levantarnos, y decir como el salmista: «¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí?». ¡Basta ya de eso! «*Espera a Dios, la salud de mi rostro, y el Dios mío*».

*(Tomado del libro homónimo, capítulo 1.
Traducción del portugués).*

* * *

La bendición de la traición

FOTO: LONDRIINA (BRASIL)

H. L. Roush

La nieve caía silenciosamente, como plumas a la deriva, y pronto cubrió de blanco la tierra grisácea y sucia. Había estado nevando toda la noche y yo miraba desde la ventana de mi estudio, con el corazón cálido y reposado, la primera nevazón de invierno. Era el día siguiente al día de Acción de Gracias, y la nevada me dio el pretexto que yo necesitaba para reducir la velocidad de mi atareada agenda, y tomar el tiempo necesario para disfrutar con mi familia.

Aquel año, como siempre, tenía muchas razones para estar agradecidos. La mano del Señor había sido tan evidente sobre nuestras vidas y ministerio que sólo podíamos inclinarnos ante Él con corazones agradecidos, reconociendo en silencio que Él había sido el autor de todo ello.

La preciosa calma de esa mañana fue rota de pronto por el sonido insistente del teléfono. Fue el primer eslabón de una pesada cadena que pronto iba a envolverme en desesperación

Análisis de una experiencia clave en la vida cristiana.

y dolor; porque la voz en el otro extremo de la línea me informó que un gran problema había entrado en mi vida. Se habían producido circunstancias que ponían en peligro todo mi ministerio, así como la ruina potencial de mi vida personal y familiar.

Es asombroso ver cuán rápidamente el mundo entero parece cambiar cuando cambian nuestras circunstancias. En verdad, la belleza está en el ojo del que mira, porque la blanca quietud de la nieve ahora me parecía ser sólo la hipocresía que cubría los hechos duros y crueles que se ocultaban bajo su capa engañosa. La alegría de la Acción de Gracias con mi familia desapareció rápidamente bajo la sombra de este dolor presente, y me hundí en mi silla temblando, estremecido. Serías acusaciones se habían lanzado contra mí por un acusador desconocido, y Dios sabía que yo era una víctima inocente de circunstancias retorcidas. Sólo pude clamar: «Oh, Padre, ¿quién pudo hacer esto?». Mi oración tuvo respuesta dentro de un par de días, y con ella vino el dolor más profundo de todos, porque se descubrió que mi traidor era un amigo que decía amarme.

Durante dos días permanecí atónito, en el silencio y la desesperación más tenebrosa. El problema que yo enfrentaba era sumamente grave, pero iba más allá de lo que yo me sentía capaz de soportar, por el hecho increíble de que aquel que había traído este pesar a mi vida era uno que partía el pan conmigo alrededor de la mesa del Señor, y a menudo hablaba de su amor por mí.

Las preciosas verdades que aprendí a través de esa experiencia son el tema de este escrito. Nuestras experiencias «personales» no son tan personales como nosotros quizás nos imaginamos – lo que sucede en nuestras vidas como miembros del Cuerpo de Cristo tiene el propósito de traer consuelo y ayuda a otros (2^a Cor. 1). Nos sucede porque es la herencia mutua de los miembros del Cuerpo de Cristo compartir los padecimientos de la Cabeza (Flp. 1:29; Col. 1:24).

La certeza de la traición

La dura experiencia de ser traicionados por nuestros amigos y amados debe ocurrir forzosamente en la vida de cada creyente. Baso esta observación en muchas experiencias sobre la vida cristiana, además de la clara y simple enseñanza de la Palabra de Dios. Es un descubrimiento interesante aprender que la palabra «traición» y sus formas sólo se usan con respecto a la traición de Jesús por Judas, exceptuando una sola mención en Lucas 21:16. En este pasaje, que es profético, se usa para representar el fin del tiempo de la gracia y es indicada como una de las marcas de identificación, o señales, de la venida del Señor Jesucristo. El versículo simplemente dice: *«Ustedes serán traicionados aun por sus padres, hermanos, parientes y amigos; y a algunos de ustedes se les dará muerte»* (NVI).

Esta es una cosa terrible de avizorar, pero es la promesa llana de la palabra de Cristo. El tiempo de la gracia se cerrará con un tiempo de engaño religioso mundial. Será la hora de la

gran apostasía – tiempos peligrosos en los cuales la verdad será resistida por la falsedad y el engaño (estudien las palabras de Pablo en 2ª Timoteo 3:1-17).

Yo creo que cada hombre en quien Jesús mora, tendrá en estos terribles tiempos postreros su propio Judas personal; porque en la era de la apostasía se destacará el hermano falso. Asimismo, la traición es la experiencia común de cada hombre a quien Dios ha usado alguna vez para Su gloria.

Nuestro versículo en Lucas 21:16 dice que la traición viene de parte de «padres, y hermanos, parientes y amigos». Espantoso, pero real, y por una buena razón. Primero, nuestros enemigos no pueden traicionarnos. Ellos no están lo bastante cerca de nuestros corazones. No somos lo suficientemente íntimos con ellos. Es con nuestros hermanos y amigos que abrimos nuestro corazón. Nuestros enemigos no pueden herirnos; son nuestros amigos los que nos hieren. Así, el salmista dijo en el Salmo 55:12-14: *«Porque no me afrontó un enemigo, lo cual habría soportado; ni se alzó contra mí el que me aborrecía, porque me hubiera ocultado de él; sino tú, hombre, al parecer íntimo mío, mi guía, y mi familiar; que juntos comunicábamos dulcemente los secretos, y andábamos en amistad en la casa de Dios».*

Así que toda la historia de la Biblia hace eco del hecho de la traición a manos de nuestros amigos. Abel fue traicionado por su único hermano; Esaú por su hermano gemelo; Isaac por su hijo; Urías por su rey en quien confiaba y por su esposa en-

cantadora; Jesús por su discípulo consagrado; Pablo por «falsos hermanos». No necesitamos seguir, porque esta solemne verdad permanece: a menudo son nuestros amigos los que se levantan contra nosotros, y así se multiplican nuestras aflicciones en la vida cristiana. En general, yo he sido tratado con mucha más bondad por inconversos que por hermanos declarados; y he experimentado a menudo la herida aplastante de la traición a mano de aquéllos que profesaban amarme. Esta paradoja puede perturbarnos y entristecernos, pero la sabiduría y el amor de Dios se ve en todo ello, en la serena verdad de que él no libró ni a su propio Hijo a este respecto, sino que lo envió a la muerte por mano de un amigo. ¡Que Dios instruya nuestros corazones por medio de esta preciosa lección!

El método de la traición

El método siempre será el mismo. Primero, nuestros traidores escogerán cuidadosamente la hora. En el caso de Jesús, él fue traicionado en el momento exacto de su vida en que él tenía la mayor necesidad de compañía humana (Marcos 14:37); en la hora de su más grande necesidad; y cuando estaba en el umbral de su mayor obra (el Calvario). Aliéntate, querido lector, si la traición ha sido tu reciente experiencia. Debe haber grandes cosas delante para ti, de otro modo Satanás no golpearía en este mismo momento.

Nuestros traidores también conocen el lugar donde atacarnos. Juan 18:2 muestra que Judas sabía el lugar secreto donde Jesús se retiraba. Ellos

nos observan y conocen nuestro lugar de agonía y oración; y así, teniendo la ventaja de la intimidad, nos golpean con violencia en el lugar oportuno.

Su forma de traición siempre será el beso. Ellos alientan nuestro amor, de modo que pueden golpearnos en el momento más inesperado. La palabra de Dios dice: *«Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar»* (Sal. 41:9). Hay una figura preciosa en este verso. El significado original representa a un caballo conocido y confiable que cruelmente patea por detrás a un amigo desprevenido y confiado.

Victoria sobre el traidor

¿Qué fue de Judas? La historia registra su trágico final, pero encubierto en la aparente vaguedad del breve relato de su muerte hay un drama que ha permanecido mucho tiempo sin revelar.

Para verlo en su perspectiva real, debemos mirar brevemente la relación entre Jesús y Judas. Jesús escogió a Judas y oró por él (Luc. 6:12-13), como lo hizo por Jerusalén que lo rechazó y por aquellos que lo crucificaron. Jesús deseaba que Judas comiera la última Pascua con él (Luc. 23: 14-15), lo amó y le ofreció el lugar de amor y comunión a la mesa en el aposento de la Pascua (Juan 13:26). Jesús lavó sus pies (Juan 13:5) y, de ahí, le expresó un amor que era indudablemente verdadero y digno del Hijo de Dios. Jesús le dio a Judas total reconocimiento y nunca lo delató como su traidor futuro, sino que se

Nuestros enemigos no pueden herirnos; son nuestros amigos los que nos hieren.

refirió a él como su «amigo». La meditación cuidadosa sobre los eventos que llevaron a la traición, revelará que Jesús ofreció a Judas toda muestra de amor y no estuvo dispuesto a repudiarlo ni aun en el momento de su crimen.

Jesús enseñó en Mateo 5:44 que debemos amar a nuestros enemigos y él practicó todo lo que predicó. Aunque de antemano conocía perfectamente el mal que Judas haría contra él, le mostró su amor sincero en toda forma concebible.

En Marcos 14:45 Judas acordó traicionar a Jesús con un beso. Hay dos palabras en el original para «beso». Una significa el beso de amistad y otra significa besar fervorosamente, o el beso del amor verdadero. Ahora, vamos a Getsemaní y veamos la escena final. Judas viene con la multitud armada con palos y espadas para tomar a Jesús prisionero. Judas saluda al Señor y lo besa; pero, de acuerdo con el original, no es con el beso de amistad como había convenido, ¡sino con el beso de amor genuino! Sólo la eternidad revelará lo que pasó en ese momento por el corazón de Judas. Quizás, a la luz fluctuante de las antorchas, Judas vio en el rostro de Jesús la sobrecogedora verdad de que a pesar de su traición, Jesús lo

amaba todavía, porque él llamó a Judas, «amigo».

Jesús fue apresado y Judas lloró por haber traicionado sangre inocente; había aprendido que el amor de Jesús hacia él era real. Su corazón debe haber experimentado un golpe demoledor, y ahora él no puede racionalizar su locura o justificar su acto deleznable. Intenta deshacer lo que ha hecho devolviendo el dinero, pero es rechazado con desprecio por sus impíos amigos, pues ni aun ellos quieren relacionarse ahora con Judas. Su ganancia momentánea se vuelve polvo en sus manos –el futuro es negro sin la confraternidad de Jesús y sus amigos– él ha perdido para siempre aquel ministerio que Jesús le había dado (Hechos 1:20); su habitación estará ahora desolada, otro hombre tomará su corona, y Judas irá a su propio lugar en una muerte solitaria efectuada por su propia mano.

¿Murió Judas por su propia mano? Me parece claro que Judas murió bajo la fuerza del irresistible amor de Cristo. Judas se destruyó a sí mismo porque él ya no podía vivir más consigo mismo o con otros, y todo esto fue operado por el verdadero amor del Señor Jesucristo. Me parece que las palabras de Romanos 12:20-21 son repentinamente claras: *«Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal»*.

¿No se cumplen así aquellas palabras que afirman: *«Porque las armas de nuestra milicia no son carnales ...»* (2ª

Corintios 10:4), y *«el amor nunca deja de ser»* (1ª Cor. 13:8)? Sin duda, necesitamos afirmar desesperadamente en nuestros corazones que la Palabra de Dios es verdad. Nosotros sólo damos más razón al odio de nuestros enemigos y motivo a la traición de nuestros amigos cuando les devolvemos mal por mal. El amor que es verdadero e inmovible aun frente a una mala obra contra él, finalmente conducirá a su traidor a las solitarias laderas del Campo de Sangre (Acéldama – Hch. 1:19) para morir.

La necesidad de la traición

Hay otra consideración en el acto de traición de Judas. Él fue escogido por el Señor Jesucristo, aunque el Señor sabía de antemano que Judas lo traicionaría (Juan 6:64). En mi propia experiencia personal de traición a manos de un amigo, el amado Señor me mostró esta verdad preciosa. Mientras estaba en el fuego de esta prueba, me fui a acostar una noche pensando en aquel que pretendía amarme y había usado su profesión para ponerme en manos de mis enemigos. Por la noche desperté en oración hallando la respuesta en este pensamiento: ¡El Señor Jesús escogió a sus propios amigos, y sabiendo de antemano la alevosía de Judas, lo escogió de todos modos! Les dijo que él había escogido a los doce, y que uno de ellos era diablo. Di gracias a Dios por ese diablo, pues él era necesario para el ministerio de Jesús, y por mi traidor, dado que él también era necesario en mi vida.

¿Qué necesidad habría de que un creyente fuese traicionado por sus

amigos o amados? ¿Qué buen propósito podrían tener el dolor y la tristeza de un corazón herido? Yo hice estas preguntas aquella noche y encontré respuestas que vinieron al encuentro de las necesidades de mi corazón. Nosotros tenemos necesidad de reconocer la fidelidad del Espíritu Santo en nuestras vidas. Consideremos el hecho de que Jesús nunca fue engañado acerca de Judas. *«Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar»* (Juan 6:64).

Yo estoy seguro de que, en cada experiencia de traición en la vida del creyente, él puede mirar hacia atrás y recordar la advertencia fiel del Espíritu Santo. En un caso, recuerdo que pude haberlo sabido desde el principio si yo sólo hubiese oído el testimonio interior del Espíritu.

¿Quién puede explicar la naturaleza de la advertencia de Dios en el alma respecto a un hermano falso? No es fácil expresarlo con palabras, pero todos los santos conocen la inquietud que la razón no puede explicar sobre algunos que profesan ser nuestros amigos. Conocemos y experimentamos ese muro real de restricción que busca impedir que demos nuestros corazones a aquéllos que nos traicionarían en un tiempo de necesidad. No estaríamos tan a menudo afligidos y defraudados por otros si fuésemos más sensibles al Fiel que mora en nosotros. ¿No creemos nosotros en el «discernimiento» por el Espíritu? Entonces, ¿por qué a menudo desechamos aquel sentimiento extraño en nuestro corazón hacia amigos declarados y nos aventuramos a

«proclamar» comunión por sobre todas las advertencias del Señor Jesucristo por Su Espíritu? ¿Cuándo aprenderemos nosotros que *«el Señor conoce a los que son suyos»*?

Nuestra responsabilidad es oírlo en las profundidades más íntimas de nuestra alma y depender de Él para escudriñar los corazones de otros por Su Espíritu. La experiencia de la traición aclara la verdad de que la aceptación pública en medio de los creyentes, el empleo de vocabulario común entre los santos, la realización de obras religiosas, la predicación de la Palabra, o cualquier otro signo externo que normalmente constituye una «prueba» de la salvación y fidelidad de un hombre, *no siempre* manifiestan la situación verdadera. *«...pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Señor mira el corazón»* (1 Sam. 16:7).

Reconozcamos en cada hombre la posición que él declara tener delante de Dios, pero nunca nos permitamos ir más allá del testimonio del Espíritu de Dios en nuestros corazones en nuestra relación con otros. Hemos leído de muchos que vinieron a Jesús y profesaron fe en él, basados puramente en los milagros que realizó, y no sobre una genuina fe en él como el Hijo de Dios. Movidos sólo por la impresión de las obras externas, ellos se incluyeron entre sus seguidores...

«Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre» (Juan 2:24-25).

Nuestra obligación no es abrir el corazón a todo hombre que busca en-

trada a nuestro hombre interior, sino permitir a nuestros corazones ser afectados hacia otros por el Espíritu Santo, pues él siempre nos advertirá de aquellos que intenten engañarnos. Aprendamos que la «comuni3n» es la obra del Esp3ritu Santo y no del hombre. No intentemos establecerla sin su ayuda, ni la rechacemos cuando 3l tan obviamente la establece entre nuestros corazones y otros en el Cuerpo de Cristo.

¿Cu3l es la necesidad de la traici3n? Quiz3s viene a ser aclarada a trav3s de las palabras de Pedro en su primera ep3stola cuando 3l observa que sus lectores tendr3n que «*ser afligidos en diversas pruebas ... si es necesario*». Es necesario porque, como 3l explica tan hermosamente, hay un fruto tanto presente como futuro de tales experiencias aflictivas. En el futuro, esta prueba de nuestra fe, como el oro tratado al fuego, sacar3 del horno nuestras vidas en alabanza, honra y gloria para el Se3or Jesucristo en su venida. ¡Si s3lo pudi3ramos asirnos de este tremendo potencial en medio de nuestras pruebas, cu3n distinta ser3a la respuesta de nuestros corazones al desaf3o de esa hora! A3n m3s, adem3s de esto (gracia sobre gracia), las duras pruebas de la vida son usadas para hacer una obra muy necesaria en todos nosotros – la obra de au-

mentar nuestro amor y gozo en esta vida presente. Lea 1ª Pedro 1:6-8 y recuerde que, tras cada horno de aflicci3n, hemos salido amando al Se3or como nunca antes y regocij3ndonos en la realidad de su comuni3n.

Necesitamos la experiencia de la traici3n para aprender la verdadera sumisi3n al Se3or. ¿Sab3a usted que la mayor oraci3n que un hijo de Dios puede decir es la oraci3n del Hijo perfecto: «*S3, Padre, porque as3 te agrad3*» (Luc. 10:21)? Cuando podamos clamar as3 de lo 3ntimo de nuestros corazones heridos, sabremos que el aguij3n ya se ha ido y que hemos triunfado, porque nuestra sumisi3n al deseo del Padre en nuestras vidas trae la victoria sobre todo ataque que venga contra nosotros (2ª Cor. 2:14).

2ª Corintios 4:15-18 ofrece m3s razones para la aparente sinraz3n de las grandes desilusiones de la vida. Pablo da la perspectiva apropiada a nuestras aflicciones, dici3ndonos que el ataque no es contra el hombre exterior, sino contra el hombre interior.

A menudo temblamos bajo el temor de las «consecuencias que esto podr3a traer a nuestra vida», y olvidamos que en los tiempos angustiosos nada puede da3ar a nuestro hombre interior si nos hemos vestido de toda la armadura de Dios. Estas cosas duran s3lo un momento comparadas

Quando se concreta la bendici3n de la traici3n, miramos hacia atr3s y vemos cu3nto hemos segado en creciente gozo, amor, gracia, fuerza y comuni3n con el amado Se3or Jes3s.

con la eternidad, y un día traerán un eterno peso de gloria. Estas aguas profundas sólo servirán para alzar nuestra mirada de los lazos y «cosas» terrenales, y ponerla en los valores eternos. Al enemigo le gustaría agobiarnos y nublar nuestra razón, conduciéndonos a mirar los detalles horribles de la experiencia exterior; así, mientras nos ocupamos con preocupaciones inútiles sobre lo exterior, somos a veces golpeados con violencia en el hombre interior, y derrotados. Muchos santos han sobrevivido a los ataques exteriores sólo para caer mortalmente heridos por amarguras, resentimientos, malicia, y un corazón rencoroso. En tiempos de traición, los santos deben aprender primero a ceñir los lomos de su mente en Cristo y a apropiarse de toda la armadura de Dios, lo cual realmente significa vestirse de Cristo en toda Su fuerza y poder.

La bendición de la traición

Consideremos la bendición que trae la traición cuando, a través de ella, aprendemos a no reconocer otra mano sino la mano fiel de nuestro amante Padre en el cielo, en todas las cosas. Nosotros damos demasiada gloria al diablo, al mundo y a la carne en las circunstancias de nuestras vidas. Culpamos a nuestros enemigos cuando somos zarandeados; pero gran paz y quietud de corazón llegan a ser nuestros cuando nos negamos a reconocer segundas causas en nuestras vidas. Dios es soberano y él es nuestro Padre. A él le agradó permitir que esto nos suceda, y nuestra parte es creer que «...a los que aman a Dios,

todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Rom. 8:28).

En la bendición de esta quietud, David soportó con un espíritu paciente la maldición de Simeí y prohibió que se le devolviera mal alguno por el mal que hizo. David vio sólo una mano detrás de todo ello – la mano amorosa de Dios obrando el bien a través del mal de Simeí.

José fue traicionado amargamente por sus hermanos, puesto en el pozo y vendido como esclavo, para después ser favorecido por Potifar, y, otra vez, ser maliciosamente traicionado por su esposa. Puesto en prisión, él hizo amistad con el coopero del rey, y pronto conoció una vez más la agonía del beso de traición, porque cuando aquel hombre fue restaurado al favor de la corte de Egipto, rompió su promesa hecha en la prisión. La Palabra de Dios dice: «*Y el jefe de los cooperos no se acordó de José, sino que le olvidó*» (Gén. 40:23).

Tanta aflicción para un solo hombre parece suficiente como para herirlo mortalmente en su interior, hasta perecer bajo la amargura del alma que a menudo resulta del rechazo personal; pero los años pasaron y José fue recordado por el Señor y exaltado al trono de Egipto en victoria. Y el bendito secreto de su sanidad, sí, de su paciencia triunfante y victoriosa, se revela en sus palabras a sus hermanos: «*Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien...*» (Gén. 50:20).

Pedro manifestó esta misma verdad en su perspectiva de la cruz del Calvario. Aunque él acusa a la nación

de prender a Jesús por manos de inicuos para crucificarlo y matarlo, Pedro no lo ve como una tragedia, no ve en ello una victoria de Satanás; sino que, triunfalmente anuncia que el Señor Jesucristo fue «...*entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios...*» (Hech. 2:23).

Y así, mis amados santos de Dios que en este momento se encuentran perplejos a causa de la traición de un amigo, reconozcan en esta hora que Dios bien pudo haberlo evitado si lo hubiese querido, pero lo permitió para vuestro bien. Regocijense en esta bendición, pues él está tomándoles como sus hijos y preparándoles para consolar y bendecir a otros. Él ha agraciado vuestras vidas con el privilegio glorioso de compartir con ustedes los más íntimos sufrimientos de Cristo (Flp. 3:10).

Esta comunión es dada a un grupo selecto, porque no todos tienen el privilegio de conocer la agonía de la traición, de poder compartir en alguna medida la profundidad del amor de Cristo. Su traidor intentó hacerle mal, pero Dios lo volverá todo para bien; y como Jesús escogió a Judas, dado que Él tenía necesidad de la traición en Su propia vida, así Dios en Su fidelidad ha escogido a nuestros traidores – Él sabía perfectamente que, si la elección hubiera sido nuestra, nunca habría sido hecha.

Ustedes dirán: «*Escoger* a nuestros traidores? ¿Qué bien pueden hacerlos ellos?». ¿Han olvidado ustedes que la traición de Judas llevó a Jesucristo a su más grande obra, y desencadenó los eventos que cumplieron los propósitos eternos de Dios en

Cristo? ¡La redención eterna a través de la sangre de Cristo fue fruto del despreciable acto de Judas!

Sigue siendo un hecho el que nuestros enemigos no harán esta obra por nosotros. Sólo nuestros amigos nos entregarán al dolor de las circunstancias más allá de nuestro control; y por tanto, realizarán un verdadero servicio a los santos de Dios.

Sólo puedo hablar a partir de mi experiencia personal. Un traidor me entregó a circunstancias que cambiaron el curso de mi ministerio y me lanzaron a la mayor obra de mi vida. ¡Un traidor trajo a mi vida penalidades que me llevaron a ser librado de la dependencia del hombre y me hicieron un hombre libre en el Señor!

Un traidor trajo a mi vida un sufrimiento que produjo el presente ministerio fructífero y jubiloso que he recibido de Cristo para Su Cuerpo. Como todos los santos, mi percepción del pasado es mejor que mi visión del futuro. ¡Cuando miro hacia atrás, doy gracias a Dios por cada «diablo» escogido por un Padre fiel, pues es muy probable que yo hubiese perdido algunas de las más grandes bendiciones de mi vida si no hubiera sido por ellos!

¿La bendición de la traición? Sólo Dios puede realizar tal milagro, pero he descubierto que la paradoja de estas palabras es una realidad. La traición a manos de aquellos a quienes hemos confiado el corazón puede traer bendiciones imposibles de contener. A través de la traición he aprendido lo que el salmista quiso decir cuando cantó: «*En esto conoceré que te he agrado, que mi enemigo no se*

huelgue de mí» (Salmo 41:11). También lo que el profeta quiso decir cuando escribió: «Ninguna arma forjada contra ti prosperará, y condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio. Esta es la herencia de los siervos de Jehová, y su salvación de mí vendrá, dijo el Señor» (Isaías 54:17).

A través de la traición aprendí que el poder y la gracia del Señor Jesucristo en mi vida sólo pueden ser operadas a través de la bendición de la debilidad, que es producida por las bofetadas de Satanás como un aguijón en la carne (2ª Cor. 12:7).

A través de la traición somos preparados para la bendición de ser usados alentando a otros en la misma prueba de fe, con la misma consolación que nosotros hemos recibido de Dios (2ª Cor. 1:4). A través de la traición a manos de un «amigo», he recibido la bendición de tocar en este mensaje las verdades preciosas que he aprendido en la comunión de Cristo Jesús, mi Señor. Las bendiciones de los que leerán este mensaje fluirán de la fuente de la traición y, de ahí, la maldad de ese hecho se transforma, a través de la gracia, en el bien de Dios.

A través de la experiencia de la traición de amigos falsos, he recibido una de las más grandes bendiciones de mi vida, aprendiendo cómo amar a mis enemigos y bendecir a los que me persiguen.

Durante años, me fue difícil entender estas palabras: «*Benedicid a los que os persiguen; bendecid, y no maldigáis*» (Rom. 12:14), y mucho más difícil practicarlas. El cumplimiento de ellas se opone diametralmente a todo

lo humano; y su comprensión de ellas fue abierta por medio de las aguas amargas del ataque salvaje de mis falsos amigos. Solamente la experiencia las transformó en una realidad bendita para mí. La palabra «benedicid» significa «elogiad» o «hablar bien de». La expresión «no maldigáis» significa «no deseéis ningún mal».

Cuando se concreta la bendición de la traición, miramos hacia atrás y vemos cuánto hemos segado en creciente gozo, amor, gracia, fuerza y comunión con el amado Señor Jesús; nos sentimos abismados por la comprensión de cuánto bien nos ha hecho nuestro traidor. No importa cuáles fueron sus intenciones. Lo que importa es el fruto bendito que él ha traído a nuestras vidas.

¡Cuán gloriosamente fácil se vuelve en verdad «hablar bien» de él y no deseárselo ningún mal! ¡Sí, cuando miramos nuestro presente estado de bendición y comprendemos que fuimos entregados por un enemigo a la libertad y magnitud de la tierra que ahora poseemos, nosotros podemos decir: «¡No puedo sino hablar bien de él, porque ha sido una bendición para mí!».

De este modo, tal como la flor pisoteada cuyo perfume sube para bendecir el pie que la aplastó, así nuestros corazones no encuentran amargura, no buscan ninguna venganza, no desean ningún mal. La plenitud de nuestros vasos necesita desbordar y bendecir la mano que nos afligió.

Tomado de:

*<http://www.bbmhp.org/authors/roush.html>
(Traducido del inglés).*

Citas Escogidas

Si Dios nos bendice con diez mil dólares no preguntamos: “¿Por qué yo?”. Pero cuando sufrimos un poquito, preguntamos: “¿Por qué yo?”.

Christian Chen

Los movimientos nacidos de hombres necesitan ser conmovidos. Dios tiene un solo ‘movimiento’, un solo cuerpo.

Frank Bartleman

Cristo, igual que los árboles, lleva dulces frutos, no para que sean colgados de las ramas, sino para que sean cosechados por los que los necesitan.

C. H. Spurgeon

Donde falta el amor, el matrimonio puede convertirse en fornicación con documentos legales.

Richard Wurmbbrand

La fe siempre razona desde Dios a las circunstancias, y nunca de las circunstancias a Dios.

C. H. Makintosh

No deseo seguidores personales, sino que el mundo sea de Cristo.

Evan Roberts

Los necios se apresuran a pisotear donde los ángeles temen apoyar su pie.

Arthur Booth-Cliborn

Muchas de las dificultades al desear vivir la vida cristiana parten del hecho de querer vivirla a medias.

Anónimo

La Biblia es un libro sobrenatural y solamente se lo puede entender con un auxilio sobrenatural.

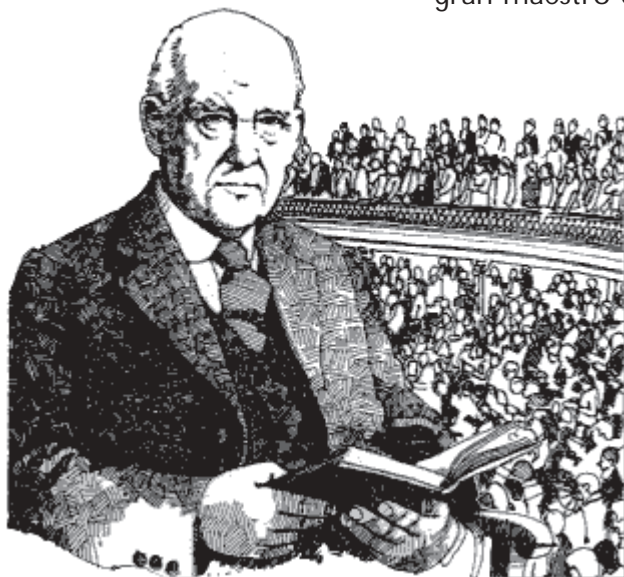
A. W. Tozer

La predicación del evangelio tiene su parte de dificultades, pero la oración intercesora no tiene ninguna.

Oswald Chambers

* * *

Semblanza de David Martyn Lloyd-Jones, el último gran maestro de Westminster



El maestro de Westminster

Gales es un lugar único en el mundo. Aun siendo parte de Gran Bretaña, los galeses se apresuran a dejar en claro que ellos no son ingleses, y lo enfatizan hablando en su propio idioma en lugar de decirlo en inglés.

Gales tiene una muy especial historia espiritual, pues ha experimenta-

do grandes avivamientos, seguidos muchas veces de profundas depresiones espirituales.

La historia registra algunos galeses notables, como Christmas Evans, Daniel Rowland, William Williams, Howell Harris, Evan Roberts... y David Martyn Lloyd-Jones, nuestro biografiado.

Primeros pasos

David Martyn Lloyd-Jones nació el 20 de diciembre de 1899, cuando concluía el siglo XIX. Dios tenía un plan para este hijo de Henry y Magdalene Lloyd-Jones, para traer de nuevo los fuegos del avivamiento que Evans, Roberts y otros habían experimentado antes. Algunos han dicho que Charles Spurgeon fue el último puritano, pero el tiempo demostraría que deberían haber esperado oír al «Doctor» antes de hacer tal afirmación.

La vida del joven Martyn fue bastante tranquila hasta enero de 1910, cuando tenía 11 años. Hasta entonces su padre había sido un hombre de negocios bastante exitoso en su ciudad natal de Llangeitho. Pero aquel año ocurrió algo que cambiaría muchas cosas.

En la oscuridad de la noche estalló un fuego que casi costó las vidas de Martyn y sus hermanos, que dormían en la planta superior. Aunque la familia fue salvada, la mayor parte de los bienes familiares se perdieron. Henry nunca se recuperó totalmente del revés financiero. Casi por accidente, Martyn averiguó poco después cuán desesperada se había vuelto verdaderamente su situación.

Durante sus primeros años de escuela, él llevó esta carga en su corazón. Como resultado, se volvió muy serio para su edad, y muy decidido en tener éxito en su educación y en su vida. «Fue como si él se apartaba mucho de lo que es común a la juventud, y esto le hizo decir alguna vez: ‘Yo nunca tuve una adolescencia’», afirma Ian Murray. Aunque cálido de

corazón, Lloyd-Jones siempre llevaría con él una reputación de austeridad y severidad.

Lloyd-Jones fue criado en el metodismo calvinista galés. El término «metodismo calvinista» puede parecer contradictorio, porque los metodistas son arminianos – que enfatizan el libre albedrío del hombre – y los calvinistas dan énfasis en la soberanía de Dios respecto a la salvación. De alguna manera, el metodismo calvinista de Gales buscó lo mejor de ambas posturas.

Entre 1914 y 1916, Lloyd-Jones fue a una escuela primaria de Londres, y luego estudió medicina. Hizo su práctica en el prestigioso Hospital de St. Bartholomew, y fue brillantemente exitoso. Aprobó sus exámenes tan tempranamente que tuvo que esperar para graduarse.

En 1921 comenzó a trabajar como asistente principal de Sir Thomas Horder, uno de los mejores médicos de esos días.

A la edad de 26 años, Martyn obtuvo su diploma de miembro del Co-

Quando se sentaba en el consultorio, escuchando los síntomas de sus pacientes, comprendió que aquello que necesitaban no era la medicina ordinaria, sino el evangelio.

legio Médico y tenía una carrera brillante y lucrativa delante de él. Sin embargo, Dios tenía planes para que fuese médico de almas en lugar de cuerpos.

Conversión y llamamiento al ministerio

Poco a poco, a través de la lectura, su mente fue atraída por el evangelio de Cristo. No tuvo ninguna crisis dramática de conversión, pero llegó a un punto en que se comprometió completamente con el evangelio.

Después de eso, cuando se sentaba en el consultorio, escuchando los síntomas de sus pacientes, comprendió que aquello que muchos de ellos necesitaban no era la medicina ordinaria, sino el evangelio que él había descubierto para sí mismo. Él podría ocuparse de los síntomas, pero la preocupación, la tensión, las obsesiones, sólo podrían ser tratadas por el poder de la conversión. Él sentía cada vez más que la mejor forma de usar su vida y talentos era predicando ese evangelio.

Martyn se involucró rápidamente en la iglesia de la Capilla de Charing Cross. Entre otras cosas, allí conoció a Bethan Philips. Bethan asistía allí con sus padres y dos hermanos. Su padre era un oftalmólogo muy conocido y Bethan estaba a punto de recibirse como médico en el University College Hospital.

Tras varios años de noviazgo, Martyn y Bethan se casaron, en 1927. Después de su luna de miel en Torquay, se instalaron en su primer hogar, una pequeña casa parroquial de la iglesia de Sansfield, en Aberavon,

Gales, decididos a servir en aquello a que se sentían llamados.

El sorprendente movimiento del joven especialista y su esposa no podía dejar de atraer la atención, y la prensa vino hasta ellos. La señora Lloyd-Jones respondió a un periodista en la puerta de su casa con la frase: 'Sin comentarios' y al día siguiente quedó horrorizada al leer el titular: '«Mi marido es un hombre maravilloso», dice la señora Lloyd-Jones'. De este matrimonio nacieron dos hijas, Elizabeth y Ana.

Los médicos locales no estaban muy contentos con el recién llegado. Pensaban que él había venido para mostrar su superioridad y arrebatarles a sus pacientes.

Contra lo esperado, Martyn no pudo abandonar completamente su carrera médica. En la Gales del sur, su brillante habilidad de diagnóstico escaseaba. Después de unos años durante los cuales fue deliberadamente ignorado por los médicos locales, fue llamado para un caso difícil. Él supo exactamente la naturaleza de la oscura enfermedad de la que el paciente aparentemente se recuperaría, y luego moriría. Su pronóstico se confirmó exactamente, y el médico general dijo: 'Debo arrodillarme para pedir su perdón por lo que yo he dicho sobre usted'. Después de eso fue difícil controlar las llamadas médicas.

Un escritor describió así el barrio de Sansfield: «Contiene por lo menos a 5.000 hombres, mujeres y niños que viven en la mayor parte en la sordidez y el hacinamiento». O como alguien dijo, era un lugar para «el jugador, la prostituta y el publicano».

Lloyd-Jones no era un ministro recién salido de una universidad teológica liberal, que acomodara su mensaje a la opinión contemporánea y a los prejuicios de su congregación. Las palabras de su primer sermón inspiradas a partir de 2ª Timoteo 1:7 ilustran cuáles eran sus convicciones: «Nuestras ... iglesias están atestadas con personas casi todas las cuales toman la Cena de Señor sin dudar un momento, pero... ¿imagina usted por un instante que todas esas personas creen que Cristo murió por ellos? Bien, entonces, dirá usted, ¿por qué son miembros de la iglesia, por qué ellos fingen creer? La respuesta es que ellos tienen miedo de ser honestos consigo mismos... Yo me sentiré mucho más avergonzado por toda la eternidad por las ocasiones en las que dije que yo creía en Cristo cuando en realidad no era así...».

Eso fue demasiado para algunos, que abandonaron la congregación. Pero en su lugar –lentamente al principio– fue creciendo el número de los que eran cautivados por la verdad, la clase obrera de Gales del Sur. El mensaje los trajo, y el poder del Espíritu Santo los convirtió. No había súplicas dramáticas, sólo un ministro joven con el mensaje claro de la justicia de Dios y su amor, que trajeron a un caso duro tras otro al arrepentimiento y la conversión.

La iglesia creció con la constante corriente de conversiones. Notorios bebedores se hicieron cristianos gloriosos, y obreros y mujeres vinieron a las clases de Biblia que él y su esposa dirigían.

Para aquellos que están habitua-

dos a la predicación bíblica puede ser difícil entender la conmoción que causaba este joven predicador. Primero, él no estaba entrenado teológicamente (al menos no de las formas reconocidas). En lugar de predicar de un leccionario o alguna otra forma pre-elaborada, Lloyd-Jones era ante todo un predicador de la Biblia. Desde el principio, él buscó dar una comprensión verso por verso de la Palabra de Dios. Quizás esto reflejaba su propia vida personal que incluía leer la Biblia completa cada año. Basta leer los mensajes suyos sobre Romanos o sobre Efesios para entender cuán profundo era su afecto por la Palabra y su obediencia a la misma.

Tampoco cabe duda de que su lectura de los Puritanos tuvo también una profunda influencia sobre él. Los Puritanos a menudo han sido caricaturizados, pero Lloyd-Jones los leyó realmente. Leyó todo el *Directorio Cristiano* de Richard Baxter y los muchos volúmenes de John Owen. Desde su punto de vista, los Puritanos diferían de otras corrientes organizadas en varios puntos importantes.

Primero, acentuaban la naturaleza espiritual del culto por sobre las formas y rituales externos. Segundo, enfatizaban el cuerpo reunido de Cristo por sobre el individuo, haciendo así la disciplina de la iglesia necesaria y saludable para la causa de Cristo. Finalmente, creían en la aplicación directa de la Palabra para el alma de cada persona. El espíritu del Puritanismo, creía Lloyd-Jones, podía ser trazado de William Tyndale a John Owen y a Charles Spurgeon.

Era este espíritu de la centralidad de la Palabra de Dios el que conducía al nuevo predicador en el país de Gales.

A medida que sus predicaciones eran conocidas, la presencia de Lloyd-Jones fue más y más solicitada. Muchos otros predicadores comenzaron a encontrar en él un modelo de lo que debía ser el ministerio del púlpito. Fue a predicar a Canadá y América y a menudo era invitado para hablar ante varias asambleas en Gran Bretaña.

Fue en la noche fría y brumosa del 28 de noviembre de 1935 que Lloyd-Jones predicó a una asamblea en el Albert Hall, en Londres. Durante su mensaje, «el Doctor» explicó los problemas bíblicos que él veía en muchas de las más usadas formas de evangelización y crecimiento de la iglesia. Dijo: «¿Pueden muchos de los métodos de evangelismo que se introdujeron hace unos cuarenta o cincuenta años realmente justificarse por la Palabra de Dios? Cuando leo sobre la obra de los grandes evangelistas en la Biblia, veo que ellos no estaban primeramente preocupados por los resultados; ellos se ocupaban en proclamar la palabra de verdad. Ellos dejaron el crecimiento a Él. Ellos estaban interesados sobre todo en que las personas fuesen puestas cara a cara con la propia verdad».

Él se ponía a sí mismo en un segundo plano, e intentaba mostrar a su congregación la mente y la Palabra de Dios, permitiendo que el mensaje de la Biblia hablara por sí mismo.

Llegada a Westminster

Uno de los oyentes aquella noche era un anciano de 72 años, G. Campbell Morgan, pastor de la Capilla de Westminster, quizá el predicador con más renombre de la época. Se dice que el anciano pastor le dijo a Lloyd-Jones: «¡Nadie sino usted podría haberme sacado en semejante noche!». Después de oír a Lloyd-Jones, Campbell Morgan quiso tenerlo como su colega y sucesor en 1938. Pero no era tan fácil, porque él manejaba otras opciones tan atractivas como aquella. Al final, prevaleció el llamado de la Capilla de Westminster, y la familia Lloyd-Jones con sus hijas, Elizabeth y Ana, se estableció definitivamente en Londres en abril de 1939.

La asociación de Morgan y Lloyd-Jones fue un digno ejemplo de cómo los cristianos pueden trabajar juntos, aun cuando difieran en aspectos secundarios. G. Campbell Morgan era un arminiano, y su exposición de la Biblia, aunque famosa, no se ocupó de las grandes doctrinas de la Reforma. Martyn Lloyd-Jones, en cambio, estaba en la tradición de Spurgeon, Whitefield, los Puritanos y los Reformadores. Pero ambos hombres respetaron cada uno las posiciones y talentos del otro, y su asociación, hasta que Campbell Morgan murió, fue pa-

cífica y fomentó mucho la obra de Cristo en Londres.

Cuando las nubes de tormenta de la Segunda Guerra Mundial ya amenazaban, Lloyd-Jones asumió el pastorado pleno de la Capilla de Westminster.

Durante los años de guerra, los habitantes de Londres soportaron por meses las interminables incursiones nocturnas de los bombarderos alemanes. A causa de que la Capilla de Westminster estaba situada muy próxima al Palacio de Buckingham y otros edificios importantes del gobierno, estaba en peligro constante de ser destruida. La congregación estuvo en un estado constante de crisis financiera y emocional. Sin embargo, los servicios siguieron casi con normalidad. En 1944, una bomba voladora explotó en la Capilla de los Guardias, a unos pocos metros de allí, cubriendo al predicador y la congregación de polvillo blanco. Un miembro de la congregación abrió sus ojos después del estampido, vio a todos cubiertos en blanco ¡y creyó que debía estar en el cielo!

Westminster también estaba acercándose rápidamente a su propia crisis interior. Algunos de la «vieja guardia» no querían mucho al joven calvinista que había compartido el púlpito con su venerado Dr. Morgan. Es un testimonio del poder de la Palabra de Dios y del espíritu humilde de Lloyd-Jones que la iglesia no sólo sobrevivió, sino que finalmente prosperó. Después de la guerra, la congregación creció rápidamente. En 1947 los balcones fueron abiertos y de 1948 hasta 1968 cuando él se retiró,

había un promedio de unos 1.500 asistentes los domingos en la mañana y 2.000 en la noche.

A principios de 1953, el estudio de la Biblia de los viernes por la noche empezó en la Capilla principal. Fue allí cuando Lloyd-Jones inició su monumental discurso sobre el libro de Romanos. Así como la obra de Martín Lutero sobre Romanos y Gálatas influyó en los Puritanos posteriormente, este gran trabajo sobre Romanos ha influido en la actual generación de creyentes. Así como él empezó, él continuaría, ministrando a su gente con la Palabra de Dios en lugar de su propia personalidad.

En su enfoque al trabajo del púlpito, Lloyd-Jones trabajaba firmemente a través de un libro de la Biblia, tomando un versículo o parte de un versículo a la vez, mostrando lo que enseñaba, cómo eso se ajustaba a la enseñanza sobre el asunto en otra parte de la Biblia, cómo la enseñanza entera era pertinente a los problemas de nuestro propio día y cómo la posición cristiana contrastaba con las ideas actualmente en boga.

Él se ponía a sí mismo en un segundo plano, e intentaba mostrar a su congregación la mente y la Palabra de Dios, permitiendo que el mensaje de la Biblia hablara por sí mismo. Sus predicaciones explicativas apuntaron a permitir a Dios hablar tan directamente como era posible al hombre en el banco con el pleno peso de la autoridad divina.

Otras actividades

A pesar de las dificultades de la guerra, Lloyd-Jones estuvo compro-

metido en la fundación de tres instituciones importantes. La primera fue la creación de una Biblioteca Evangélica de grandes obras cristianas, que pronto superó los 20.000 volúmenes. Así una nueva generación de creyentes se acercó a los escritos de Bunyan, Baxter, Owens y otros. La segunda institución que Lloyd-Jones ayudó a crear fue la Confraternidad de Westminster. El libro *Los Puritanos*, es una recopilación de los mensajes anuales de Lloyd-Jones a dicha agrupación.

Y lo tercero, fue el apoyo a la Confraternidad Inter-universitaria (IVF), bajo cuyo alero se realizó cada mes de diciembre la Conferencia Puritana. Había un fuerte sentimiento por la necesidad de regresar a los fundamentos teológicos de la tradición protestante, al período cuando cien años después de la Reforma, sus implicaciones teológicas habían funcionado. Se leyeron y se discutieron documentos y Lloyd-Jones dirigió las reuniones con habilidad y autoridad.

La casa editorial *Banner of Truth* y la revista *Evangelical Magazine* nacieron, con la ayuda y estímulo de Martyn Lloyd-Jones, que también apoyó poderosamente el trabajo de la Biblioteca Evangélica. A nivel pastoral, él condujo reuniones fraternales mensuales de ministros desde principios de los 40's, donde los pastores discutían todos los problemas que enfrentaban dentro de la iglesia y en su entorno. Aquí su siempre vasta experiencia, su profunda sabiduría y su sentido común ayudaron a muchos ministros jóvenes con dificultades aparentemente únicas e insolubles.

En el verano de 1947 el doctor hizo otra visita a los Estados Unidos y fue recibido calurosamente. A pedido de Carl F. H. Henry, él habló en la Universidad de Wheaton. Se publicaron los cinco mensajes que él dio. En ellos Lloyd-Jones compartió su idea acerca del tipo de predicación que el mundo realmente necesita.

Controversias

Un carácter fuerte y un liderazgo fuerte no pueden evitar la controversia. Creyendo, como él hizo, en el poder del Espíritu Santo para convencer y convertir, él se opuso profundamente a la tradición con la que había crecido desde Moody de reuniones multitudinarias con música suave y apelaciones emocionales para la conversión. También se opuso a las uniones arbitrarias entre denominaciones basadas en el pragmatismo en lugar de la doctrina. Nada causaría más problemas a Lloyd-Jones que su firme creencia en la necesidad de una adhesión a ciertas doctrinas fundamentales.

A finales de la Guerra, mientras muchos se reunían para oír al doctor, otros líderes religiosos estaban empezando a ignorarlo. Cuando en 1946 una publicación reunió los nombres de los «Gigantes del Púlpito», incluyendo hombres como Weatherhead, el nombre de Martyn Lloyd-Jones fue ignorado.

A principios de los años 1950's, mucho había cambiado en el paisaje espiritual de Inglaterra. En 1952, Arturo W. Pink murió en relativa oscuridad en una isla de Escocia. En ese momento pocos habrían adivinado

que sus escritos serían un día publicados y leídos por creyentes en todo mundo.

Alrededor de 1959, Lloyd-Jones observó que había un resurgimiento del interés en las doctrinas de la gracia y las enseñanzas de los puritanos en la iglesia. Sin embargo, aquéllos en los cuales se producía este regreso no eran de su propia generación. El interés real estaba entre los ministros y creyentes más jóvenes. Esta nueva generación de líderes del púlpito vio las inmutables verdades de la palabra de Dios en una forma que no lo hizo su generación anterior. Algunos acusaron a Lloyd-Jones de ignorancia teológica en el mejor de los casos, y en el peor, de arrogancia espiritual. La verdad es que él reprendía a menudo a sus jóvenes aprendices por transformar la discusión sobre Calvinismo y Arminianismo en un punto de controversia. De hecho, él expresaba públicamente su creencia de que A. W. Pink debió haber tenido un espíritu más a largo plazo y conciliatorio en su esfuerzo para volver a las personas a la verdad.

La controversia más seria vino en sus relaciones con la Iglesia de Inglaterra. Martyn Lloyd-Jones era un firme creyente en la unidad evangélica. Él no creía que las barreras sectarias debían separar a aquéllos que tenían una verdadera fe en común. Pero cuando el movimiento ecuménico liberal hizo más y más concesiones a las corrientes de opinión mundana, él apoyó el éxodo desde aquellas denominaciones.

Una de las grandes pasiones de Martyn Lloyd-Jones era el retorno a

la combinación de la doctrina de los Calvinistas y el entusiasmo de los Metodistas. En los años 60's, él estaba ansioso porque el énfasis en la sana doctrina recientemente recuperado no se convirtiese en una árida dureza del doctrinal. Para neutralizar este peligro, él empezó a dar énfasis a la importancia de la experiencia. Él habló mucho de la necesidad del conocimiento experimental del Espíritu Santo, de la convicción plena por el Espíritu, y de la verdad que Dios trata inmediatamente y directamente con sus hijos – a menudo ilustrando estas cosas con la historia de la iglesia.

Al contrario de gran parte de la enseñanza que se levantaría durante la Renovación Carismática de los 60's, Lloyd-Jones enfatizó varios rasgos del verdadero avivamiento. Primero, él proclamó que Dios es soberano y no hay, por tanto, ninguna fórmula para el avivamiento. Dios se mueve de formas diferentes en tiempos diferentes. En segundo lugar, insistió en que la iglesia necesitaba el avivamiento, no para que más personas entraran en la iglesia, sino para que Dios fuese devuelto a Su lugar justo en las vidas y pensamientos de la gente.

Tal como en el problema de unidad de la iglesia, sus ideas sobre lo que ahora se conoce como 'psicología cristiana' probaron ser profundas y proféticas. Él no estaba en absoluto impresionado con el matrimonio entre la predicación bíblica y la psicología secular.

Hay una colección de sermones sobre el asunto en «*Depresión Espiri-*

tual: Causas y Curas», publicada por primera vez en 1965. La obra apunta a la suficiencia de Cristo en la vida del creyente y concluye con estas palabras: «Yo hago lo máximo que puedo, pero Él controla el suministro y el poder, Él lo infunde. Él es el médico celestial y Él conoce cada variación en mi condición. Él ve mi compleción. Él siente mi pulso. Él conoce... todo. 'Así es', dice Pablo, 'y por consiguiente todo lo puedo a través de Aquel que constantemente me está infundiendo fuerza'... Él nos conoce mejor de lo que nosotros mismos nos conocemos, y según nuestra necesidad, así será nuestro suministro».

A principios de los 60's, el doctor inició una serie de mensajes sobre el evangelio de Juan. Su intención en ellos no fue una exposición verso por verso como era habitual, sino una búsqueda del significado esencial de la certeza y la llenura del Espíritu Santo.

A principios de 1968, en su 68° año, Lloyd-Jones tuvo una operación importante y, aunque se recuperó por completo, decidió que después de 30 años en Westminster había llegado el tiempo de retirarse como ministro.

Su ministerio había sido muy bendecido por Dios. Había habido un arroyo constante de conversiones, muchas notables y, sobre todo, a una amplia variedad de personas de toda condición social se le había enseñado la anchura y la profundidad de la doctrina cristiana. En la Capilla había soldados de los cercanos cuarteles de Wellington Barracks, trabajadores de los hoteles y restaurantes del oeste, enfermeras de los grandes hospitales,

Él no creía que las barreras sectarias debían separar a aquéllos que tenían una verdadera fe en común.

actores y actrices de teatros del oeste-extremo, sirvientes civiles menores y mayores de Whitehall, y desempleados crónicos provenientes del hostel del Ejército de Salvación.

La Capilla siempre estaba llena de estudiantes, especialmente extranjeros, entre los que estaba el ahora Presidente Moi de Kenya. La Iglesia china asistía en la mañana y muchos Hermanos de Plymouth por la tarde. Cuando los Hermanos Exclusivos se dividieron, muchos de los que vivían en Londres vinieron a la Capilla de Westminster. Y había, por supuesto, muchos profesionales, maestros, abogados, contadores y quizás más de algunos de aquéllos que tenían alguna deficiencia mental.

Gente de todo tipo y condición venía a verlo después en la sacristía, donde él pasaría horas pacientemente escuchando y sabiamente aconsejando. Uno de ellos ha escrito: 'Yo tengo un recuerdo encantador de ir a él en una necesidad personal profunda, todavía muy asustado de su manera pública formidable. Su apacibilidad y atractiva bondad, unidas a un consejo simple y recto, ganaron mi corazón. Su cerebro y brillantez como

predicador le hacen digno de respeto y admiración; ese otro lado más manso, que conocí en privado, hace a uno amarle’.

En 1977 él habló sobre la diferencia en el método de Pablo de ayudar a los cristianos y aquello que se estaba popularizando con el nombre de consejería. Su convicción era de que mucho de lo que pasa como psicológico era realmente espiritual. Lloyd-Jones vio el púlpito como el enfoque de verdadero ‘Cristian counselling’. Eso no significa que él estuviera desinteresado de su gente y de sus problemas. Nada podía estar más lejos de aquello. Él ocupaba muchas horas en el consejo personal y la dirección bíblica.

Actividades finales

En los 12 años posteriores a su jubilación él continuó con la Conferencia de Westminster y dedicó mucho tiempo a dar consejo a otros ministros, contestar cartas y hablar eternamente por teléfono. Libre de la rígida rutina de los domingos en Westminster, él pudo entonces dedicarse a los compromisos externos que él había tomado como ministro, sobre todo ocupando los fines de semana en causas pequeñas y remotas que él amaba animar. Él viajó de nuevo a Europa y los Estados Unidos, pero rehusó nuevas y reiteradas invitaciones a otros países.

Lloyd-Jones tenía un hogar muy feliz que estaba abierto cada Navidad

a los miembros de la iglesia que no tenían otro sitio adonde ir. En su jubilación él solía incitar a sus nietos mayores con algún argumento. Ellos eran como cachorros jóvenes yendo por un león viejo, atreviéndose donde nadie más se atrevería, vueltos atrás por un gruñido, pero volviendo a saltar en seguida.

En 1979, la enfermedad regresó, y tuvo que cancelar todos sus compromisos. Él aún anhelaba predicar de nuevo. Él había visto a muchos hombres seguir después de que ellos debían haber parado. En la primavera de 1980 pudo empezar de nuevo, pero una visita al Hospital en mayo reveló que su enfermedad exigía un tratamiento más severo que le impediría predicar. Entre las agotadoras sesiones en el hospital, que él enfrentó con valor y dignidad, continuó trabajando en sus manuscritos y dando consejo a ministros, pero en Navidad él estaba demasiado débil para esto. Al final, sin embargo, pudo pasarse tiempo con su biógrafo (su ayudante anterior, Ian Murray).

Hacia fines de febrero de 1981, con gran paz y confiada esperanza, él creyó que su obra terrenal estaba hecha. Dijo a su familia inmediata: ‘No oren por sanidad, no traten de retenerme de la gloria’.

El 1 de marzo, el Día del Señor, él pasó a la gloria de la cual tan a menudo había predicado, para encontrarse con el Salvador al cual había proclamado tan fielmente.

* * *

Jeremías

A. T. Pierson

Palabra clave: Advertencia

Versículo clave 7:28, 46:1

Este libro, de vehemente reprensión a Judá y predicción contra naciones gentiles, es el toque de trompeta de un reformador a los oídos de un pueblo perverso, a quien son dirigidos veinte capítulos de argumentación y apelaciones, que fueron, sin embargo, en vano. Aquí aparece el Mesías como el Renuevo, el Rey en el trono de David, Jehová justicia nuestra, y tipológicamente en la propia persona de Jeremías, cuyo mensaje de arrepentimiento y salvación fue rechazado.

Judá necesitaba oír la voz de advertencia. A la muerte de Josías siguió la decadencia. Incluso los mismos sacerdotes y profetas fueron manchados con el paganismo, la vida licenciosa y corrupción. Poco a poco fueron surgiendo *Ritos supersticiosos*: adoración a la «reina del cielo» con tortas de *Ishtar* (Jr. 7:12, 18; 44:18-26) y sacrificios humanos a Moloc.

Jeremías, llamado cuando aún era joven, sostuvo el cetro profético por más de cuarenta años, 628-586 a. C. Casi cien años lo separan de Isaías. Sus advertencias y reprensiones, aunque suavizadas con tiernas súplicas, no sirvieron de nada. Joaquín quemó el rollo de la profecía que había escrito e intentó quitarle la vida. Zedequías en vano fue advertido sobre el inminente cautiverio. Destaca la grandeza de su carácter transparente en su fidelidad sin temor y en su pasión por las almas. Prefirió ser infamado, perseguido,

lanzado al calabozo y morir, en vez de retroceder un paso de la verdad. A pesar de su heroísmo y manse-dumbre, fue odiado por sus osadas reprensiones. Estaba en un calabozo cuando Nabucodonosor tomó Jerusalén; fue a Egipto con el remanente, y, según la tradición, allí fue apedreado por sus propios compatriotas.

DIVISIONES:

1) Jeremías 1-38. Profecías, etc., respecto a Judá, hasta la invasión de los caldeos.

2) Jeremías 39-44. Profecía e historia después de la caída de Jerusalén.

3) Jeremías 46-51. Profecías contra Egipto, Filistea, Moab, Amón, Edom, Damasco, Cedar, Hazor, Elam y Babilonia. El capítulo 45 es un fragmento aparentemente fuera de lugar, y el capítulo 52 es un apéndice.

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico, con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

Símbolos y tipos del Antiguo Testamento (6)

A. B. Simpson

El sacrificio de Abel

En los dos hijos de Adán y Eva la naturaleza humana se ramificó en sus dos grandes familias, y estas dos razas han venido llenando desde entonces la historia de la vida humana.

El primogénito era, y es todavía, según la carne. El tipo de la fe y la vida espiritual vino después, conforme al orden inspirado, que «lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual». Como la simien-

te espiritual todavía suele ser, Abel era de naturaleza débil; su mismo nombre significa «aliento» y parece expresar la idea de debilidad, nombre que probablemente le pareció apropiado a su decepcionada madre en la flaqueza de su hijo.

El oficio que eligió, pastor, indica quizá un espíritu quieto y reflexivo, libre de las ambiciones burdas del mundo; y le pone en la misma línea de Abraham, David y otros elegidos de Dios, y hace de él un tipo apropiado

do del Gran Pastor a quien va a preferir luego con su propia muerte. Él es el primer ejemplo definido en las Santas Escrituras del rito de la adoración sacrificial y es mencionado en este sentido en la Epístola a los Hebreos como el primer tipo de fe justificadora.

No hay duda que la institución del sacrificio ya había sido dada a nuestros primeros padres, pero fue Abel el primero a quien contemplamos llevando su cordero a las puertas del Edén, y presentando su víctima ensangrentada ante el divino altar bajo las alas protectoras del querubín. *«Por fe», se nos dice, «Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella».*

El sacrificio de Abel, pues, nos habla a través de seis mil años, como la

las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza».

1. El sacrificio de Abel fue un tipo de la muerte expiatoria de Cristo, y sin duda él la comprendió como la base de su personal aceptación como pecador a la vista de Dios. El lenguaje usado con respecto a esto en Génesis 4 parece identificarlo con la ofrenda del pecado y la ofrenda de paz de las ordenanzas mosaicas ulteriores. Las palabras de Dios a Caín en el versículo 7, que pueden ser traducidas: «Una ofrenda por el pecado está a tu puerta», parece dar este significado al sacrificio de Abel; y la referencia a la «gordura» en el versículo 4 identifica claramente este sacrificio con la ofrenda de paz de Levítico, en la cual la grasa o sebo era ofrecido especialmente a Dios como representando su parte en la ofrenda de Cristo.

Estas dos ofrendas expresan con gran viveza y hermosura el efecto de

Fue Abel el primero a quien contemplamos llevando su cordero a las puertas del Edén, y presentando su víctima ensangrentada ante el divino altar.

nota clave del Evangelio de la Redención.

Hay otras voces que han hablado desde entonces, pero la suya será la primera, para siempre. Su vida fue breve y simple, pero este acto fue suficiente para colocar testimonio a la cabecera de la nube de testigos y darle el lugar más prominente, por toda la eternidad, en el coro que entonará alrededor del trono: *«El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder,*

la muerte de Cristo en la expiación plena de nuestros pecados y su anulación, que efectúa nuestra reconciliación y nos lleva a la comunión con Dios. La idea específica de la ofrenda de paz era la de una fiesta de comunión entre Dios y el pecador. Simbólicamente, él se alimentaba del sebo del sacrificio y el pecador de la carne, en tanto que la sangre hacía expiación y quitaba de en medio la culpa y la conciencia del pecado.

No sabemos hasta qué punto estos detalles fueron revelados a Abel, pero sí es cierto que presentó su cordero como una expresión de fe simple en la expiación de Jesucristo y quedó justificado por ella precisamente como lo somos nosotros bajo el Evangelio.

2. La parte de Abel era su reconocimiento del pecado, y el que se arrojara al estrado de la misericordia como un hombre perdido y culpable, que no merece nada más que el juicio de Dios y el mismo sufrimiento y muerte que ha presenciado en la víctima inocente que hay delante de sus ojos. Esto fue lo que Caín se negó a hacer, y la razón real por la que la naturaleza humana, desde entonces, ha rehusado aceptar la doctrina de la Cruz de Cristo, y la ha hallado ofensiva.

Es la confesión humillante de que estamos perdidos y somos culpables. El hombre no quiere someterse a esto en tanto pueda vindicarse o contribuir a justificarse a sí mismo; por tanto, la convicción de pecado y la penitencia profunda están implicadas en la verdadera fe en Cristo, y forman el primer estado de la obra salvadora del Espíritu Santo en nuestro corazón.

Y por ello, en cada etapa, la humanidad más profunda sigue el paso de la confianza más elevada, y la cruz de Cristo es el principal instrumento de Dios para convencernos de pecado y crucificarnos a nosotros mismos así como al mundo. Ningún alma puede ver a su Salvador hasta que ve su pecado, y entonces verá y

sentirá más profundamente su pecado cuando contempla a su Salvador. Hemos de ocupar el lugar del publicano antes de que podamos ser perdonados. La única base para creer es que estemos al pie de la cruz de rodillas clamando penitentes: «Dios, sé propicio a mí, pecador».

3. El acto de Abel fue un acto de obediencia y sumisión al plan de misericordia revelado por Dios, ya que sin duda había sido dado a conocer a nuestros primeros padres a partir de la caída. Éste era el evangelio de aquellos días primitivos, y al recibirlo, Abel hizo exactamente lo que se le había mandado que hiciera y que se nos manda a nosotros que hagamos ahora, y lo que Caín y toda su raza se han negado a hacer por orgullo e incredulidad. «*Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree*» (Rom. 10:3-4). Abel no se entretuvo a razonar sobre el asunto, sino que simplemente acudió en la forma que Dios le había indicado, y fue aceptado.

Esto es fe, y todo lo demás es incredulidad. Caín trató de hallar un camino suyo propio, y pereció. Naamán pensó que las aguas de los ríos Abana y Farfar de Damasco eran tan buenas como las del Jordán, y él también habría perecido si no hubiera obedecido las instrucciones de Dios, cosa que hizo después. Los fariseos eran de la misma raza, y por su orgullo e incredulidad perdieron la salvación de su propio Mesías. Y así

hoy, hay dos clases de personas también que van en direcciones opuestas: la una siguiendo su propio camino, y la otra sometiéndose al camino de Dios. ¿En dónde te encuentras tú? Reduzcamos nuestros corazones implícitamente a la obediencia de la fe, sometámonos a su juicio como pecadores condenados y luego a su gracia como pecadores perdonados, y así podemos reclamar no sólo su misericordia, sino su justicia y su fidelidad que nos reivindicarán cuando nos hallamos en el lugar que él ha dicho nos corresponde, y nos acercamos a él en la forma designada por él.

4. Nos dice el apóstol que el sacrificio de Abel implicaba todavía otro elemento; a saber, creyó que era justificado y justo por los méritos de su ofrenda. No sólo creyó que era un pecador, sino que creyó con la misma fuerza, que era un pecador perdonado. No sólo ocupó el lugar de la condenación ante la palabra de Dios, sino que se levantó al lugar de la aceptación y la filiación. «*Por la fe ... alcanzó testimonio de que era justo*». La fe no debe detenerse en el ruego del penitente, sino que ha de elevarse al cántico del perdonado: «Oh, Señor, te alabaré; tú estabas enojado conmigo; tu ira se ha apartado, y tú me consuelas. He aquí, Dios de mi salvación, confiaré y no temeré». No hay presunción en esto, es simplemente hacer honor a la propia palabra de Dios, y él se complace más en ello que en nuestras lágrimas y ruegos después que hemos reclamado la promesa y la sangre. Su palabra absoluta es: «*Si confesamos nuestros peca-*

dos, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad». El hecho de no creer, o sea, no fiarnos de esto, le hace a Dios mentiroso y añade este pecado de incredulidad a los que ya estamos confesando. No habría sido humildad por parte del hijo pródigo el que se hubiera escurrido a la cocina o al establo después de que su padre le había abrazado con lágrimas de reconciliación.

El buen Francisco de Sales recibió la visita de un pecador tembloroso, el cual le contó con lágrimas amargas la maldad infamante de su vida. El buen hombre escuchó y luego, arrojándose con el penitente, reclamó el perdón divino en unas simples palabras de confianza, y luego, volviéndose al penitente, le dijo: «Ahora, querido hermano, ¿quieres orar por mí y bendecirme?».

El hombre se quedó atónito. «¿Bendecirte?», le replicó con profunda humildad, «¿cómo puede un vil pecador como yo atreverse a bendecir a un santo como tú?». «¿Cómo, querido hermano?», replicó el buen santo. «Ya no eres un vil pecador; ¿no has sido lavado en la sangre y vestido con la túnica inmaculada del Cordero, más recientemente incluso que yo, y con la misma perfección que yo? Por tanto, quiero recibir el primer toque de tu bendición».

El hombre se dio cuenta inmediatamente de la posición que Dios requería que adoptara, y, temblando por el mismo gozo que sentía, se atrevió a reclamar su lugar como un hijo del amor infinito y eterno.

Sí, ésta es verdaderamente nues-

tra posición. «con la cual nos hizo aceptos en el Amado». ¡Oh qué transformación! ¡Qué milagro de divina transición! Un momento antes perdido, ahora salvado; antes hijo de ira, ahora hijo de Dios; en la misma hora, culpable de sangre y blanco como la nieve. ¡Oh! ¿has reclamado tu lugar? ¿Has aceptado este don inefable?

Abel llegó a conocer esto simplemente creyendo. No hay duda, sin embargo, que Dios añadió, después que hubo creído, una muestra visible de la aceptación de su sacrificio, según se expresa en las palabras. «Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda». Lo mismo, nuestra fe en la promesa de Cristo es también sellada por el testimonio de Dios y el sello del Espíritu Santo en el corazón, y también por el nuevo lugar de amor, honor y bendición al que Dios al instante nos exalta.

Esto se expresa con la palabra 'agrado'. Dios nos trata con respeto divino. En el momento en que nos unimos a Cristo, somos objeto de la más elevada consideración por parte de Dios; nos concede la consideración que da a su propio Hijo; nuestras

personas, nuestras oraciones, y todos nuestros intereses pasan a ser infinitamente importantes para él, y todo ángel del cielo se siente orgulloso de ministrar para nuestro bienestar y estar a la expectativa de sus órdenes a favor de sus hijos e hijas. ¡Oh, a qué lugar de honor y dignidad nos ha llevado Cristo! «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios».

5. Pero Abel también tuvo que sufrir por su fe. Le costó la vida. No sólo fue el primer testigo de la fe, sino también el primer mártir por Jesús; y, por ello, se usa la misma palabra para 'testigo' y 'mártir', que es igual en la lengua griega en el capítulo 11 de Hebreos.

Con frecuencia, nuestro testimonio a favor de Cristo tiene que ser por medio del sufrimiento y algunas veces mediante la muerte. Aunque nos gozamos en los honores de nuestra elevada vocación, seamos fieles también en nuestro testimonio, para que no sólo en vida, sino también «ya muertos» podamos seguir hablando, según dice de Abel el apóstol.

(Continuará)

* * *

Lecciones de un embajador

- * Un embajador es un representante.
- * Un embajador es un extraño en el país en que está viviendo.
- * Un embajador es solamente un residente temporal en el país en que vive.
- * Un embajador siempre tiene en mente aquél a quien sirve.
- * Un embajador ayudará a aquellos que desean emigrar a su país.

"Así que, somos embajadores en nombre de Cristo..." (2 Co. 5:20).

La Epístola a los Hebreos.

FOTO: CURITIBA (BRASIL)

Viendo a Cristo como nuestro apóstol y sumo sacerdote (2)

Stephen Kaung

Cristo, nuestro sumo sacerdote

Después de haber visto a Cristo como nuestro apóstol, descubrimos que la mayor parte del libro de Hebreos nos va a mostrar a Cristo como nuestro sumo sacerdote.

Puedo entender por qué el escritor de la epístola a los Hebreos ocupa más tiempo en este asunto, porque tengo la misma dificultad de los hermanos a quienes se dirigió esta carta: Veo relativamente fácil conocer a Cristo como nuestro apóstol, pero conocerle como nuestro sumo sacerdote

me parece un poco vago. Conocerle como nuestro apóstol es el fundamento, pero conocerle como nuestro sumo sacerdote es la edificación.

Un apóstol es alguien enviado por Dios hasta nosotros. Un sumo sacerdote es alguien escogido de entre los hombres para ir delante de Dios. Cristo, como apóstol, representa a Dios para nosotros sobre la tierra; pero como sumo sacerdote, él representa a los hombres delante de Dios en el cielo. Como apóstol, él trae a

Aunque seamos sacudidos, la paja está siendo removida, pero el grano de trigo está siendo purificado.

Dios hacia nosotros; como nuestro sumo sacerdote, él nos lleva hasta Dios. Este doble ministerio no puede considerarse por separado.

Cuando el Señor Jesús concluyó la obra de redención en la cruz del Calvario, estuvo sepultado por tres días, y después de eso fue resucitado de entre los muertos. Se apareció a los discípulos por cuarenta días, luego fue arrebatado y llevado a los cielos, y se sentó a la diestra de Dios Padre. Y algo sucedió en los cielos: Él fue ungido por Dios. En el día de Pentecostés, el apóstol Pedro y luego los once apóstoles testificaron que a este Jesús, que había sido crucificado, Dios le había exaltado como Señor y Cristo. Es por esa razón que el Espíritu Santo fue derramado sobre ellos.

Si leemos el Salmo 110, descubriremos que después de haber ascendido, el Señor fue ungido por Dios como sumo sacerdote según el orden de Melquisedec. Ese cuadro se encuentra en otro capítulo del libro de Salmos en el cual está escrito: *«Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, la barba de Aarón, y baja hasta el borde de sus vestiduras»* (Sal. 133:2).

Antiguamente, la unción de un

sumo sacerdote descendía por todo el cuerpo. El óleo representa al Espíritu Santo. Por tanto, cuando nuestro Señor Jesús ascendió a los cielos, recibió del Padre el Espíritu Santo, y derramó el Espíritu Santo sobre la tierra. En aquel momento, él fue ungido como nuestro sumo sacerdote, según el orden de Melquisedec.

En un sentido, la obra de nuestro Señor Jesús como apóstol está concluida en la cruz. Él dijo: *«Consumado es»*. Es por ese motivo que él está sentado a la diestra de Dios. Pero no pensemos que el Señor Jesús está sentado simplemente sin hacer nada, esperando que pase el tiempo. Una fase de su ministerio fue concluida, mas la otra fase recién comenzó. Nuestro Señor Jesús está trabajando intensamente en el cielo. *«...por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos»* (Heb. 7:25).

Si nuestro Señor Jesús no fuese un sumo sacerdote hoy, nosotros no podríamos ser bendecidos con ninguna de las bendiciones en las regiones celestiales en Cristo Jesús. No podríamos ser cristianos y, mucho menos, vivir una vida cristiana. Nosotros no somos capaces; es imposible para nosotros mismos. Todo ello sólo es posible porque hoy nuestro Señor Jesucristo es nuestro sumo sacerdote.

Las credenciales de Cristo como sumo sacerdote

¿Cuál es su credencial como nuestro sumo sacerdote? Él es nuestro sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.

Melquisedec es mencionado en la Biblia sólo tres veces y, su historia se registra sólo en el capítulo 14 de Génesis. Abraham derrotó a cuatro reyes, libertó a su sobrino Lot y regresó al valle de los reyes. Allí se encontró con Melquisedec, cuyo nombre significa Rey de justicia. Él era el rey de Salem, o Rey de paz, y fue al encuentro de Abraham con pan y vino. Melquisedec bendijo a Abraham en nombre del Dios Altísimo, porque él era sacerdote del Dios Altísimo, y Abraham le dio la décima parte de todo lo que poseía. En términos históricos, esto es todo lo que se sabe de Melquisedec.

La tierra de Canaán era ocupada por siete tribus inicuas, las cuales representaban las fuerzas malignas. Sin embargo, en esa región había un lugar llamado Salem (o sea, Jerusalén), y el rey de Jerusalén era rey de justicia en medio de toda aquella idolatría e iniquidad. Él era sumo sacerdote del Dios Altísimo. ¡Qué hecho maravilloso! Dios tiene su testimonio en todo lugar, aun en un lugar como aquél. El sumo sacerdote vino para bendecir a Abraham y, sin duda alguna, el mayor bendice al menor.

Melquisedec es mencionado por segunda vez en el capítulo 110 de los Salmos. Habían pasado mil años, y el salmista, por inspiración divina, dice que un día el Mesías será ungido rey. *«Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies»*. Luego dice: *«Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec»*. Pasaron otros mil años, y llegamos al libro de Hebreos, donde Melquisedec es mencio-

nado otra vez: *«...este Melquisedec ... que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios...»*.

Hermanos, no pensemos que Melquisedec es un personaje ficticio. Él fue una persona real que vivió en la misma época que Abraham. Y es obvio que Melquisedec tuvo un comienzo y un fin, pero el Espíritu Santo no menciona nada sobre su nacimiento y muerte, porque él deseaba utilizar a Melquisedec como un tipo de Cristo, el sumo sacerdote. Al omitir el nacimiento y la muerte de Melquisedec, puede ser usado para representar a Cristo como sumo sacerdote.

Ahora, ¿qué es el orden de Melquisedec? ¿En qué sentido ese orden es distinto del orden del sacerdocio levítico? Hay una gran diferencia: El orden levítico escoge hombres como sacerdotes, mas el orden de Melquisedec tiene al Hijo como sumo sacerdote. El orden levítico escoge hombres débiles, mortales, mas el orden de Melquisedec escoge al Dios inmortal como sacerdote.

En el orden levítico, los sacerdotes mueren, y a causa de eso, el sacerdote cambia constantemente; pero en el orden de Melquisedec, el sacerdote nunca cambia, pues vive para siempre. Él es sacerdote según el poder de una vida indestructible.

En el orden levítico, ellos mismos eran débiles, y por eso simpatizaban con los débiles. En el orden de Melquisedec, Jesucristo vino a este mundo a fin de ser un hombre, para ser tentado en todas las cosas, mas sin pecado, de modo que él pudo

simpatizar con nosotros. Sin embargo, él no sólo simpatizaba con nosotros, sino que fue constituido sacerdote según el poder de una vida indestructible; por tanto, él puede salvarnos total y enteramente.

¿Conocemos nosotros a nuestro Señor como nuestro sumo sacerdote? Seamos conscientes o no de ello, nosotros somos hoy lo que somos por causa de su ministerio como sumo sacerdote. ¡Pero cuánto mejor es para nosotros cuando somos conscientes de esa verdad! Cuanto más le conocemos como nuestro sumo sacerdote, mejor podemos conocer la total y completa salvación que él es capaz de efectuar.

La obra de Jesucristo como sumo sacerdote

Sacrificio

¿Cuáles eran los deberes de un sacerdote? La primera cosa que un sacerdote debía hacer era ofrecer sacrificios. Una vez al año, él llevaba la sangre de los toros y machos cabríos hasta el trono de misericordia de Dios a través del velo. Él rociaba la sangre a fin de hacer propiciación por los pecados de la nación.

Nuestro Señor Jesús es nuestro sumo sacerdote. Entonces, si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de una novilla esparcidas sobre los contaminados los purifica, ¡cuánto más, cuánto mejor y más completamente nos santifica nuestro Señor Jesús, quien por el Espíritu eterno ofreció a Dios su cuerpo sin mancha! Una vez y para siempre, él obtuvo íntegramente nuestra eterna redención. Porque al ofrecerse a sí

mismo a Dios, una sola vez, como sacrificio, hizo perfectos para siempre a los santificados.

Cuando nuestro Señor Jesucristo subió a los cielos, él se presentó a sí mismo, presentó su sangre delante del Padre (pero no debemos pensar en eso en términos físicos). Y esta sangre habla eternamente a nuestro favor. Lo que él obtuvo es una redención eterna.

Todos nuestros pecados y nuestra vida pasada son perdonados. Pero, ¿no es verdad que, en nuestra vida diaria, a causa de nuestras debilidades y descuidos, nosotros aún fallamos, aún pecamos y caemos? ¿Qué sucederá, entonces, si nosotros pecamos?

¿Saben ustedes por qué surgió el bautismo por aspersion en el Cristianismo? En los primeros días de la iglesia el bautismo era por inmersión. Sin embargo, un poco más tarde, surgió una teoría bastante extraña; llamo a eso teoría (y no teología), según la cual todos nuestros pecados son lavados en el momento de nuestro bautismo, pero los pecados cometidos después del bautismo serían muy difíciles de ser tratados.

A causa de eso, las personas retrasaban al máximo su bautismo, y recién cuando estaban a las puertas de la muerte, querían ser bautizados. Pero estando ya en su lecho de muerte no podían ser sumergidos, por eso se les rociaba. Esas personas no lograban ver la eficacia eterna del sacrificio, de la sangre del Señor Jesús, la cual es perpetua y perfecta.

«Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pe-

cados, y limpiarnos de toda maldad» (1ª Juan 1:9). Dios es justo, y si nosotros confesamos nuestros pecados, eso es algo muy bueno. Él no necesita torturarnos a fin de que confesemos nuestros pecados para, después de eso, condenarnos. Pero si tú los confiesas, Dios es justo, porque él ya aceptó una única vez a su amado Hijo como ofrenda por el pecado.

Dios llevó a su propio Hijo a la cruz. El precio está pagado, la sentencia fue ejecutada. Por tanto, siendo Dios justo, él no puede ejecutarlos nuevamente. Si así lo hiciera, él estaría siendo injusto. Él es fiel, y eso significa que la sangre del Señor Jesús selló un nuevo pacto. Por eso, si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda nuestra injusticia.

Vuelvo a preguntar: Si no fuese por su ministerio como nuestro sumo sacerdote, ¿cómo podríamos vivir la vida cristiana? Estaríamos bajo culpa todos los días de nuestra vida. ¡No podríamos vivir! Mas, gracias a Dios, Jesucristo es nuestro sumo sacerdote.

Intercesión

El trabajo del sumo sacerdote es interceder. El sumo sacerdote entraba al Lugar santísimo no sólo para ofrecer sacrificio, sino también para orar por la nación. Cuando él salía de allí, podía bendecir a las personas.

¿Qué está haciendo nuestro Señor Jesús hoy? Está sentado a la diestra del Padre, intercediendo por nosotros. Él lleva mi causa y tu causa para presentarlas delante del Padre, tomando como base aquello que él mis-

mo hizo por nosotros. Él es una gran garantía y, al mismo tiempo, el mediador del Nuevo Pacto. Es como si él estuviese diciendo al Padre: «Padre, este hijo tuyo pecó, pero yo derramé mi sangre. Yo soy el aval, el fiador del Nuevo Pacto, y de acuerdo con esta nueva alianza, tú, Padre, le perdonarás sus pecados. Tú no sólo perdonas tus pecados, sino que los olvidas». ¡Y el Padre lo hace!

Es como si nuestro Señor Jesús estuviese presentando nuestras debilidades al Padre, diciendo: «Padre, tus hijos son débiles; ellos no conocen tu voluntad, pero recuerda que yo soy el mediador del Nuevo Pacto; yo voy a proveer y a derramar sobre tus hijos los beneficios, las bendiciones del Nuevo Pacto, a fin de que ellos puedan vivir por mi vida de resurrección, a fin de que ellos puedan ser vencedores».

Cuando nuestro Señor Jesús estuvo aquí en la tierra, él intercedió por Pedro, y eso sirve como ilustración del ministerio sacerdotal del Señor Jesús. Cuando Pedro dijo: «Aunque los demás huyan, yo iré contigo, aunque eso me signifique la muerte», nuestro Señor Jesús le dijo: «*Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti...*».

Amados hermanos, ¡eso es algo maravilloso! Satanás no puede hacer cosa alguna a un hijo de Dios sin el consentimiento de Dios. Y por extraño que parezca, a veces Dios lo permite – claro que él tiene un motivo para ello. Pedro no se conocía a sí mismo, estaba lleno de confianza en sí mismo. A causa de eso, Dios usó a

Satanás para sacudirlo de modo que la paja pudiese ser removida y Pedro fuese purificado.

Satanás reclamó a Pedro, pero nuestro Señor lo reclamó también. «...pero yo he rogado por ti...». «Yo he intercedido por ti ante el Padre para que no pierdas tu fe, sino al contrario, para que tu fe sea purificada y puedas confirmar a tus hermanos».

Tampoco nosotros nos conocemos a nosotros mismos, pero él nos conoce. Él conoce todas las cosas, y es por su intercesión que nosotros somos guardados. ¡Cuán poderosa es su intercesión! ¿Dónde estaríamos nosotros sin ella? Seríamos zarandeados. Mas, gracias a Dios por su intercesión. Aunque seamos sacudidos, la paja está siendo removida, pero el grano de trigo está siendo purificado.

Ofreciendo dones a Dios

Un sumo sacerdote no sólo ofrece sacrificios a Dios, él también ofrece dones. Hay una diferencia entre sacrificios y dones. Antes de todo, nuestro Señor Jesús se ofreció a sí mismo como un verdadero don. ¡Oh, hermanos, cuán agradable fue él al Padre! Él es el holocausto, la ofrenda quemada.

La ofrenda quemada es, en verdad, más un don que un sacrificio, porque es una ofrenda voluntaria, una ofrenda total. Representa una vida totalmente consagrada, y eso satisface a Dios. Siendo así, por el hecho de ser nuestro sumo sacerdote, él nos presenta a Dios. En el capítulo 12 de Romanos está escrito: «...que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo...». ¿Cómo podemos presentar-

nos así, a menos que nos presentemos en Cristo?

Hoy podemos presentar nuestros cuerpos en sacrificio vivo, y el Padre queda satisfecho. Hoy podemos orar, y él mezcla nuestras oraciones con incienso, de modo que nuestra oración se hace aceptable. No pensemos que nuestra oración es muy poderosa; es muy débil, es casi nada, pero nuestro Señor le agrega su incienso, le agrega sus méritos. Él le adiciona su oración, y eso torna poderosa nuestra oración.

Él nos capacita para alabarle y adorarle; él nos capacita para servir a Dios. En eso consiste el presentarnos a Dios como dones. Todo es realizado a través de nuestro Señor Jesucristo. Sin él, nuestro servicio no es acepto. Sin él, nuestra alabanza y adoración no son aceptas. Sin él, nuestras oraciones no serán oídas y nuestra consagración no tendrá significado alguno.

Experimentando a Cristo como nuestro sumo sacerdote

¿Cómo podemos experimentar a nuestro Señor Jesús como nuestro sumo sacerdote? Nuestro problema es que él está en los cielos y nosotros estamos en la tierra. Sabemos que él está orando, intercediendo, por nosotros. Sabemos que él está ejerciendo su función sacerdotal, pero ¿cómo podemos entrar en ese conocimiento íntimo, experimental, de Cristo como nuestro sumo sacerdote?

Yo creo que el secreto, la clave, que nos da acceso a ese conocimiento reside en el siguiente hecho: Antes de que el Señor fuese a los cielos, él dijo a sus discípulos: «Yo iré, pero les en-

viaré otro Consolador». El Señor mismo es, en verdad, el Consolador, aquel que nos fortalece y nos guarda. Pero él dice: «Les enviaré otro Consolador». Otro de la misma especie. «El Espíritu Santo vendrá y morará en ustedes. Nunca los dejará ni los abandonará».

El Espíritu Santo en ti nunca te representa a ti mismo; él es el representante de Cristo. Cristo en los cielos te representa a ti, y el Espíritu Santo en ti representa a Cristo. Es exactamente de esa forma que funciona el ministerio de Cristo, nuestro sumo sacerdote. A medida que él intercede, el Espíritu Santo obra en ti.

El Espíritu Santo convence, enseña, guía, conduce, constriñe, restringe, da poder y capacita. Toda la operación del Espíritu Santo en nuestra vida ocurre de acuerdo con el ministerio de nuestro Señor Jesús como nuestro sumo sacerdote. Si nosotros conocemos eso, entonces el Señor, como nuestro sumo sacerdote, será muy real en cada instante de nuestra vida diaria.

Si no conocemos al Espíritu Santo, ¿cómo podremos vivir una vida cristiana? Si no conocemos al Espíritu Santo, ¿cómo podremos conocer a Cristo como nuestro sumo sacerdote? El Espíritu Santo en nosotros tiene como objetivo glorificar a Cristo. Es él quien va a transformarnos y conformarnos a imagen de Cristo.

La obra del Espíritu Santo se basa en la obra de Cristo. Por tanto, recuerden que lo que nos hace experimentar a Cristo como nuestro sumo

sacerdote es la operación del Espíritu Santo. Es por esa razón que Pablo, cuando estaba en Éfeso, preguntó a los doce discípulos de Juan: «¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?». En otras palabras, Pablo estaba diciendo: «Si ustedes no tienen el Espíritu Santo, ¿cómo es posible que sean cristianos?».

Todo aquel que cree en el Señor Jesús tiene al Espíritu Santo morando en sí mismo, y el Espíritu Santo estará en el creyente representando a Cristo como nuestro sumo sacerdote. Es como si el Señor en los cielos dijese: «Veo en este hijo mío algo que no está correcto; él necesita ser convencido». Y el Espíritu Santo convence. Nuestro Señor Jesús ora diciendo: «Veo que este hijo mío está en tinieblas; él necesita luz». Y a medida que él ora, el Espíritu Santo nos trae luz.

Es por eso que afirmamos que, sin el Señor como nuestro sumo sacerdote, nosotros no podemos vivir. Mas, gracias a Dios, él es nuestro sumo sacerdote que intercede siempre por nosotros, de modo que puede salvar completamente a aquellos que se acercan a Dios a través de él.

Siendo así, hermanos, la epístola a los Hebreos en su totalidad tiene como objetivo capacitarnos para ver a Cristo como nuestro apóstol y nuestro sumo sacerdote. Y al verlo como apóstol y sumo sacerdote, acerquémonos al trono de la gracia en plena certidumbre de fe, conservemos firmes la confesión de esperanza hasta el fin y estimulémonos unos a otros al amor y a las buenas obras.

* * *

El Prototipo

Avanzado ya el sexto día de la creación, Dios decide hacer un alto. Lo que viene a continuación será la obra suprema, la corona de la creación, lo cual ameritaba un instante de reflexión. Lo mismo que cuando nosotros nos preparamos para realizar algo verdaderamente importante, Dios se detuvo. Y luego convoca a las personas de la Deidad para sostener un concejo.

"Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza" – dijo (Gén. 1:26). Aquí hay un acuerdo y una decisión. Y también hay un modelo, un prototipo.

Para crear todas las cosas no necesitó concejo alguno. Bastó que hablara y las cosas fueron creadas. Ahora es distinto. Hay una deliberación, un acuerdo.

Cuando Dios decidió crear el primer hombre estableció primero un modelo. No fue una creación improvisada – ninguna creación de Dios lo es. Mayormente tratándose del hombre. Entonces dijo que sería a su propia imagen y semejanza.

¿A quién habría de mirar Dios para "inspirarse" en lo que iba a hacer? A Aquel que es su propia imagen y semejanza, es decir al Hijo. *"Él es la imagen del Dios invisible"* (Col. 1:15). Es la imagen por cuanto muestra su forma de ser, y es su semejanza porque muestra su aspecto.

Aquí comenzó Dios a revelarse. Adán habría de mostrar algo acerca de la Deidad, y eso es su imagen y su semejanza. Pero Adán no es el prototipo, él es sólo una "copia", una réplica. El verdadero prototipo es Cristo.

Cuando Dios creó a Adán, usó un modelo, un molde. La honra de Adán –y del hombre– es mostrar al Hijo de Dios. Unos le muestran bien, muchos le muestran mal.

Sólo los que le tienen en el corazón pueden ir siendo transformados, desde adentro hacia fuera, hasta que sólo se vea Cristo, el prototipo que está adentro.

* * *

Endiosados y apedreados

Pablo y Bernabé llegan a Listra. Es esta una oscura ciudad que les sirve de refugio de la persecución que han sufrido hace poco en Iconio.

Recién llegados a Listra, Pablo y Bernabé sanan a un cojo de nacimiento, con lo cual despiertan la superstición del pueblo, que quiere ofrecer sacrificios en su honor, como si fuesen dioses. Ante tan portentoso milagro, ellos pensaron que los mismísimos Júpiter y Mercurio habían descendido en semejanza de hombres. Después de denodados esfuerzos, los apóstoles, *“difícilmente lograron impedir que la multitud les ofreciese sacrificio”*.

Al poco rato, llegaron unos judíos de Iconio, quienes rápidamente transformaron la adoración en furia en su contra. Pablo es apedreado y es arrojado fuera de la ciudad por muerto.

Lo ocurrido a los apóstoles en Listra no es nuevo. Moisés hubo de sufrir situaciones muy parecidas con el pueblo en el desierto. El Señor Jesús mayormente. Las multitudes que un día le aclamaban con ramas de palmeras, cuatro días después pedían su crucifixión. Es el pueblo tornadizo, manejado por las pasiones, y por las misteriosas fuerzas del mal.

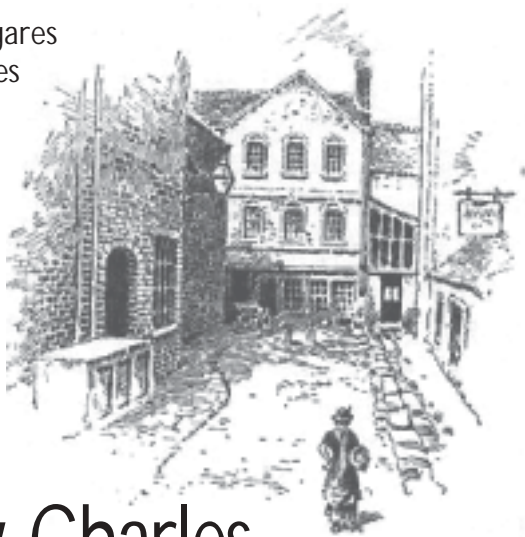
Pero ni Moisés, ni Pablo, ni el Señor Jesús reclamaron por ello. En este pasaje vemos que Pablo, una vez resucitado por los discípulos, siguió camino a Derbe, y poco tiempo después volvieron a Listra e Iconio *“confirmando los ánimos de los discípulos”*.

Nada de autoconmiseración, ni lágrimas, ni búsqueda de consuelo. Él estaba en condiciones de alentar a otros y decirles, simplemente: *“Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios”*.

Los sufrimientos en Listra bien valieron la pena. Allí surgió una iglesia, y de esa iglesia salió unos de los colaboradores más eminentes que tuvo Pablo: su amado hijo Timoteo.

* * *

¿Cómo fueron los hogares de los grandes hombres y mujeres de Dios del pasado?



La vida hogareña de John y Charles Wesley

Dennis Kenaston

Durante las primeras décadas del siglo XVIII, Inglaterra estaba muy abatida espiritualmente. De hecho, estaba en uno de sus épocas más bajas. Pecado del tipo más feo abundaba en cada nivel de la sociedad, y parecía que no había esperanza que la Iglesia pudiera despertar y detener su descenso hacia la iniquidad. Sin embargo, igual como Dios proveyó a Ana en los días de Israel, así hubo una «señora elegida»

en Epworth, Inglaterra, llamada Susana Wesley, quien se preocupó por sus hijos. Sin saberlo ella, Dios le guió a criar a un profeta y a un salmista, los que juntos despertarían a la nación, y además, al mundo entero.

Eso sucedió hace trescientos años y todavía sus voces se oyen en el cristianismo del siglo XXI. ¿Qué predicador no ha usado un dicho o un ejemplo de la vida de John Wesley? ¿Qué

asamblea de cristianos no ha cantado uno de los himnos de Charles? El impacto de las vidas de estos dos hombres es inconmensurable. Es claro que Dios en su previo conocimiento iba guiando y velando sobre el entrenamiento de ellos. En este estudio se quiere indagar sobre la vida hogareña de Samuel y Susana Wesley, padres de John y Charles.

Estudiando las genealogías de las dos ascendencias, de John y Charles, encontramos un carácter noble en las dos. Ambos linajes tuvieron personas que trabajaron en la obra de Dios, en la Inglaterra de aquellos tiempos. Y cada generación siguiente fue impactada por esto. Las controversias acerca de las prácticas de la «alta» iglesia, la no-conformidad y el estado espantoso de la iglesia en general fueron candentes. En el comedor tuvieron extensas charlas acerca de esos temas. Al morir, el abuelo de Samuel estaba muy triste a causa de las persecuciones que él y otras personas de su familia habían sufrido. Un tío de Samuel, llamado John, fue cazado como un zorro, fue echado a la cárcel varias veces y al fin murió de una enfermedad que las mismas persecuciones le provocaron— a los 34 años de edad. Se dijo que John, el hijo de Samuel, fue imagen de John, el tío de su padre, por su fogoso celo y energía.

En el linaje del lado de la madre, encontramos el mismo caso. El padre de Susana, el Sr. Annesley, fue muy conocido como predicador puritano. Sirvió en varias iglesias anglicanas hasta que las controversias acerca de la no-conformidad se

levantaron. Luego, se retiró de la iglesia-estado y se hizo puritano. Esto le costó mucho y tuvo que luchar constantemente durante sus 30 años siguientes. Muchos consideraron a este hombre igual al apóstol Pablo, y su forma de vida muestra claramente que era un puritano de mucha influencia. Por todo esto, los padres de John y Charles heredaron una gran carga acerca del avivamiento. La misma carga fue heredada a los hijos. Y, una vez entendido que Dios quería un avivamiento y una reforma en la iglesia, John y Charles se pusieron a la obra de todo corazón.

El padre de John y Charles

Samuel Wesley fue predicador en el pueblecito de Epworth, en la iglesia anglicana. Anteriormente había vivido en diferentes lugares; pero, en Epworth fue donde John y Charles se criaron. Samuel fue un hombre de disciplina y celo, regularmente estuvo bien firme en sus propias opiniones. Esta situación le provocó persecuciones y problemas que bien pudieron ser evitados, si se hubiera conducido con humildad. Con todo, las persecuciones que sufrió la familia prepararon a los hijos para las mismas, pues las habrían de sufrir en el futuro. Y el ejemplo paciente de su padre en los sufrimientos fortaleció a los hijos también.

Un rasgo que él y su esposa tenían en común fue la tenacidad en cuanto a no echar por tierra sus convicciones; y parece ser que los hijos heredaron lo mismo. Los dos valoraron el orden en su forma de vida; y así mismo fueron conocidos los hijos,

por sus vidas ordenadas. Estudiando el hogar de los Wesley, se nota que la tenacidad de los padres a veces les causó problemas, pues cualquier pareja dogmática que viva junta tendrá diferencias entre sí. Pero, a pesar de esto, no desistiendo en nada, la madre se dio a la tarea de criar a sus hijos y a manejar la casa de Samuel.

Samuel fue autor y pastor, y a causa de las frecuentes visitas que hacía, estuvo muy ocupado. Siendo de naturaleza compasiva, se dio a conocer por sus numerosas visitas a las cárceles. Pagó los costos de su educación universitaria, viviendo felizmente en la pobreza a razón de esto.

También fue poeta; escribió poesía y prosa en el transcurso de su vida. Ninguna de sus obras perduró, pero algunos de sus hijos recibieron el mismo don; y Charles sobresalió en éste, escribiendo miles de canciones. Sin duda, el talento de Charles fue inspirado al ver a su papá trabajando hora tras hora en sus propias obras. ¡Oh, la sabiduría de Dios es inescrutable!

Parece ser que Samuel tuvo sueños y visiones que quería llevar a cabo, pero no pudo realizarlos. Con-

Samuel no era un padre de primera clase. Sin embargo, su hogar fue conocido por doquier como uno de los más piadosos de su tiempo.

cibió el plan de mandar misioneros a China, India y a todos los territorios británicos, ofreciendo que él y su familia se irían para guiar la obra.

Quizás debe considerarse a Samuel como un profeta en cierto sentido. En sus últimos días profetizó acerca del surgimiento de un avivamiento, diciéndoles a sus hijos: «Ustedes lo verán, pero yo no».

Para concluir, debo añadir lo siguiente: Samuel no era un padre de primera clase. Sin embargo, su hogar fue conocido por doquier como uno de los más piadosos de su tiempo. Sin duda que él ayudó a tal reputación.

La madre de John y Charles

Susana se crió en un ambiente piadoso. Su papá, por ser muy usado por Dios, les trajo muchas bendiciones a sus hijos. Según los registros, el hogar Annesley tuvo 22 hijos. Los tiempos fueron serios, y Susana maduró temprano, escuchando conversaciones sobre asuntos espirituales.

Fue una apasionada estudiante, y aprendió griego, latín y francés cuando aún era joven. Sus libros de estudio fueron la Biblia, la teología y los escritos de la iglesia primitiva. A causa de los tempestuosos tiempos en que creció, luchaba en sí misma con profundos asuntos espirituales, mientras que muchas de sus compañeras jugaban con muñecas. Sin duda, Susana fue una muchacha distinguida – devota, pensativa y llena de virtudes cristianas. Muchos historiadores la llaman ‘la madre del metodismo’ debido a sus definidos métodos en cuanto a la crianza de los niños.

‘La balanza’ describe bien su carácter— una mezcla de benignidad, disciplina, sobriedad y gozo. Consagró una hora cada mañana y tarde para estar a solas con Dios, orando y meditando.

Como madre, le dio 18 hijos a su marido, Samuel. De ellos, ocho murieron pequeños. Es difícil imaginarse la agonía de enterrar a ocho preciosos pequeñitos.

Los métodos de Susana

Hay muchas biografías acerca del hogar de los Wesley. En su mayoría, ellas pintan la vida hogareña de Samuel y Susana como casi perfecta. Pero las biografías pueden ser incompletas, especialmente si se refieren a alguien tan conocido como John Wesley.

La prueba del hogar Wesley son los beneficios que el mundo recibió por medio de John y Charles. Resulta patente que hubo algo en su niñez que les ayudó. Todos los registros demuestran que Susana era la figura prominente en la crianza de los hijos en el hogar de los Wesley. Su educación, dones de organización y firme personalidad, junto con el hecho de que Samuel era un hombre muy ocupado en otras cosas, pusieron a Susana al frente de las cosas hogareñas. Fue una mujer que derramó su vida en la crianza de sus hijos, con un firme propósito. Veamos cómo este propósito se manifestó en métodos prácticos sobre la crianza de los hijos.

Una vida ordenada y programada

Susana razonó sobre el provecho que tiene una vida disciplinada. Por

esto, poco tiempo después de nacer, cada hijo empezó un bien sistematizado programa de crianza. Había un tiempo para dormir, un tiempo para comer, un tiempo para despertar, etc. Se esforzaba para desarrollar tales hábitos en la vida y memoria de cada hijo. Se aplicó esto aun hasta para los tiempos de descanso de un bebecito. Ella dedicó tal esfuerzo en esto que el bebé se dormía a la hora deseada: sin llorar o pelear. Igualmente, se aplicó este principio al tiempo para alimentar al bebé.

Tales disciplinas fueron empleadas para poder tener más orden hasta en el tiempo ocupado en los quehaceres del hogar. Ella pensaba que era necesario que cada hijo estuviera en su lugar. Todo fue puntual: las oraciones, el desayuno, la escuela, tiempos de quietud, el descansar, el culto familiar, etc.; todo según el reloj. Claro, había tiempos cuando las providencias trastornaban todo, pero siempre volvió a su familia al orden. La estabilidad y seguridad que este principio produce en la vida y desarrollo de un niño son tremendas. Susana prosiguió estas metas sin desviarse, porque vio la sabiduría escondida y los efectos provechosos que tendrían para sus hijos.

** Guió los apetitos de los hijos.*

Susana sabía que si un hijo no aprendía a controlar sus apetitos, los mismos lo controlarían a él, posiblemente para el resto de su vida. Por esta razón, hizo estrictas reglas en cuanto al comer. Asimismo, entrenó a sus hijos a comer comidas que no les gustaban y a tomar bebidas de mal

sabor. El tomar medicina tenía dos razones – ayudar a la salud del niño, y a enseñarles a soportar lo inde-seable. No permitió comer entre los tiempos establecidos para las comidas, pues consideraba esto como mal hábito. Sí, comieron dulces, pero tales cosas como esas, consideradas lujo, fueron vigiladas cuidadosamente.

** El hogar se mantuvo quieto.*

Los hijos no deben controlar el ambiente de un hogar. Hay tantos quehaceres que cumplir diariamente, y para el provecho de todos, que el hogar tiene que estar calmado y quieto. Susana creyó y puso esto en práctica, entendiendo los beneficios que cada hijo ganaría si la misma cualidad se llegara a poner en práctica en ellos.

Hay un refrán que dice: «Siempre hablando, nunca aprendiendo.» A la edad de un año, los hijos de los Wesley habían aprendido a llorar quietamente. Lo mismo fue enseñado usando medidas positivas y negativas. Así, la casa no tuvo mucha bulla de un niño llorón; algunas personas dieron testimonio que era un hogar donde no se sabía si había niños en casa, a causa del ambiente calmado. De igual modo, los niños fueron enseñados a estar quietos durante las oraciones familiares, y así dar una señal de bendición al final de éstas, en vez de estar hablando.

** «Hay que conquistar la voluntad del niño».*

Éstas eran las palabras de Susana y están colmadas de poderosa sabiduría. Ella también dijo: «Me esfuer-

zo por capturar la voluntad de un hijo desde su temprana edad y trato de cuidarla hasta que el niño la entregue a Dios. Este es el único, fuerte y razonable cimiento de una educación, sin la cual, ni precepto ni ejemplo tendrá efectos.»

La voluntad del hombre es el centro de su vida religiosa. Si no la rinde a sus padres, le será mucho más difícil rendirla a Dios, y, todo entrenamiento en cuanto a la vida doméstica y a la vida espiritual será frustrado. Entonces, este principio es de suma importancia; hay que adquirirlo lo antes posible. Una relación amorosa, junto a la apropiada aplicación de la vara y la persistencia, te dará los deseados resultados en tu propio hogar.

** Una escuela bien ordenada en el hogar*

Así describió Susana su método sobre el educar a los hijos. Durante veinte años invirtió seis horas diarias a esta tarea santa. En sus últimos años, escribió a su hijo John sobre la intención de enseñar en el hogar, en términos bien definidos: «Hay muy pocas personas que dedicarían los mejores veinte años de su vida para salvar las almas de sus hijos.» Por medio de estas palabras y por la manera en que dirigió la escuela, podemos saber que formuló más que una mera educación académica.

Por medio de su influencia, cada hijo recibió pasión por aprender y vivir en justicia. El tiempo de la escuela empezaba y terminaba cada día con cantos, y cada hijo aprendió a leer con la Biblia como único libro de texto. A las cinco de la tarde, Susana

dividía la familia en pares, un hijo que podía leer con otro que no podía. Luego, se leía el Salmo del día y un capítulo del Nuevo Testamento. Además, Susana escribió tres libros para ocuparlos en su escuela: *A Manual of Natural Theory (Un manual de teoría natural)*, *An Exposition of the Apostles' Creed (Una explicación del credo apostólico)* y *An Exposition of the Ten*

la enseñanza en el hogar. Cada hijo necesita fe que produzca obras prácticas. Observando este hogar, se hace patente que Susana planeaba y llevaba a cabo muchas actividades que edificarían tal virtud en la vida de sus hijos.

¿Cuáles fueron las herramientas que ocupaba para realizar esto? Bueno, la respuesta es fácil. Como vivían

John y Charles simplemente pusieron en obra los principios que recibieron de su mamá en el hogar, y se los enseñaron a sus seguidores.

Commandments (Una explicación de los diez mandamientos).

Cada tarde escogió a uno de sus hijos e invirtió tiempo charlando con él sobre temas espirituales. Hermanos: *este* es el supremo secreto del por qué del fruto de John y Charles. ¡Qué ejemplo de una madre dedicada! Se negó a sí misma de una vida social «normal» para invertirla en la crianza de sus hijos. Diez de los 18 hijos sobrevivieron hasta ser adultos, y todos ellos se entregaron al Señor. Y, al momento de sus muertes, todos estaban «en el Señor». Hay mucho que aprovechar en todo esto.

Es verdad que Susana tenía unas empleadas para ayudarla en la casa, pero recordemos que ellos vivieron antes de la invención de las comodidades modernas.

Moldear un carácter piadoso

Edificar el carácter (la fuerza moral y ética), fue una de las razones de

en un pueblecito con cultivos alrededor, había muchos quehaceres. Cuidar los animales, ordeñar las vacas, sembrar las huertas y otros trabajos semejantes proveían buenas oportunidades para enseñar a los hijos sobre el carácter. La constante pobreza del hogar igualmente proveyó muchas ocasiones para entrenarlos. En cuanto a la moralidad, a los niños se les enseñó que la mentira es un vicio, y debemos cuidar nuestros compromisos. Susana enseñó a sus hijos que no recibirían castigo con la vara si confesaban sus errores a tiempo.

Se ha descrito ya la vida ordenada del hogar. Sin embargo, vale la pena mirarla otra vez en cuanto al carácter. La repetición de buenas acciones crea buenos hábitos. Así, tener tales acciones programadas en buen orden, diariamente, es de tremenda ayuda. Según el libro de Eclesiastés (capítulo 3), todo tiene su tiempo. En una vida hogareña bien ordenada,

hay tiempo para que cada hijo lea la Biblia, limpie su cuarto, ordeñe la vaca, etc. Así, un niño crecerá cumpliendo tales quehaceres, sin pensar que lo mismo es anormal. ¿Ves el valor de esto?

Un ambiente de amor en el hogar

Todo lo dicho anteriormente puede parecer como algo grave y difícil, si lo miramos como un solo evento. Pero hay que considerar el lubricante que hace que toda esta maquinaria corra bien: el amor. Este amor es el amor «ágape», el amor sacrificado, y en el hogar de los Wesley el mismo prevaleció como el primer espíritu.

Susana fue una madre muy afectuosa. No era como un sargento del ejército, que demanda la obediencia sin amor. Muchas personas de su tiempo testificaron que su hogar era el más cariñoso de todos. De hecho, los niños de Susana, al ver los sacrificios de ella, casi la hacían un ídolo.

La disciplina mezclada con el amor, creó un vínculo entre la madre y los hijos que fue muy hermoso de ver. El carácter benévolo y amable, mezclado con las muchas horas que les invirtió, hizo que los corazones de los hijos estuvieran llenos de honor y respeto para ella.

Susana permitió tiempos para que los hijos pudieran jugar, sonreír y hacer bulla, como es normal para los niños. Y esto es de igual importancia en los demás puntos de un hogar, porque no se puede tener sólo la estricta disciplina, sin el amor. Tienen que fluir del uno al otro, y volverse otra vez. Esto se llama «balance».

El fruto de Susana Wesley

Según muchos historiadores, «Susana Wesley es la madre de la iglesia metodista». Empezando la búsqueda de materiales para este estudio, hallamos una y otra vez tales palabras, que parecen exageradas. Pero tras invertir muchas horas estudiando a esta mujer extraordinaria, vemos que hay abundante verdad en ellas.

¿Por qué? Porque si se estudia el movimiento metodista, se aclara que ella tuvo varias características que hicieron que el mismo movimiento tuviera una fuerza potente en Inglaterra y Norteamérica. He aquí algunas de esas características:

- * Una vida personal santificada
- * Una vida personal con devocionales
- * Odio al pecado y a la injusticia
- * Una vida ordenada
- * Un avivamiento en las disciplinas cristianas (oración, ayuno, etc.)

Bien se puede aumentar la lista con varios puntos más, pero estos bastan para este objetivo, que es el mismo objetivo al que hacen referencia los historiadores acerca de Susana. Observando la lista, vemos el objetivo: los puntos anotados son los mismos que Susana ocupaba en la enseñanza de sus hijos. Los primeros metodistas recibieron este nombre de parte de sus críticos, al pensar que había muchos *métodos* en la forma de vida de John, Charles y sus compañeros. Así fue como los llamaron *metodistas*, burlándose de ellos. Pero John y Charles simplemente pusieron en obra los principios que recibieron de su mamá en el hogar, y se los enseñaron a sus seguidores.

Entonces, leyendo todo esto, ¿qué piensas tú? ¿Fue Susana una madre que pasó sus días enseñando a sus hijos algo que no valdría la pena? Por supuesto, la respuesta es 'No'. Ella fue guiada por Dios a criar una familia piadosa, en un tiempo de mucha impiedad. Dios la usó para que formara dos vasijas escogidas, prepara-

das para el uso del Maestro. Ella se entregó en las manos de Dios y sacrificó veinte años en el entrenar, castigar, leer, orar y amar.

Los resultados todavía se muestran por todos lados, y en muchos lugares la voz de ella y de sus hijos se escucha – aún hoy día.

*(Adaptado y publicado con autorización)
<http://www.elcristianismoprimitivo.com>*

* * *

La sinceridad postrera de Nietzsche

“Si la ‘vida’ nos lleva a ultrajar, la verdad es que también nosotros, en cierto modo, ultrajamos la ‘verdad’. Tenemos a la espera nuestros primeros errores y estamos vigilando a esperar la ruina. Todas las generaciones luchan para fundir la verdad en una unidad, en la idea de Dios, ‘justicia’, ‘amor’ y ‘poder’. Mi dios era el ‘poder’ y me doy cuenta que lo construí, por impotencia, con cimientos de arena.

Jesús decía así: “Cualquiera que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina”.

Mi casa se arruinó, y fue grande su ruina. El anticristo yace en ruinas ante el pie indestructible de Cristo calzado con el amor del mundo, el amor que se manifiesta en hechos. ¡Oh vida, no te burles de mí! ¡Venciste, Galileo, venciste en el mismo corazón de tu mayor enemigo!

¿Deberé incluso ocultar a mi alma la victoria de Cristo para perpetuar el mito del anticristo, tema de mis futuros biógrafos? ¿No fue Áyax quien gritó: ¡Ilumínanos, oh Zeus, aunque tu luz nos mate! La verdad me asesinó una y más veces. ¿Y a Cristo, habiéndome él derribado sólo un momento o para siempre, deberé negarle los laureles de la victoria?...”.

Nietzsche, en “Nietzsche, señal de fuego”, Humanus, 2000 (Colombia).

Una palabra dirigida especialmente a los padres jóvenes.

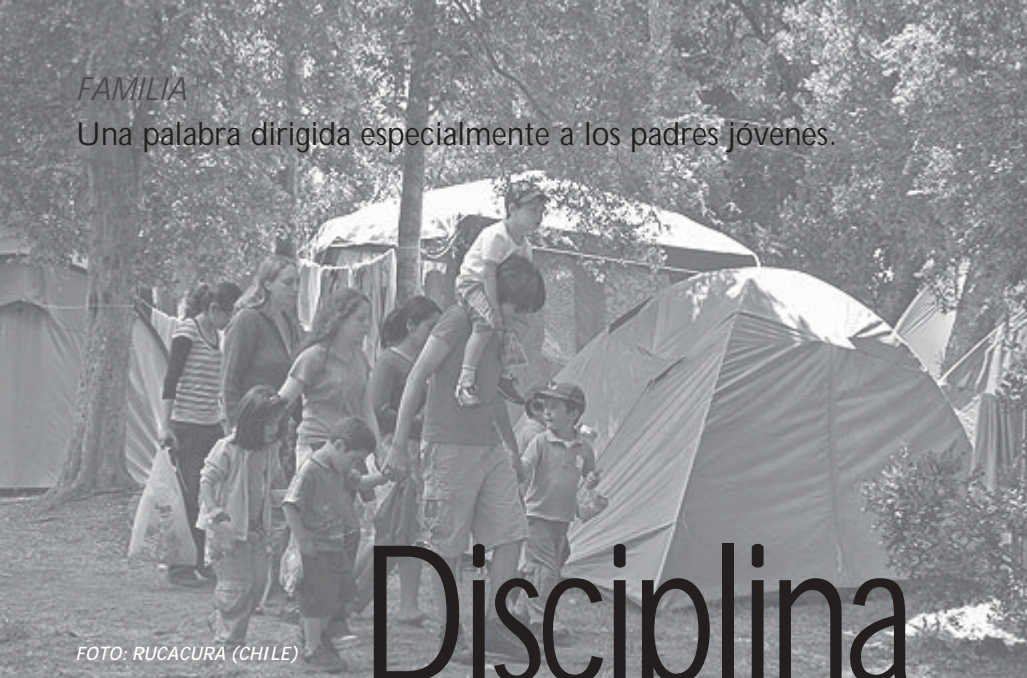


FOTO: RUCACURA (CHILE)

Disciplina y amonestación

Uno de los deberes fundamentales del matrimonio, padre y madre, es la enseñanza de sus hijos.

Cuando el Nuevo Testamento instruye a los padres sobre su rol como padres, es bastante escueto, pero muy directo. Hay solamente dos versículos que tratan sobre el asunto. Efesios 6:4: «*Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor*». Colosenses 3:21: «*Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten*».

Noten que aquí no se dice: 'Padres, amad a vuestros hijos'. ¿Por qué razón no se habla de amar a los hijos, sino de instruirlos y amonestarlos? Porque el amor no es necesario mandarlo. El amor está. Desde el momento que nació, cuando lo vieron, cuando tuvieron a esa criatura en sus brazos, todo el amor que habían albergado en su corazón se derramó sobre esa criatura.

Normalmente la Escritura ordena aquello que no brota espontáneamen-

te. Por ejemplo, la Escritura dice a los maridos: «Amad a vuestras mujeres», porque eso no fluye tan naturalmente. De la misma manera, cuando la Escritura dice a las mujeres que tienen que sujetarse a sus maridos en todo, es porque eso tampoco fluye muy naturalmente. Por eso el Señor lo manda. Luego, cuando dice, a los hijos: «*Hijos, obedeced a vuestros padres...*», eso tampoco es tan fácil. Porque sabemos que honrar a los padres es más que darles cariño. Entonces, en las relaciones familiares, siempre la Escritura ordena aquello que no fluye tan naturalmente. El Señor dijo: «... *porque separados de mí, nada podéis hacer*» (Juan 15:5).

Entonces, cuando la Escritura dice a los padres que tienen que criar a los hijos en disciplina y amonestación del Señor, no exasperándolos, no provocándolos a ira, tenemos que poner atención, porque hay allí una dificultad natural. A los padres les resulta mucho más fácil amar y consentir a los hijos, que amonestarlos y disciplinarlos.

Amonestar significa instruir, enseñar, sobre todo cuando es necesario tocar algún aspecto que no está funcionando bien. Es aquí donde los padres necesitan poner un equilibrio a ese amor natural que todo lo consiente, que todo lo aprueba. Los padres piensan así: 'Mi hijo es el mejor; mi hija es la más bella'. ¿Se han fijado cuando un niño está haciendo desorden en las reuniones? Los hermanos que están a su alrededor se incomodan, pero la única persona que no percibe que su hijo está dando problemas, es la mamá. La tendencia na-

tural de los padres es a obviar los defectos, las desobediencias de sus hijos, porque el amor es muy fuerte, y ese amor a veces es bastante consentidor.

El Señor ordena a los padres que equilibremos ese amor, que seamos sensatos en ese amor, agregándole un elemento necesario, como es la disciplina y la amonestación. Ahora, por eso aquí no vamos a hablar del amor, porque el amor es abundante. Vamos a hablar de este otro aspecto que equilibra el amor: la disciplina y la amonestación del Señor.

Tres clases de familias

Usted puede advertir, al menos, tres tipos de familias: las familias patriarcales, las matriarcales y las 'filiarcales'.

La familia donde la autoridad la ejerce el marido, y cuando esa autoridad es absoluta –la esposa y los hijos corren para servir al padre– eso es un patriarcado. Las generaciones de nuestros abuelos y tatarabuelos eran generaciones patriarcales.

Pero después, en la década de los '60 ó '70 del siglo pasado comenzó una revolución: la reivindicación del papel de la mujer. Y en algunos sectores eso pegó tan fuerte que se produ-

A los padres les resulta mucho más fácil amar y consentir a los hijos, que amonestarlos y disciplinarlos.

jo un verdadero cambio en la forma de vida de las familias, y entonces las mujeres en el mundo empezaron a tener no sólo mucha voz y voto sino también autoridad. Ahora bien, un hogar donde la mujer gobierna, sea en forma abierta o disimulada, denominamos matriarcado.

Y creo que en estas últimas décadas estamos presenciando atisbos de 'filiarcado', es decir, de familias donde los hijos gobiernan y manipulan a sus padres.

Muchos padres llegan a los colegios de enseñanza media, desesperados. Ellos dicen: 'Ya no puedo hacer nada por mi hijo. Por favor, ¡ayúdenos usted! Él hace lo que quiere, llega a casa a la hora que quiere. Me exige dinero, me exige esto y lo otro, y tengo que dárselo, porque temo que se vaya de casa, o que atente contra su vida'. ¡Hay padres que tiemblan ante sus hijos, porque ellos mandan, ellos tienen el control!

Ahora, existe una presión social muy fuerte sobre las familias. Hoy en día, un niño de seis años ya necesita un computador, y nosotros los viejos, que no entendemos mucho del asunto, nos sentimos obligados a ceder. Sus amigos lo tienen, en la escuela lo exigen. Y así nos vamos poniendo al servicio de los hijos.

Esto trae consigo grandes peligros, porque si bien ellos tienen la inteligencia para manejar esa tecnología, no tienen la sabiduría. La sabiduría no está en ellos, sino en los padres. Y la sabiduría es más que la inteligencia, es más que tener cierta habilidad para cosas específicas. La sabiduría tiene que ver con la forma

como enfrentamos la vida, cómo nos preparamos para la vida. Y son los padres los que tienen que preparar a sus hijos para la vida.

Ahora, también los padres creyentes tienen problemas con sus hijos. Muchos padres se acercan a sus pastores a pedir ayuda urgente. 'Mi hijo tiene quince, dieciséis o diecisiete años y tiene este problema. Yo no sé cómo ayudarlo. Por favor, ¡ayúdeme a ayudar!'

La necesaria disciplina

¿Dónde estuvo el problema? Probablemente el problema comenzó cuando él tenía cinco, seis, o siete años. Porque en este tiempo faltó disciplina, no se pusieron reglas claras. Es preciso poner reglas claras, y que se cumplan esas reglas. ¿Cuáles reglas? Ahí usted, papá y mamá, tienen la sabiduría. Ustedes tienen el Espíritu Santo adentro. El Espíritu Santo le guiará, le enseñará, le mostrará hasta dónde, cuáles son los límites. Pero si no hay reglas claras, vamos a criar hijos sin voluntad, como una hoja de otoño: que van para donde va el viento, sin principios, sin nada claro. Su mente no va a estar *conformada*, sino que va a estar *deformada*.

Dice Pablo a Timoteo que la ley es buena si uno la usa legítimamente. ¿Y con quién dice él que hay que usar la ley? 1ª Timoteo 1:9. «...*conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes* – La desobediencia no hay que enseñársela a los niños, porque la traen en los genes – *para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos...*». Ahora, ¿nuestros hijos pequeños caen

en esta descripción tan terrible? ¡La ley es buena si uno la usa legítimamente!

Aquí en este asunto de las reglas y de las normas para nuestros hijos, hay un asunto importante: Note que cuanto más escolaridad tienen los padres cristianos, es más difícil para ellos poner reglas. ¿Por qué? Porque, en general, la instrucción produce en las personas una relativización de los principios. Mientras más escolaridad, se produce una especie de 'mareo', por las alturas del conocimiento humano.

Pero cuando un cristiano no tiene tanta escolaridad, y conoce poco más que la Biblia, para él es muy sencillo decir: 'La Biblia dice esto y yo lo hago'. Como cuando dice la Biblia, por ejemplo: *«La necedad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él ... el castigo purifica el corazón ... La vara y la corrección dan sabiduría ... El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige ... Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza ... No rehúses corregir al muchacho, porque si lo castigas con vara, no morirá. Lo castigarás con vara, y librarás su alma del Seol»*.

Eso dice la Biblia en Proverbios. Pero un cristiano 'culto' puede argumentar: 'Eso suena retrógrado, arcaico; eso suena a patriarcado'. Pero, ¿saben lo que hemos visto? En la práctica ocurre esto: que los hijos criados sin tantos argumentos ni tanta filosofía, sino sencillamente criados en el temor y la disciplina del Señor, son sanos, obedientes; son hermosos jóvenes.

En cambio, cuando son criados con esta ambigüedad y relativización, ahí los tenemos, todavía indecisos, sin carácter, hasta el día de hoy. El mundo los lleva y los trae.

Necesitamos jóvenes con carácter, y los jóvenes con carácter se forman cuando hay reglas, cuando hay órdenes que obedecer, cuando hay disciplina y azotes que duelen en el trasero. Entonces, es propio decirles: 'Hijo, eso lo harán los incrédulos; pero tú no'. Y el No es No, aunque duela. Yo creo que no hay ni un padre o madre que no haya tenido que llorar por sus hijos o con sus hijos, sobre todo entre los quince y los veinte años.

En el mundo existe la 'doctrina Spock'. Benjamín Spock, médico y profesor norteamericano, es el 'gurú' y mentor de las enseñanzas a los padres en el mundo. Él dice, por ejemplo: «No regañen, ni discutan, ni menos castiguen a los niños en sus rabietas, porque sólo lograrán frustrarse». 'Padres, si ustedes luchan con sus hijos cuando están en sus rabietas, ustedes se van a frustrar, siempre van a perder'. Porque él dice que a los niños no hay que tocarlos; sólo hay que hablarles.

La Biblia dice que la necedad está apegada al corazón del muchacho; pero la vara de la corrección la alejará de él. Entonces, tenemos una opción por delante: ¿Spock 1:1 o Proverbios 22:15? Esa es la alternativa. Y nosotros que, por la gracia de Dios, somos sabios según Dios, tenemos que elegir bien.

Ahora, hermanos, les ruego, que entiendan este planteamiento. No digan ustedes: 'El hermano se dedicó a

hablar sólo de disciplina y de castigo'. Bueno, ya lo dije al comienzo: no necesitamos hablar del amor, porque ustedes aman a sus hijos. Los aman tanto que darían su vida por ellos, ¿verdad? Estamos hablando de estas otras cosas para equilibrar el amor, para que el amor no sea un amor sobreprotector, enfermizo, sino un amor sabio.

La amonestación del Señor

Eso con respecto a la disciplina. Y la amonestación es la enseñanza, la instrucción.

«*Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él*» (Prov. 22:6). Primero, la enseñanza tierna de la madre; luego la enseñanza del padre, un poco más firme. Las dos son necesarias. En tesalonicenses, cuando Pablo habla a la iglesia, también se observa lo mismo. Pablo dice: «Yo los cuidé a ustedes como nodriza; pero después, como padre, les di instrucciones». Las dos cosas a su tiempo serán una complementación perfecta.

Los padres tienen que instruir a sus hijos desde pequeños. Hay muchas formas de hacerlo. Comprarles literatura apropiada para niños, una Biblia para niños, con ilustraciones. Grabaciones de audio, una película. Pero pienso que lo que más les va a dejar una marca a ellos va a ser la madre o el padre sentados a la orilla de la cama, antes de dormir el niño, hablarle al corazón, leerle una historia bíblica, orar con él. Esa imagen nunca se borrará.

Pero también está la enseñanza en la iglesia. Y aquí tenemos el papel de

las hermanas que enseñan el domingo en las reuniones. ¿Qué hacen las hermanas en ese momento? Ellas están complementando y auxiliando el trabajo de la familia. Ellas no están reemplazando a la familia, sino colaborando.

Los padres no abandonan su responsabilidad, ni siquiera con respecto a este trabajo de las hermanas con sus hijos. Entonces, ¿qué es lo que quisiéramos pedirles hoy? Que al llegar a casa, le pregunten a sus hijos: '¿Qué aprendiste hoy?'. Algún versículo de memoria, alguna canción nueva, alguna historia bíblica. ¿Hay alguna tarea?

Los padres deben preocuparse de si hay algo que ellos puedan hacer para complementar esa enseñanza, o ayudar en algo. Sé que hay muchos que lo hacen, pero lo que queremos pedirles ahora es que, si lo hicieran, lo hagan mejor y más, y si no lo han hecho, lo comiencen a hacer.

Hermanos, ahora quisiera poner un poco de santo temor en el corazón de ustedes. Los niños que están creciendo ahora, van a enfrentar un mundo terrible. El mundo que nosotros estamos enfrentando hoy es un mundo todavía soportable; pero el mundo que ellos van a enfrentar en diez o quince años más, si el Señor no viene antes, va a ser un mundo terrible. Y ahí sí que se va a necesitar tener mucha firmeza; una formación sólida, principios claros, un carácter insobornable, un corazón definido por el Señor.

Hoy día casi no se puede leer un libro o ver una película que no ridiculice los principios cristianos y al

mismo tiempo exalte la liberalización sexual. Y esto, sin duda, va a ir en aumento.

En Estados Unidos, más del 80% de los libros que se publican tocan algún tema como fornicación, adulterio, homosexualidad. El mundo está siendo alimentado con estas ideas. Hay escándalos de todo tipo. El mundo va a pasos agigantados hacia un despeñadero

La influencia de los padres

Entonces, ¿para quién estamos criando hijos? ¿Para el mundo o para Dios? En la Escritura encontramos un ejemplo muy interesante. En Jeremías capítulo 35 aparece la historia de los recabitas. Estos eran descendientes de un hombre que se llamaba Recab. Dios le dijo un día a Jeremías: «Anda, reúne a todos los recabitas en el templo, y dales a beber vino». Esa era una cosa aparentemente inocua, ¿verdad?

Sin embargo, cuando Jeremías intentó hacer eso, ellos dijeron: «No podemos beber, porque nuestro padre nos mandó no beber». Ahora, Dios

Quando exponemos a nuestros niños de cinco, siete u ocho años, a cierta clase de diversión electrónica del día presente, es como si los sacrificásemos a los ídolos.

sabía eso, pero lo hizo para probarlos. Y luego le dice a Jeremías: «¿Ves la fidelidad de los recabitas? Ellos son fieles a su padre. Sin embargo, mi pueblo Israel no escucha mis palabras».

¿Qué nos enseñan a nosotros los recabitas? Que la enseñanza de los padres deja huella, y que ella tiene que ser obedecida. ¿Por qué actúas de esa manera, o de esta otra manera? Porque en mi casa, porque mi mamá, mi papá, hacían así.

Jueces 2:7-11 dice: «*Y el pueblo había servido a Jehová todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancianos que sobrevivieron a Josué, los cuales habían visto todas las grandes obras de Jehová, que él había hecho por Israel. Pero murió Josué hijo de Nun, siervo de Jehová, siendo de ciento diez años ... Y toda aquella generación también fue reunida a sus padres. Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel. Después los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová, y sirvieron a los baales*».

¿Qué es lo que tenemos aquí? Tenemos el paso de una generación a otra, de una generación fiel a una generación infiel. La generación de Josué fue una generación fiel, pero cuando murió Josué vino otra generación que hicieron lo malo ante los ojos del Señor y sirvieron a los baales. Ahora, ¿cómo será la próxima generación entre nosotros? Damos gracias a Dios por los hijos de nuestros hermanos que están siguiendo al Señor, porque eso nos asegura que viene una segunda generación que va a seguir este camino.

Los padres y la disciplina

Pero ahora queremos proyectarnos, y mirar por estos niños que están naciendo ahora. ¿Qué será de ellos? Que el Señor nos permita tener una y otra generación de recambio, que sea formada en el temor del Señor, que sea amonestada, disciplinada, orientada, establecida sobre principios claros, para que permanezca incólume cuando vengán los vientos huracanados del anticristo.

Atrévanse a disciplinar, padres jóvenes. Si ustedes lo hacen en amor, con firmeza, el Señor los va a respaldar. Los hermanos varones que tienen un carácter bonachón, por favor, ruéguele al Señor, porque ese carácter que aparentemente es tan bueno, tiene algunos problemas también. Dios no es un Padre bonachón. Santa Claus no es el modelo de cómo un padre debe ser. Algunos de los principales descabros en los hijos son causados por padres bonachones.

Observe usted. Cuántos padres bonachones no supieron poner reglas, no fueron capaces de apoyar a su mujer cuanto ella intentaba ponerlas, y que tampoco fueron capaces de dar una zurra a sus hijos. Ellos prefirieron estar a favor de los hijos rebeldes en contra de su mujer que intentaba desesperadamente poner orden en su casa. Ese tipo de padres es un problema.

Ese carácter bonachón no es de Cristo. Es cierto, Cristo es bondadoso, es tierno. Pero no hay que confundir. Hay una simpatía que es de la carne y hay una simpatía que es del espíritu; hay una paciencia que es de la carne y una paciencia que es del

espíritu. Todo aquello que viene en el carácter natural del hombre, no es espiritual. Entonces, ese ser bonachón tiene que ser quebrantado en algún momento, y el Señor tendrá que darle la fuerza a ese padre, ponerse firme cuando sea necesario, y poner orden en su casa.

Entonces, ¿cuál es el orden del Señor en la Palabra? El orden es éste: La mujer acoge, da las primeras enseñanzas. Luego el padre ejerce autoridad, pone orden, y respalda a su mujer en ese orden y en esa disciplina.

Hermanos, si las cosas están de otra manera, eso hay que corregirlo; con la ayuda del Señor, tenemos que corregirlo. Si el padre es el consentidor y la mamá es la que exige, eso no está bien, ese no es el orden del Señor.

Si hacemos así, no nos sorprenda que el enemigo se aproveche y cause destrozos. Pero todo con amor, todo con temor, todo con oración.

Sacrificando a los ídolos

Deuteronomio 32:17-20. *«Sacrificaron a los demonios, y no a Dios; a dioses que no habían conocido, a nuevos dioses venidos de cerca, que no habían temido vuestros padres. De la Roca que te creó te olvidaste; te has olvidado de Dios tu creador. Y lo vio Jehová, y se encendió en ira por el menosprecio de sus hijos y de sus hijas. Y dijo: Esconderé de ellos mi rostro, verá cuál será su fin; porque son una generación perversa, hijos infieles».*

¿Cuál es el reclamo de Dios en este pasaje – y no sólo ahí, sino también en otros pasajes afines? Es que los israelitas, el pueblo de Dios, un pueblo santo, sacrificaban sus hijos a

los ídolos. Claro, nosotros no hacemos eso. Pero a veces, cuando exponemos a nuestros niños de cinco, siete u ocho años, a cierta clase de diversión electrónica del día presente, es como si los sacrificásemos a los ídolos.

Hace un tiempo, con mi esposa vimos una película que era aparentemente inocua. Había allí una escena que podía pasar inadvertida, pero que era terriblemente peligrosa. Un marido va a ver por qué los niños hacen tanto ruido en su pieza. Abre la puerta y se asoma. Adentro se veía un ambiente oscuro, con luces de colores. Luego, cierra la puerta y le comenta a la esposa, con indiferencia: 'Están haciendo una sesión de espiritismo'. Ambos se ríen, como diciendo: 'Ah, son cosas de niños', y salen a cenar fuera.

Ninguno le dio importancia, lo

cual significa que está correcto. Entonces, eso avala un hecho. De modo que queda en la retina: 'Ah, sí, cuando los niños juegan, entre otras cosas, ellos hacen sesiones de espiritismo'. Fijense, no hay mucha diferencia.

Hemos conocido el caso de jóvenes que han sido fuertemente atacados por fuerzas malignas. ¿Por qué? Porque de parte de los padres ha habido una debilidad, y le han abierto una puerta al diablo en sus hogares, o ellos se han puesto en contacto con fuerzas malignas.

Entonces, cuando se lee aquí que ellos están ofreciendo a sus hijos a los ídolos, eso es también una alerta para nosotros, no sea que estemos, de una manera más sutil pero no menos peligrosa, haciendo lo mismo.

Que el Señor tenga misericordia de nosotros, y nos libre.

(Síntesis de un mensaje impartido en Temuco, en mayo de 2007).

* * *

Asomar la cabeza

Hubo un período durante la guerra sino-japonesa, que los japoneses siempre vencían en las batallas. Ellos tenían enormes tanques de guerra y los chinos no lograban vencerlos de ninguna manera.

Finalmente, los chinos descubrieron una estrategia: ¡disparaban sólo un tiro contra los japoneses y se quedaban quietos! Los japoneses, que estaban escondidos dentro de los tanques, después de oír aquel tiro, esperaban un poco y nada sucedía. Entonces les entraba curiosidad por saber lo que estaba sucediendo, y asomaban la cabeza sólo un poco para mirar. Entonces, los chinos les disparaban.

De esa manera los japoneses fueron vencidos. Si ellos se hubiesen quedado dentro del tanque, nada les hubiese sucedido.

Así también los cristianos necesitan habitar en Cristo. Es imposible vencer la guerra espiritual sin unión con Cristo.

Christian Chen, Unión con Cristo

¿Oración en el enamoramiento?
¡No tiene cabida! – dijo un joven.

La oración en el noviazgo

Jaime Kemp

Cierta vez, en uno de mis seminarios, pregunté a los jóvenes: '¿Cuándo fue la última vez que usted oró con su enamorada?'. Después, uno de ellos me dijo. '¡Jaime, ¿oración en el enamoramiento? ¡No tiene cabida!'. Si no hay ambiente para la oración, alguna cosa está mal en su relación, porque la oración debe ser la práctica más espontánea en la vida cristiana.

Nuestra tendencia es seleccionar y catalogar lo que juzgamos espiri-

tual y aquello que consideramos corriente. Por ejemplo, muchos piensan que ir a reunión de la iglesia los domingos es un actividad espiritual, pero no creen que conversar con la novia o comer pizza juntos sea, también, una actividad espiritual.

Pablo derriba esta idea en 1^a Corintios 10:31: «*Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios*». Dios quiere participar

de todas las actividades de nuestra vida.

Una joven me dijo una vez que no leía la Biblia u oraba con su enamorado porque él era tímido. Puedo entender esa timidez cuando la persona es recién convertida, o si la amistad está en el comienzo. Sin embargo, si después de seis meses o un año él (o ella) no puede o no quiere orar y leer la Biblia con ella (o él), esa relación debe ser seriamente evaluada. Si no ponen este fundamento el matrimonio no resistirá las tempestades y crisis que la vida conyugal traerá. Sin los principios de Dios bien definidos, es imposible tomar decisiones correctas en el enamoramiento, noviazgo o matrimonio.

Cuando joven, yo también fui tentado a no preocuparme con el establecimiento de una base espiritual firme. Nunca me voy a olvidar de la primera vez que yo y mi novia, que ahora es mi esposa, salimos. Mi corazón latía tan descomposadamente que llegué a pensar que saltaría de mi pecho. ¡Yo estaba completamente enamorado de ella! Había resuelto en mi corazón tener un noviazgo con Judith según los patrones de Dios. Cuando entramos en mi Chevrolet nuevo, yo quería orar antes de salir, pero tuve miedo de que ella pensase que yo era un fanático religioso. Por algunos segundos, luché conmigo mismo, pero a última hora dije: '¿Querrias orar conmigo ahora?'. Ella me miró con una hermosa sonrisa, y dijo: 'Sí, quiero'. Fue necesario mucho valor para hacer aquello, pero doy gracias a Dios porque hoy, des-

pues de 39 años, es fácil orar con mi esposa. Todavía me acuerdo de aquella oración: 'Querido Padre, queremos invitarte a participar con nosotros de nuestras actividades. Deseamos que seas el centro de nuestro noviazgo. Que nuestros pensamientos, palabras y acciones sean dirigidos por ti. Queremos agradarte con nuestra amistad. Bendícenos, Señor, en el nombre de Jesús. Amén'.

Los momentos de oración, de compartir acerca de la obra de Dios en nuestras vidas y la lectura de la Biblia juntos fueron usados para darnos fuerzas en las horas de tentaciones que dos jóvenes tienen, especialmente en el control de los impulsos sexuales y en la relación física del noviazgo. No estoy diciendo que fue todo perfecto. Hubo dificultades, tentaciones, y, a veces, malentendidos; pero siempre consideramos a Jesús como la Persona más importante en nuestra amistad, y la Palabra de Dios como guía de nuestras decisiones y actitudes.

Si ustedes no oran juntos en el período de enamoramiento o noviazgo, si no procuran leer y obedecer la Palabra, si no hay conversaciones francas y abiertas sobre las dificultades, no piensen que, de repente, el primer día del matrimonio, será automático orar, poner la Biblia como prioridad y organizar la vida conforme a los principios de Dios. Eso simplemente no sucederá. El período de enamoramiento y noviazgo es importante para construir el cimiento para un matrimonio feliz.

*Tomado de «Antes de dizer sim»
(traducido del portugués).*

* * *

Unión inseparable

“Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gál. 2:20).

La relación entre Jesús y un alma creyente es única y no se puede explicar bien con palabras, porque no hay equivalente real.

En una transfusión, la sangre de un hombre se vuelve la sangre de otro. Si este último es herido y sangra después de la transfusión, es la sangre del que recibió la que se ha derramado. Se ha vuelto suya.

En un trasplante de corazón, el corazón ya no pertenece al cadáver, sino al hombre vivo. Así mismo es entre Jesús y el alma. Se lleva a cabo una transfusión, un trasplante y un cambio de personalidad.

Lutero lo explica así: “El Padre dice a Cristo: ‘Tú te vuelves el Pedro que niega, el Saulo que persigue, el Judas que traiciona, la Magdalena que peca. Entonces la ley ve a Jesús lleno de todas esas ofensas y le dice que debe morir’. Jesús es el asesino, ladrón, mentiroso, y adúltero más grande que la humanidad conoció. No en el sentido de que él haya cometido esos crímenes, sino que los tomó para sí mismo”. Él se ha vuelto mi personalidad pecaminosa. A cambio, él me ha dado su personalidad. En su comentario de la Epístola a los Gálatas, Lutero dice osadamente: “El cristiano es Cristo”.

Al afirmar esto, Lutero se mantiene un terreno estrictamente bíblico. Los grandes maestros de la cristiandad han enseñado la misma cosa. Ignacio escribió: “Cristo es nuestra vida inseparable”. Tomás de Aquino dijo que Cristo y los cristianos son “casi una persona mística”. El catecismo escocés (de Craig) enseña: “Cristo no es otra persona que su pueblo propiamente”.

Jesús fue entregado para ser crucificado. Es Jesús quien sigue siendo entregado para ser crucificado hoy en la persona de sus discípulos. Todos tus sufrimientos son suyos.

Richard Wurmbrand

* * *

La gracia de Dios manifestada en la Prisión de Alta Seguridad de Sugamo, en Japón.

Milagros en la prisión

Una joven irlandesa, alegre y vivaz, navegó para el Japón el 9 de octubre de 1916. Era Irene Webster-Smith, y venía de una familia aristocrática. Irlandesa hasta la médula, ella a veces desbordaba alegría con humor inteligente y agradable que espantaba a los ultraformales y afectados, pero que atrajo a millares de japoneses en los años siguientes.

Aquella talentosa joven irlandesa no imaginaba que un día sería usada por Dios para transformar las vidas de catorce de los más duros criminales de guerra en Japón.

¿Cómo sucedió tal milagro?

Nishizawa San era uno de los lí-

deres militares japoneses condenados por crímenes de guerra. El Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra lo consideró culpable y le condenó a la muerte por ahorcamiento. Él estaba en el presidio de Sugamo esperando la ejecución, cuando por primera vez se encontró con Miss Webster-Smith.

La esposa de Nishizawa era una cristiana y estaba muy preocupada por su marido. Como tenía permiso para visitarlo sólo media hora al mes, ella le había llevado un Evangelio de Juan en una de sus visitas. Pero Nishizawa no estaba interesado. Endurecido por los pecados de los más crueles, era completamente indiferen-

te al esfuerzo de su esposa por conducirlo a Cristo.

Un día, Miss Webster-Smith, llamada 'Sensei' ('maestra', o 'sabia') por los japoneses, fue a dictar una charla en una reunión de mujeres en Kashiwa. En aquella reunión estaba la Sra. Nishizawa. Ella se presentó a Sensei y entonces le rogó que fuese a visitar a su marido en la prisión. «Estoy muy preocupada por mi marido, y deseo mucho que él se convierta antes de morir. Si usted puede visitarlo, yo le cedo mi visita para que usted pueda verlo».

Un ruego tan conmovedor era irresistible y Sensei prometió hacer lo posible para atenderlo. Pero luego se dio cuenta que Nishizawa y los otros prisioneros de crímenes de guerra en Sugamo eran mantenidos bajo máxima seguridad. Las autoridades no dejaban pasar nada, principalmente después de que la esposa de un preso introdujo veneno de contrabando cuando visitaba a su marido. Ella puso el veneno en el alambre de la tela de la ventanilla de la entrevista; el prisionero lamió la tela y murió.

Al principio parecía imposible a Sensei pasar, a causa de los reglamentos y burocracia de los oficiales. Pero un entusiasmo y una determinación divinamente inspirados finalmente convencieron a las autoridades de que aquella viejecita encantadora tenía el derecho de visitar al condenado Nishizawa. Ella fue recibida en el gran edificio de piedra gris conocido como Presidio Sugamo.

La ventanilla fue fuertemente custodiada cuando Sensei se sentó a un lado de aquella pesada tela que la se-

paraba de Nishizawa. Con una oración silenciosa, ella dijo al hombre: «Yo estuve con su esposa y sus hijos, y ellos están bien. Conocí a su esposa en una reunión cristiana».

Nishizawa respondió: «Ella me contó que se había convertido e incluso me dejó un librito». El tono de su voz no demostraba ningún interés. Pero Sensei inmediatamente vio su oportunidad. «El librito debería ser el Evangelio de Juan», pensó ella. Era el mismo, y dio a Sensei una oportunidad de explicar al prisionero que el Cristo del Evangelio había muerto en la cruz por los pecados de los hombres, y que él misericordiosamente perdonaría a todos los que se arrepintiesen y creyesen en él, Cristo les recibiría en su reino de gloria, donde vivirían eternamente con él.

Nishizawa fue visiblemente tocado por la exposición sincera y confiada del Evangelio en aquella ventanilla de la prisión. Antes que terminara la entrevista, él le hizo la pregunta vital: «¿Usted quiere decir que él perdonaría *mis* pecados? Yo cometí pecados horribles. Usted no se puede imaginar».

Rápidamente Sensei garantizó a Nishizawa que hay esperanza aun para el peor pecador que confíe en la sangre purificadora de Jesucristo y crea en él como su Salvador personal.

Profundamente tocado por el Espíritu Santo, el pobre preso oró con Sensei ahí mismo, clamando a Dios por misericordia. Luego, su corazón fue inundado de una paz y una alegría que nunca había sentido antes. Sensei le oyó decir: «Gracias a Dios, y muy agradecido de usted».

¡La gran transacción había sido hecha! Nishizawa era una «nueva criatura en Cristo Jesús». En seguida, él dijo a Sensei que creía que era salvo por Cristo. La misionera entonces lo alentó a buscar a alguien en la prisión y contarle lo que Cristo había hecho por él.

La única oportunidad que el preso tenía era la hora de los ejercicios, porque estaba confinado en una celda solitaria, y ni aun en los ejercicios le era permitido hablar con los otros prisioneros. Pero Nishizawa prometió que haría todo lo posible para testificar sobre su Salvador recién encontrado. Él hizo esto con tanto éxito que, uno tras otro, trece prisioneros de guerra en Sugamo fueron llevados a Cristo. Ellos pidieron el bautismo y fueron bautizados en las aguas por el capellán bautista de la prisión.

Entonces, un día Sensei sintió una gran y urgente necesidad de visitar a Nishizawa de nuevo. Pero los oficiales responsables eran inflexibles. Ella había utilizado la única entrevista permitida. Una segunda visita de clemencia era absolutamente imposible.

Sabiendo que el llamado urgente venía de Dios, ella sintió que necesitaba ver a Nishizawa de cualquier manera, antes que fuese ejecutado. Y cuando Sensei decidía hacer alguna cosa por su Señor, ni todos los poderes del infierno podrían detenerla. Ella fue directamente a la oficina del único hombre en Japón que podría abrirle las puertas de la prisión. Era el famoso general MacArthur, el hombre que en aquella época prácticamente gobernaba todo el Japón.

El general la recibió cortésmente

y oyó su petición. Entonces él le dio permiso para ver al prisionero una vez más, proveyéndole incluso un auto oficial para conducirla hasta la prisión.

En la sala de entrevistas, ella miró con atención a Nishizawa cuando fue introducido. El rostro de él estaba radiante de alegría y él exclamó: «Justamente esta mañana pedí a Dios que la enviase a visitarme. ¡Él respondió mi oración! Yo quiero dejar con usted instrucciones respecto de los cuidados a mi esposa y mis hijos, y un último mensaje para ellos y para mis padres». Luego Sensei y Nishizawa oraron juntos y se despidieron.

Un poco antes de ser ejecutado Nishizawa, Sensei recibió una carta de él. Decía lo siguiente:

«Mamita Smith: Sinceramente yo la aprecio mucho, como el esfuerzo que usted hizo para visitarme de nuevo y alentarme, compartiendo conmigo su precioso tiempo. Agradezco también en el nombre del Señor, junto a los otros hermanos, pues sabemos que el favor del bautismo que fue realizado se debe a sus ingentes esfuerzos. Estoy viviendo días de gratitud, creyendo que puedo recibir la salvación del Espíritu Santo en mi último día, y totalmente confiando en él, pues para mí –salvo por la gracia de Dios– «el vivir es Cristo y el morir es ganancia».

«Oro porque goce de buena salud en el nombre del Señor Jesucristo y de Dios Padre. Sinceramente suyo, un pecador salvado, M. Nishizawa».

Dos días más tarde, Sensei supo que Nishizawa y uno de los otros convertidos habían sido ejecutados en la noche anterior.

Adaptado de The Flame

CARTAS

Gracias

Doy gracias al Señor por el ministerio que están llevando adelante. Me son de gran bendición todos los contenidos que tienen en la Web, así como los videos. Que el Señor siga usando su ministerio como herramienta para dar entendimiento y formar personas que estén preparadas para cuando el Rey venga.

David Haik, Canadá.

Riquezas del Señor

Para nosotros es de tremenda bendición la revista. Acostumbramos reunirnos el ultimo sábado de cada mes para compartir algún artículo o libro de edificación, y en los últimos meses, desde que recibimos la revista Aguas Vivas, la lectura ha sido tomada de allí. Apreciamos el esfuerzo que ustedes ponen en compartir las riquezas del Señor Jesús. Que la paz del Señor Jesús reine en sus corazones.

*Maritza Carballo, Moravia, San José
Costa Rica.*

Edificación

Damos gracias a Dios por lo edificante que han sido sus escritos. Nos han dado aliento y edificación personal. No se asombren si cuando nos veamos hablemos de lo mismo, ya que su manera de compartir al Señor ha influenciado para ver más a Cristo en todo. Pero lo que más valoramos es apreciar que todo lo que escriben se vive en verdad, y eso nos motiva a buscar más del Señor.

Andrés Díaz, Santa Fe, Argentina.

Hermano maduro

Los escritos que encuentro en su revista resuenan con mi corazón y con lo que el Señor Jesús me ha estado revelando. Ha sido como tener un hermano maduro al lado mío para exhortar a seguir adelante hasta la plenitud de Cristo. ¡Gracias por el amor que Él ha puesto en sus corazones para el cuerpo!

*Susana Schik, Puerto Viejo Talamanca,
Limón, Costa Rica.*

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas, una revista para todo cristiano

Año 9 · N° 51 · Mayo - Junio 2008

Equipo Redactor

Eliseo Apablaza, Roberto Sáez
Gonzalo Sepúlveda, Rodrigo Abarca
Rubén Chacón, Marcelo Díaz

Colaboradores invitados

Stephen Kaung, Billy Pinheiro
Juvenal Santos de Moura
Hernando Chamorro

Diseño y distribución

Mario Contreras / Fono (45) 343429
Temuco, Región de la Araucanía (Chile)
E-mail: mcontreras46@gmail.com

Contacto en USA y norte de México

David Calvo / Fono (956) 432-3752
P. O. Box 2632, McAllen, TX 78502 USA
E-mail: salmo2020@sbcglobal.net